
3 1761 08831811 8
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY







E C H E G A R A Y

L O S R Í G I D O S,

D E M A L A R A Z A,

E T C.



1.	Los Rígidos	Pp.	A, 1-143
2.	De Mala Raza	"	A, 1-110
3.	Los dos curiosos Impertinentes	"	A, 1-105
4.	En el seno de la Muerte	"	A, 1-88
5.	La Esposa del Vengador	"	A, 1-82
6.	El Libro Talonario	"	A, 1-60
7.	Mancha que Limpia	"	A, 1-95
8.	A la Orilla del Mar	"	A, 1-125
9.	La Rencorsa	"	1-88
10.	Un sol que nace y un sol que muere	"	A, 1-45

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS
Y LÍRICAS

LOS RÍGIDOS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO
Y UN DIALOGO - EXPOSICIÓN
EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

TERCERA EDICION

MADRID



LOS RÍGIDOS

LOS RÍGIDOS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Y UN DIÁLOGO-EXPOSICIÓN EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 19 de noviembre de 1889.

TERCERA EDICION

TIPOGRAFÍA YAGÜES
CALLE DEL DOCTOR FOURQUET, 4
MADRID

PERSONAJES DEL DIÁLOGO

PERSONAJES	ACTORES
SOLEDAD.................	*Srta. Calderón.*
JORGE.....................	*Sr. Vico.*
ROBERTO................	*Sr. Calvo (D. Ricardo).*
UNA CRIADA..........	*N. N.*

La escena en Madrid.



DIÁLOGO EN PROSA

La escena representa una sala muy modesta y muy sencilla, pero con cierta elegancia. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD, asomada al balcón.

¡Qué día tan hermoso! ¡Qué cielo tan azul! ¡Qué brisa tan pura! ¡La primavera! ¡La naturaleza que otra vez más es joven y feliz! Yo también soy joven; pero feliz... feliz no lo soy: y quisiera serlo. ¿Qué hice yo para no alcanzar, lo que Dios concede a tantas y tantas criaturas? *(Viene al sofá y se deja caer lánguidamente.)* Yo no hice nada malo; comienzo a vivir; en mis sueños veo cielos azules y horizontes luminosos: me figuro que tengo compañeras y amigas, y que corro con ellas por los campos; vuelvo a casa y una señora muy hermosa me da un beso, y un señor muy respetuoso me da otro beso; me siento entre los dos y la señora me canta con voz muy dulce y el señor me mira con ojos muy cariñosos. Pero despierto... y nada; allá se van cielos, horizontes, amigas, señoras y seño-

res dejándome sola. ¡Siempre sola! (*Pequeña pausa.*) Si alguien se acerca a mí, no es para nada digno y tengo que alejarme. ¡Qué hermosa y qué buena es la naturaleza!! ¡Pero qué malos, dicen, que son los hombres! (*Nueva pausa.*) ¿Serán todos malos? ¿Será como todos Jorge? ¡Qué pena tendría tan grande! El día que me convenciera de su traición, sería para mí como si esa cortina azul cayese de pronto y dejara en su lugar un inmenso paño negro, como el que tieden en los templos mientras duran los funerales. (*Se oculta el rostro entre las manos.*) Hoy siento deseos vivísimos de salir de casa; de pasear al aire libre; de andar por el Retiro, por la Castellana. (*Paseando con agitación.*) ¿Pero a qué? ¿Para qué? ¡Si han de molestarme los necios con sus insulsas o groseras galanterías! ¡Si el paseo ha de costarme mucho llanto! ¡Si he de volver en seguida! Mejor estoy en casa. (*Dejándose caer con desaliento en una butaca.*) Sí; ¡pero estoy tan sola, tan sola! Jorge no vendrá. Ayer le recibí con mucha firaldad: le hice comprender que sus visitas eran inconvenientes. Se fué muy humilde y muy convencido: «demasiado convencido». (*Con triste ironía.*) ¡El es joven, rico, marqués! ¡Oh, él puede vivir, puede gozar! No tiene padres; yo tampoco los tengo; pero tiene familia,, amigos... y yo ni amigos, ni familia. No; no quiero verle; que me deje; que no vuelva. (*Mirando al reloj.*) ¡Las tres, las tres y no ha venido! ¡Es muy malo, muy rencoroso! ¡Qué le costaba venir! ¡Dios mío, cuánta tristeza y cuánto desaliento! (*Campanilla.*) ¡Ah, han llamado! (*Levantándose.*) ¿Será él? ¡Qué terquedad! ¡Antes de ayer, y hoy, y todos los días! (*Con enojo.*) ¡Esto es indecoroso; me ofende! ¡Pero qué le importa a él de mi reputación! Se figura que soy hermosa y le agrado: un capricho y nada más. No es así como yo quiero que un hombre me

ame. ¡ Amarme ! *(Rompiendo a reir.)* ¡ Qué idea tan extraña ! ¡ Qué palabra tan ridícula ! ¡ Amor ! Eso es bueno para los dramas. ¿Pero no viene? *(Aplicando el oído.)* Sí; ahí está; pues no le recibo.

ESCENA II

SOLEDAD y una CRIADA

CRIADA — Señorita...

SOLEDAD — ¿Qué?... ¿Es Jorge?... ¿No es verdad?... ¿Quiere verme? *(Muy nerviosa.)*

CRIADA — No es el señorito Jorge. Es el caballero que viene todos los días y a quien usted no quiere recibir. Se presentó ayer; y anteayer; y el día antes: en fin, seis tarjetas tiene usted ya de ese señor y aquí está la «séptima». *(Entregándole una tarjeta.)*

SOLEDAD — «Roberto de Balbuena». *(Leyendo.)* No le conozco. Yo no recibo a quien no conozco y como no conozco a nadie, a nadie recibo. Ya lo sabes.

CRIADA — Le he dicho todo eso y con mal tono. Ya sabe usted que yo...

SOLEDAD — Sí; ya lo sé.

CRIADA — Pues él insiste; que es preciso, absolutamente preciso, que hable con usted.

SOLEDAD — ¡ Qué insolencia !

CRIADA — No, señorita; perdone usted; pero insolente no lo es. Es muy atento; suplica con mucha cortesía; parece un gran señor. *(En voz baja.)* Hoy vino en coche, ¡ y qué coche ! ¡ Qué tronco y qué cocheros !

SOLEDAD — Razón de más para que no le reciba: yo no trato gente tan rica. Despídele.

CRIADA — Señorita...

SOLEDAD — Basta. *(Con imperio.)*

CRIADA — Bueno. *(Deteniéndose.)* ¿Le devuelvo la tarjeta?, porque como tenemos tantas de ese señor...

SOLEDAD — Haz lo que quieras.

CRIADA — Pues no se la devuelvo.

ESCENA III

SOLEDAD

¡Qué atrevimiento! ¡Verme expuesta todos los días a semejantes insolencias! Y no acuden a mí porque sea buena, capaz de querer, capaz de sacrificarme... no, por nada de eso. Sólo porque soy hermosa: lo soy; no es tanta mi necedad que no lo conozca. Quisiera no serlo, a ver si entonces me quería Jorge. ¡Ah!, él como todos, como el señor del coche. ¡Este quiso deslumbrarme! Si no fuera honrada por instinto y por conciencia, lo sería por orgullo.

ESCENA IV

SOLEDAD y CRIADA

CRIADA — Aquí estoy otra vez.

SOLEDAD — ¿Se ha marchado?

CRIADA — No, señora. Ha escrito algo en esta tarjeta y es la octava, porque la otra no se la devolví.

SOLEDAD — ¡Ah!, esto es demasiado.

CRIADA — Lea usted, a ver lo que dice. Por leer... nada se pierde; siempre hay tiempo de plantarle en la calle.

SOLEDAD — Dame. *(Tomando y leyendo.)* «Señorita: para asuntos de la mayor importancia; para cumplir deberes sagrados, deseo que usted me conceda unos breves instantes. Se lo ruego a usted con todo encarecimiento. Comprendo y apruebo su conducta, y, sin embargo, insisto respetuosamente.» *(Arrojando la tarjeta.)* «¡Respetuosamente!» un lazo, una añagaza. «¡Deberes sagrados! ¡Asuntos importantes!», frases no más.

CRIADA — ¿Qué le digo?

SOLEDAD — No sé. ¡Qué impertinencia! En fin... que pase. En evez de despedirle tú, le deespediré yo. *(Sale la Criada.)*

ESCENA V

SOLEDAD

(Cogiendo de nuevo la tarjeta.) Roberto Balbuena; jamás he oído este nombre. Verdad es que como a nadie trato ¿cómo había de conocerle? ¡Un árabe del desierto trasportado a París o Londres, se encontraría en más solitario desierto que en el de sus arenales! Así soy yo.

ESCENA VI

SOLEDAD y ROBERTO: joven y elegante.

ROBERTO *(Contemplándola desde la puerta y con expresión de ternura.)* ¡Soledad!...

SOLEDAD *(Volviéndose rápidamente.)* ¿Quién es?

ROBERTO Señorita... perdone usted.

SOLEDAD No tengo el gusto de conocerle.

ROBERTO Entonces será preciso que yo mismo me presente. *(Adelantándose.)* Mi nombre lo dice la tarjeta: Roberto Balbuena. Y quizá habrá usted oído el de mi padre don Severiano Balbuena; persona muy conocida y muy respetada en Madrid.

SOLEDAD No, señor; tampoco.

ROBERTO Nada importa el apellido; pero importa que sepa usted que soy un hombre de honor.

SOLEDAD Así lo espero.

ROBERTO Siento por usted tanta simpatía como respeto.

SOLEDAD Basta con «lo segundo».

ROBERTO No es una ofensa «lo primero».

SOLEDAD Si lo fuese, no le invitaría a usted a tomar asiento.

ROBERTO Según eso, ¿usted consiente en que hablemos breves instantes?

SOLEDAD Sí, señor. *(Con el ademán le invita de nuevo a que se siente y se sientan los dos.)*

ROBERTO *(Aparte.)* ¡Qué hermosura tan espléndida! ¡Qué noble dignidad! ¡Qué altiva, pero qué simpática!

SOLEDAD Puede usted comenzar sus explicaciones. ¿Dice la tarjeta que se trata de asuntos serios y de sagrados deberes?

ROBERTO Sí, señorita .Eso escribí y de eso se trata. Se lo juro a usted.

SOLEDAD Aunque ni adivino ni sospecho el objeto de esta visita, en gracia a lo solemne de la petición, estoy dispuesta a oirle.

ROBERTO Tengo que hablar de usted y de mí; ¿por quién prefiere usted que empiece?

SOLEDAD ¿De los dos?

ROBERTO De los dos, aunque yo no merezca ir en tan buena compañía.

SOLEDAD Cada vez comprendo menos y cada vez estoy más impaciente.

ROBERTO Soy franco y leal; no me avengo a ceremonias cortesanas y hablaré con toda franqueza. Usted me escucha con cierta prevención, porque supone que soy uno de tantos galanteadores. *(Sonriendo.)*

SOLEDAD Es verdad. *(Lo mismo.)*

ROBERTO Perfectamente. Pues sepa usted que no soy «uno de tantos». Sólo aspiro y sólo «puedo» aspirar a ser para usted un «amigo», un «verdadero amigo», y si usted lo permitiese... «un hermano».

SOLEDAD Es tan singular lo que usted me dice... que no sé qué contestarle. Amistades honradas y leales... yo las acepto, sí. No tengo tantas que pueda desdeñar una de buena ley. ¿Pero no sería todo eso que usted me dice un artificio para obligarme a escucharle? *(Con desconfianza.)*

ROBERTO No tengo todavía el derecho de que usted me oiga; pero tampoco he dado motivo para que dude usted de mí.

SOLEDAD Todavía, no. Es cierto.

ROBERTO Pues entro en materia, y aunque el procedimiento no sea muy cortés, empezaré por hablar de mi familia y de mi persona.

SOLEDAD ¿Supone usted que pueda interesarme la relación?

ROBERTO Lo supongo.

SOLEDAD Pues comience usted.

ROBERTO He dicho ya mi nombre.

SOLEDAD No lo recuerdo... dispense usted.
ROBERTO Roberto Balbuena.
SOLEDAD Sí, Balbuena.
ROBERTO Soy rico; muy rico, y dispongo libremente de la inmensa fortuna que heredé de mi madre.
SOLEDAD Basta: creo que es inútil seguir. *(Levantándose.)*
ROBERTO Ha sido una frase imprudente, dicha sin intención. Olvídela usted, yo se lo ruego; y óigame con un poco de simpatía.
SOLEDAD *(Sentándose.)* Con paciencia en todo caso.
ROBERTO Mi padre es el hombre más recto, más severo, más digno, más chapado a la antigua, que es posible imaginar. ¡Es don Severiano Balbuena la rigidez en persona! Se le escucha con respeto; se le habla con temor: toda familiaridad con él es un desacato. En fin, ¡un ser superior e inaccesible!
SOLEDAD Esas alabanzas sientan a maravilla en la boca de su hijo.
ROBERTO Todos dicen lo mismo.
SOLEDAD ¡No lo dudo!
ROBERTO Tal es mi padre. En cuanto a mi madre... madre ya no la tengo.
SOLEDAD Yo tampoco. *(Tristemente.)*
ROBERTO Ya lo sé.
SOLEDAD ¿Usted lo sabe?
ROBERTO Ni padre, ¿no es verdad?
SOLEDAD Estamos hablando de usted y de su familia.
ROBERTO Tiene usted razón. Y a los míos vuelvo. Mi madre era una santa: tan buena como mi padre, pero no tan rígida. Un alma noble, un corazón tierno y apasionado; severa para sí, bondadosa e indulgente para los demás; ni una mancha en el alma, ni un pensamiento de odio en su clara y serena inteligencia.
SOLEDAD Es verdad; así deben ser todos los padres.
ROBERTO Así fueron los míos.
SOLEDAD ¿Y su madre de usted?
ROBERTO Murió hace dos años. ¿Y la de usted? ¿Usted sabe si ha muerto?

SOLEDAD Ha venido usted a hacerme su confesión, no a oir la mía.

ROBERTO Pues con la mía sigo, que casi «de una confesión» se trata. Porque mi madre, dos días antes de su muerte, me llamó con ansiedad suma y me reveló «un secreto».

SOLEDAD ¿Un secreto?... ¿Y viene usted acaso a revelármelo a mí?

ROBERTO Precisamente.

SOLEDAD Señor de Balbuena, no se burle usted de mí con historias que no me parecen serias. Esto no es noble, no es generoso, no es caritativo. Soy una pobre mujer sin familia y sin amigos. Sola camino por la vida sin rumbo fijo, entre la tristeza de ayer y la tristeza de mañana.

ROBERTO ¡Soledad!... *(Con expresión de cariño.)*

SOLEDAD ¿Con qué derecho me llama usted así? *(Con enojo.)*

ROBERTO No me dejó usted concluir. Soledad grande es la de usted, señorita, pensaba haber dicho.

SOLEDAD Muy grande. En fin, acabe usted.

ROBERTO Es larga la relación.

SOLEDAD Mayor motivo para ir de prisa.

ROBERTO Pues de prisa iré, que yo también deseo acabar. Mi madre me llamó, como he dicho a usted, dos días antes de morir y me refirió lo que voy a referir a usted en forma muy concisa.

SOLEDAD ¿Pero a mí me interesa?

ROBERTO Ahora es usted la que me interrumpe.

SOLEDAD Perdone usted.

SOLEDAD Si no le interesase a usted, ¿a qué molestar su atención, excitando su enojo, despertando su desconfianza y buscando simpatías que no encuentro?

SOLEDAD Acabe usted por Dios santo. ¡Por lo menos ha conseguido usted ponerme nerviosa con esas historias tan extrañas!...

ROBERTO Un año antes de morir mi madre, mi buen padre estuvo gravemente enfermo; creyó su fin próximo, y como hombre de conciencia confió a mi madre el único secreto de su vida: su única falta.

SOLEDAD ¡Ah!, su padre de usted... ¿también ha cometido faltas?

ROBERTO ¡Es hombre! Todo lo perfecto que un hombre puede ser; pero no santo; además era una historia antigua, casi de su juventud; a los treinta y cinco años pocos llegaron a la santidad; hoy ninguno.

SOLEDAD No discutamos su santidad: la acepto y la respeto; no soy su juez, ni tendría en este momento calma y reposo para juzgar a nadie. Si esto es una comedia, señor de Balbuena, a las mil maravillas la representa usted, y le aseguro que su argumento me interesa.

ROBERTO No es comedia, Soledad; es algo muy verdadero, aunque muy triste.

SOLEDAD Siga usted, que yo también voy poseyéndome de mi papel. *(Agitada.)*

ROBERTO Confesó, pues, a mi madre, en aquella hora triste de su existencia, que muchos años antes, dominado por una pasión pasajera aunque violenta... muy pasajera: el mal en un hombre como él no echa raíces... dominado, digo, por un vértigo, había tenido relaciones amorosas con una señorita de elevada posición social.

SOLEDAD Un instante, señor de Balbuena... Por más que usted diga, ni me interesa, ni puede interesarme ese episodio... de la vida de su señor padre... ni debo oirle a usted... ni es decoroso que prosiga usted su relación.

ROBERTO Pero es preciso. Y por lo demás, ¿está usted segura que no le interesa?

SOLEDAD Yo no estoy segura de nada. Ni jamás me vi en turbación semejante, ni escuché nunca cosa a ésta parecida. Mi dignidad me dice que debo dar por terminada esta conferencia. De ser yo tan prudente como quisiera serlo, le rogaría a usted que se despidiese de mí en este momento. ¡Si fuera tan recelosa y tan desconfiada como usted supone, creería que toda esa relación es una fábula, que ha inventado usted con dos o tres amigos!... ¿qué sé yo?... ¡Una apuesta imprudente!... ¡Una chanza cruel!... Y

sin embargo... *(Profundamente conmovida.)*

ROBERTO No me conoce usted, y supone usted cosas imposibles y que me agravian. Soy incapaz de ofender a nadie y a usted mucho menos. ¡A usted, Soledad, a quien debo respeto y cariño y protección! *(Con acento cariñoso y conmovido.)*

SOLEDAD ¿Qué dice usted? ¿Pero por qué?... ¡Dios mío, qué hombre! ¡Va usted a volverme loca!... ¡Pronto: al fin de esa historia o de ese cuento! *(Con emoción creciente.)* ¡Ya ha conseguido usted lo que quería!

ROBERTO Mi padre era casado, y esto, comprenderá usted, hacía más difícil la situación. Aquellos amores, a que me he referido, fueron «fecundos en tristezas y deshonras». Y un ser hay en la tierra, Soledad... solo y triste: sin nombre, como no lleve nombre prestado; sin padres, porque hasta murió su único protector; sin porvenir y sin esperanza, porque nadie le ampara; un ser que podría testificar con su propia tristeza las tristezas aquellas, si levantase su voz ante la sociedad, y que ante Dios lo testifica, aunque permanezca silencioso y aunque todo lo ignore.

SOLEDAD ¡Basta!... ¡No más!... *(Queriendo detenerle.)* ¡No basta!... ¡Siga usted!... *(Con ansia.)* ¡Yo he comprendido mal!... ¿Qué está usted diciendo, Roberto?... ¡De una vez todo! ¿Por qué me cuenta usted a mí esa historia?... ¡Ay, Dios mío, Dios mío!... ¡Me ahogo!... *(Corre al balcón y ella misma lo abre.)*

ROBERTO ¡Soledad!...

SOLEDAD No tema usted; no es nada: soy fuerte. Soy fuerte, pero no me torture usted así... mire usted... que allá en mi imaginación estoy forjando ideas verdaderamente ridículas. ¿Y qué más? ¿Qué más?

ROBERTO Mi madre lo supo todo, según he dicho a usted, por confesión espontánea de mi padre moribundo; y aún éste le entregó varias cartas interesantes...

SOLEDAD ¿Dónde están?

ROBERTO ¡Aquí!... *(Soledad extiende la mano.)* Después. Ahora voy al final de esto que usted llamaba cuento.

SOLEDAD ¡Sí, al final!... ¡Espere usted!... ¡Mi cabeza vacila!...

ROBERTO Vamos... vamos... ¡Soledad!... ¡Animo!... *(Sosteniéndola cariñosamente.)*

SOLEDAD ¡No es nada!... ¡Ya pasó!... ¡Adelante!...

ROBERTO Un amigo íntimo de mi padre... un hombre extravagante, pero de nobles sentimientos, y además soltero y libre, recogió a la pobre niña.

SOLEDAD ¿Era una niña?... ¡Sí; una niña!... ¡Ay, Dios mío!...

ROBERTO Y dos o tres años después, como se había encariñado con ella, y la consideraba como hija suya, se la llevó consigo a una de las Repúblicas de la América del Sur.

SOLEDAD *Sin poder contenerse.)* ¿Y él se llamaba don Luis de Moncada y Guerra? ¿No es verdad?

ROBERTO No lo recuerdo. *(Sonriendo.)* Pero en estas cartas podrá usted enterarse, porque hay cartas suyas.

SOLEDAD Y la niña se llamaba... ¿cómo se llamaba?

ROBERTO Tampoco lo recuerdo. Y además me da miedo pronunciar nombres propios, porque antes se enojó usted conmigo porque dije... ¡Soledad!.

SOLEDAD ¡Roberto!... ¡Ay, Roberto; hará usted que pierda el juicio! *(Pasándose la mano por la frente.)* ¡Y los padres de esa criatura la abandonaron para siempre! ¡Allá va el pobre ser perdido por el mundo! ¡Entre unos y otros el mar con su eterno oleaje que todo lo borra! ¡El mar de la vida con su eterno olvido de los que sufren!... ¿No es eso? Ya no pensaron más en aquella niña: ya no la buscaron: ¡allá se fué! ¡Allá quedó! ¡Por qué se ha empeñado usted en que yo sepa todo eso! *(Ocultando el rostro entre las manos.)*

ROBERTO Oiga usted, Soledad. Al principio, ese amigo, que dice usted que se llamaba Monca-

da, escribió alguna que otra carta a mi padre. Después su vida aventurera le llevó de aquí para allá: no se sabe adónde, no escribió más.

SOLEDAD Es claro; el náufrago se agarra a una tabla; las olas se la llevan, ¡ qué culpa tiene nadie ! Al abismo el tablón con la criatura: ¡ los que estaban en la playa... en la playa se quedan ! *(Rompe a llorar.)*

ROBERTO Vamos, Soledad, un poco de calma. Mi padre, aunque estaba casado y su posición era difícil, como he dicho, hizo gestiones para buscar a Moncada; pero inútilmente.

SOLEDAD ¿ Y la madre? ¡ Esa sí que buscaría !... ¡ Esa sí ! *(Con ansia.)*

ROBERTO Su nuevo estado le imponía nuevos deberes y la mayor discreción. Hoy es casada; su conducta es intachable; su reputación supera a todo encarecimiento.

SOLEDAD ¿ Le mandan a usted ellos? *(Cogiéndole por un brazo con ansia suprema.)*

ROBERTO No, Soledad, todo lo ignoran; vengo yo, obedeciendo el último mandato de mi madre, y vengo también de propio impulso, a tenderle a usted mis brazos y a preguntarle: ¿ Soledad, quiere usted ser mi amiga?... ¿ Soledad, quieres ser mi hermana? ¡ Mira que lo eres ! *(Con arranque de cariño y profunda emoción.)*

SOLEDAD *(Se abraza a él llorando.)* ¡ Roberto !... ¡ Roberto !... ¡ Sí; quiero serlo: con el alma entera ! ¡ Ay, Dois mío, qué dolor y qué dicha !

ESCENA VII

SOLEDAD, ROBERTO y CRIADA

CRIADA *(Deteniéndose sorprendida.)* ¡ Señorita !...

SOLEDAD ¡ Ah !... ¿ Qué quieres?

CRIADA Ha venido el señorito Jorge... está esperando. *(En voz baja.)*

SOLEDAD ¡ Jorge !... que no entre. Que espere... No;

que no espere... Que vuelva... luego; dentro de muy poco. Sí... que vuelva... pero ahora, no; imposible.

CRIADA Sí, señorita; le diré que dentro de un cuarto de hora.

SOLEDAD Eso es; basta. Retírate. *(Sale la Criada.)*

ESCENA VIII

SOLEDAD y ROBERTO

SOLEDAD ¡Ah, Virgen mía! ¿Pero no es esto un engaño?

ROBERTO En todo caso estas cartas lo dirán. *(Entregándole un pequeño paquete de cartas.)* Y ahora déjeme usted que con más calma termine mi relato. He dicho «déjeme usted»: ya ve usted, Soledad, si todavía la trato con respeto. *(Sonriendo.)*

SOLEDAD ¡Sí; terminar; terminar! ¡Que yo lo sepa todo! ¡Ay, Roberto, una ola de sangre sube a mi cabeza y veo tantas cosas extrañas! Pero no tema: mi voluntad es fuerte, muy fuerte. He sufrido mucho y puedo sufrir más. Quiero sufrir miserias, soledades, abandonos y afrentas... afrentas que yo rechacé... pero que me hirieron de continuo, ¡cómo no ha de tener valor para esto... que es casi una dicha! ¿Ya no estaré sola?... Deme usted su mano... que es noble, que es leal, que es generosa. ¿No es cierto? *(Con lágrimas: media voz.)*

ROBERTO Póngame usted a prueba; ¿pero no es ridícula este ceremonia? ¿No soy su hermano?

SOLEDAD Tiene razón... tienes razón... ¡Pero todo esto es tan singular! ¡He tenido tan poco tiempo para acostumbrarme a esta idea! Hace veinte minutos que no le conocía a usted... que no te conocía. En fin, yo no sé lo que digo. El «usted» es ya ridículo; el «tú» me da vergüenza. *(Sonriendo entre lágrimas.)* ¡Esto me parece un sueño!

ROBERTO Pues en sueños se tutea a todo el mundo. *(Sonriendo.)*

SOLEDAD ¡Pues acaba! ¡Sigamos soñando!

ROBERTO Cuando mi padre descargó su conciencia, ya no habló jamás del asunto, ni nadie, ni aun su esposa, se atrevió a recordarle su triste revelación. ¡El respeto que siempre nos ha inspirado es inconcebible! ¡Ya le conocerás; sea cual fuere su culpa pasajera, es un hombre digno, severo y honradísimo!

SOLEDAD No lo dudo; ni debo dudarlo. *(Tristemente.)*

ROBERTO Mi madre buscó a la niña, que ya debía ser una mujer, aunque ignoraba que fuese «tan noble y tan hermosa»...

SOLEDAD ¡Roberto!

ROBERTO Ahora, Soledad, estoy en mi derecho, en mi derecho de hermano mayor. Te buscó, repito, mi madre; pero su enfermedad le impidió dar cima a la empresa comanzada, que, a decir verdad, estaba en buen camino. La obra de mi madre la he terminado yo.

SOLEDAD Todos tuvieron más suerte que mis padres. *(Con amargura.)*

ROBERTO Teníamos más libertad de acción que ellos.

SOLEDAD La deshonra debe atar mucho. *(Con tono sombrío.)*

ROBERTO ¿Eres rencorosa, Soledad? No quiero suponerlo.

SOLEDAD Rencorosa, no; pero desdichada, sí. Los desdichados tienen buena memoria, y yo perdono siempre... pero no olvido nunca. Ya ves que no soy la mujer perfecta que habías imaginado.

ROBERTO Ya olvidarás. Y vamos al fin. Mi madre me refirió la historia que has oído, me dió cuenta de las gestiones hechas para descubrir el paradero del mísero ser, me entregó estas cartas y me dijo con la solemnidad que precede a la agonía: «esa mujer es tu hermana; un hombre como tú no abandona a quien lleva su sangre; sé que eres noble y bueno y que no necesitas de mi mandato para cumplir tu obligación; pero si lo necesitases, te diría que mi última voluntad es que busques a tu hermana, que la protejas,

que la escudes en las luchas de la vida, «que borres con tu cariño la culpa de tu padre»; y que entiendas, que de la fortuna que te dejo, que es cuantiosa, una parte es para ella y sólo queda en tus manos como depósito sagrado.»

SOLEDAD ¡No; eso no! *(Con energía y dignidad.)*

ROBERTO Fué su voluntad; he de cumplirla, y yo no puedo conservar lo que no es mío. Pero tiempo tenemos para hablar de asuntos prosáicos.

SOLEDAD ¡No, Roberto, no!

ROBERTO ¡Oh, qué terca! ¡Terca y rencorosa! ¡Bien pronto me vas mostrando tus defectos! Sé al menos por hoy dócil y escucha. Yo, el que suponías galanteador insolente, vengo a decirte con toda la efusión de mi alma: «Soledad, mi pobre Soledad que en tan triste soledad viviste; hermana mía, mi querida hermana, que no tengo otra; desde hoy tienes una fortuna y una familia, muy reducida, es cierto; *(Sonriendo.)* pero en fin, por lo que valgo me doy: yo te defenderé, yo velaré por ti; ¿quieres darme los brazos?»

SOLEDAD *(Abrazándole y llorando.)* ¡Roberto! ¡Dios mío!... ¡Tantas veces he soñado cosas parecidas a ésta, que todavía creo soñar!... ¿Será un sueño?

ROBERTO Por lo menos no es una pesadilla.

SOLEDAD No lo es. *(Secándose los ojos.)* Ya mi protector me había referido esa historia, pero de una manera vaga, sin decirme nunca quiénes eran mis padres. «No quiero que me abandones, repetía de continuo, a la hora de mi muerte lo sabrás todo; por ahora no necesitas a nadie, me tienes a mí.» Siempre grandes proyectos, empresas temerarias, viajes peligrosísimos... en uno de ellos perdió la vida. De los miserables restos de su fortuna, que me tenía cedida, he vivido hasta hoy. ¡Pobre padre mío! Así le llamaba siempre. Espíritu inquieto y aventurero... ¡pero gran corazón!

ROBERTO ¿Te contagiaste de sus nobles prendas?

SOLEDAD Y acaso de sus defectos. La idea de buscar a mis padres me trajo a España. Mi padre... que es el tuyo... Mi madre... ¿quién es mi madre?... ¿Cómo se llama?... ¿Es muy buena?... ¿Lloró mucho por mí?...

ROBERTO Un nombre es un sonido no más... pero en fin, te diré su nombre. Se llama doña Purificación Blanco y su esposo es un maigstrado de modesta fortuna, pero dignísimo.

SOLEDAD ¿Pero es buena, es hermosa, es feliz? ¿No es verdad?

ROBERTO Hermosa todavía, como un sol; y muy buena, y muy respetada, y muy rígida, tanto como mi padre. Y es feliz: no te quede duda que es feliz.

SOLEDAD Si es feliz no llorará; y si no llora no se acordará de mí. Tendrá otros hijos... *(Con tristeza.)*

ROBERTO ¡Oh, también envidiosa!

SOLEDAD ¿Pero tiene hijos?

ROBERTO Dos hijas lindísimas: Paz y Lola.

SOLEDAD ¿Las querrá mucho? A todos los hijos se les quiere menos a mí.

ROBERTO Tiene el proyecto de casar a la mayorcita, a Lola, con un título muy respetable aunque muy arruinado; el padrino de la niña, que es viejo y poderoso, les declararía herederos: una gran boda... pero el novio anda reacio.

SOLEDAD ¡Qué me importa todo eso!

ROBERTO Es verdad; hablemos solamente de ti, de tu porvenir. ¿Qué decides? Mi padre hasta ignora que yo conozco su secreto. ¿Debo decirle la verdad? ¿Debe saber que existes? ¿Debo presentarte a él? Fué voluntad de mi madre que tú decidieses todas estas cuestiones.

SOLEDAD ¿Presentarme a él?... quisiera... pero no me atrevo. El no vino a mí... no quiero turbar su dicha... Sería cosa muy molesta para él; el recuerdo de nuestras faltas lo es siempre. Dejémosle por ahora vivir tranquilo y respetado. *(Con amargura.)*

ROBERTO Sin embargo...

SOLEDAD Soy una mujer muy extraña, quizá excesi-

vamente orgullosa. Y no te maraville que lo sea. Para conservar mi dignidad en esta vida triste y aventurera, he necesitado revestir mi alma de fiereza y templar mi corazón con temple de coraza. No; no quiero que él me conozca; pero quiero conocerle yo... y conocer a mi madre... Después... después ya veremos: las circunstancias decidirán... hay que dar tiempo al tiempo y dejar que yo me calme y me acostumbre a esta idea... ¡ Por ahora tú sólo ! ¡ Tú sólo me inspiras confianza. ¿Podré contar siempre contigo?

ROBERTO ¡ Desconfiada eres ! He dicho que siempre, y yo no pronuncio más que una vez esta palabra.

SOLEDAD ¡ Gracias, Roberto !

ROBERTO ¿Pero dices que yo soy el único hombre con quien cuentas? Antes vino un caballero... *(Con malicia.)*

SOLEDAD ¡ Ah, sí ! Jorge.

ROBERTO ¡ Ah ! ¿Se llama Jorge? Ya lo ves, Soledad, todo, hasta la dicha va acompañada de sus inconvenientes. Encontraste familia y ya hay quien te pida cuenta de tus acciones. *(Riendo.)* ¿Quién es ese Jorge? ¿Qué edad tiene? ¿Por qué ha venido a tu casa? ¡ Soy un hermano muy severo ! ¡ Como los del teatro de Lope y Calderón ! Ya verás, ¡ ya verás, pobre Soledad ! ¡ En mi familia todos somos rígidos, muy rígidos en cuestiones de honra !

SOLEDAD Pues Jorge es... Jorge de Valle-Umbroso.

ROBERTO ¿El Marqués de Valle-Umbroso?

SOLEDAD Sí. Yo tendré otros defectos, pero soy franca y leal. Escucha. Jorge dice que me ama, y yo casi lo creo; y le amo con el alma entera: no se lo he dicho; pero le amo tanto, que se lo diré cualquier día: quizá hoy mismo, cuando vuelva. *(Con exponfaneidad y sencillez.)*

ROBERTO ¡ Miren la dama desenvuelta ! *(Riendo.)*

SOLEDAD ¡ La India sauvaje de las americanas pampas en todo caso, sin manto ni tapadillo ! ¿Pero tú le conoces?

ROBERTO ¿A Jorge? ¡Ya lo creo!
SOLEDAD ¿Y qué piensas de él?
ROBERTO Es un alma nobilísima, un buen caballero. Si dice que te ama, puedes amarle.
SOLEDAD ¡Ah, qué bueno eres, hermano mío!
ROBERTO ¿Por qué soy bueno? ¿Porque digo que él lo es?
SOLEDAD ¡Porque desde que viniste, parece que entró contigo la felicidad en esta casa!
ROBERTO Te he dicho que puedes amarle; pero no dejes de amarle, porque no sufre traiciones: su alma es tan violenta como leal.
SOLEDAD Yo amaré una vez tan solo. Y si él no sufre traiciones, yo no sufro desconfianzas: creeré en él; «¡ha de creer en mí!»
ROBERTO Empiezas a ser feliz ¿y ya eres exigente?
SOLEDAD No lo he sido nunca; quiero desquitarme en un día.
ROBERTO Cumplo el último de mis deberes, entregándote estas cartas, que son la prueba de cuanto te he referido.
SOLEDAD ¿Debo recibirlas?... ¿Deben estar en mi poder? *(Vacilando.)*
ROBERTO Comprendo tu delicadeza; pero las circunstancias lo exigen. Es tu herencia legítima: la única que te han dejado tus padres. Te pertenecen y abonan tu derecho el día en que a tus padres te presentes.
SOLEDAD Quizá nunca.
ROBERTO ¿Quién sabe?
SOLEDAD Las conservaré sin profanarlas; sé que están en mi mano: no sabré jamás lo que dicen.
ROBERTO La curiosidad lleva nombre de mujer.
SOLEDAD También la voluntad.
ROBERTO Pues cumplo al entregarlas la última de mi madre. *(En este momento aparece Jorge.)*

ESCENA IX

SOLEDAD, ROBERTO, JORGE y la CRIADA

JORGE No me anuncie usted; no es preciso. *(A la Criada que se retira.)*
SOLEDAD ¡Jorge!... *(Separándose de Roberto.)*
ROBERTO ¡Jorge! *(Lo mismo, de Soledad.)*

JORGE — Si mi presencia es inoportuna... me retiro. *(Receloso y frío.)*

SOLEDAD — Ya no; mi entrevista con este caballero ha terminado.

JORGE — ¡Roberto!... ¿Eres tú?... Ignoraba que tuvieses el honor de conocer a esta señorita. *(Más receloso y más frío.)*

ROBERTO — Hasta hace unos instantes... yo ignoraba también que tú tenías el mismo honor.

SOLEDAD — Puesto que se conocen ustedes, toda presentación es inútil.

ROBERTO — Lo es, en efecto, que hace mucho tiempo que nos conocemos. Y como mi visita se ha prolongado más de lo que yo pensaba, permita usted que me retire. *(A Soledad.)*

SOLEDAD — *(Dándole la mano.)* Deseo verle muy pronto, Roberto.

ROBERTO — No me esperará usted mucho tiempo, Soledad. *(Dándole la mano.)* Adiós, Jorge.

JORGE — Adiós, Roberto.

ESCENA X

SOLEDAD y JORGE

JORGE — ¿Es un antiguo amigo de su familia de usted?

SOLEDAD — Sí, señor; lo es. *(Indicándole que se siente: ambos se sientan.)*

JORGE — ¿Y de usted también?

SOLEDAD — ¡A!, no en verdad: nuestro conocimiento es muy reciente.

JORGE — Pues no debe ser muy grato para usted, porque usted, Soledad... ha llorado. *(Observándola de cerca.)*

SOLEDAD — ¡Lloro tantas veces!... Lloré mucho antes de conocer a Roberto.

JORGE — Y después de conocerle, ¿llorará usted menos?

SOLEDAD — ¿Quién sabe? Una ráfaga amontona nubes y empaña el cielo; otra se las lleva y abrillanta el azul de los aires: ¿qué sé yo lo que será mañana?

JORGE — ¿Pero hoy está usted triste o alegre?

SOLEDAD — ¿Hoy?... ¡Hoy estoy más alegre que ayer! *(Sonriendo.)*

JORGE — Entonces rectifico mi error. La amistad de Roberto debe serle a usted muy grata. *(Con impaciencia mal contenida.)*

SOLEDAD — *(Sonriendo.)* ¿Quiere usted ser franco conmigo?

JORGE — Quisiera serlo... si usted me lo permite.

SOLEDAD — Más aún: se lo ruego.

JORGE — Pues, bien, Soledad...

SOLEDAD — Acabe usted.

JORGE — Estoy... Temo que se enoje usted.

SOLEDAD — Iba usted a decir, «que está celoso». *(Con un tanto de coquetería.)*

JORGE — Concédame usted el derecho de estar celoso... «y lo estaré»: lo estaré, ¡porque sufro horriblemente! ¿Quiere usted mucho a Roberto?

SOLEDAD — Le quiero mucho: ya lo creo. ¡Qué pregunta! *(Riendo.)*

JORGE — ¿Le ama usted?

SOLEDAD — ¿Y si dijese que sí? *(Con cierta coquetería.)*

JORGE — ¡Me volvería loco!

SOLEDAD — ¡Pues no lo diré!

JORGE — No me atormente usted, Soledad. Usted sabe que mi amor es verdadero, profundo, único, infinito. Veo que es usted hermosa, y su hermosura me enloquece; creo que es usted buena, y su bondad me atrae; se niega usted a concederme su cariño, y es usted para mí un imposible, y lo imposible aviva más y más mi pasión! ¡No juegue usted conmigo, Soledad!

SOLEDAD — ¡Ave María Purísima! ¡Qué hombre! Hasta hoy, ¿le he concedido a usted prendas? ¿Le he dado esperanzas?

JORGE — Sus labios, no; sus ojos, sí.

SOLEDAD — ¡Los ojos dicen tantas cosas! ¡Y es tan difícil leer en ellos! Yo estoy mirando en los de usted con muchas ansias y hasta ahora no sé si me quiere usted de veras.

JORGE — ¡Soledad, yo no puedo vivir de este modo! ¡Consienta usted en ser mía, en llevar mi nombre, en ser mi esposa, o arrójeme usted de su casa para siempre!

SOLEDAD — ¡Arrojarle a usted de mi casa! No puedo... porque no puedo.

JORGE Soledad...

SOLEDAD Pero tampoco puedo ser su esposa de usted. *(Tristemente.)*

JORGE ¿Por qué? *(Con ímpetu.)*

SOLEDAD Pare usted el pensamiento. No es por nada que me denigre. *(Con dignidad.)*

JORGE Entonces, ¿por qué?

SOLEDAD Porque mi persona es muy humilde y la de usted muy elevada.

JORGE Si usted me quiere, como dicen ahora sus ojos; y es usted honrada como lo es; y yo adoro a mi Soledad, como la adoro; y soy honrado, como lo soy... al mismo nivel están nuestros corazones, y no hay que subir, ni hay que bajar: basta que nos acerquemos para que se confundan. *(Acercándose a ella y cogiendo su mano con pasión.)*

SOLEDAD No basta que se confundan dos corazones, para que se confundan dos vidas. *(Separándole dulcemente.)* La sociedad tiene sus leyes: usted lleva un nombre ilustre, yo no tengo apellido ni noble ni modesto. Se lo he dicho a usted varias veces: hoy por última vez lo repito. No tengo padres: soy una pobre criatura abandonada... ¡una aventura, murmurarán las gentes! ¿Y ahora qué dice usted?

JORGE Cuando lleve usted mi nombre, tan bueno será el de usted como el mío.

SOLEDAD ¡Ah, Jorge! Es usted muy bueno y muy generoso; es usted como yo había pensado. ¡Su mano, Jorge; su mano!

JORGE ¡La mano!... ¡Y la vida!... ¡Y el alma!

SOLEDAD No, Jorge: es imposible.

JORGE ¡Todavía!

SOLEDAD Sí; todavía; todo nos separa. Usted es rico, muy rico; yo soy pobre; acaso imaginaría usted... más adelante... que no era el verdadero amor, sino el cálculo, el que me unía a usted.

JORGE ¡Ah, eso no!

SOLEDAD Yo no quiero, por nada de este mundo, que usted dude de mí; prefiero perderle: ¡antes la muerte que esa vergüenza!

JORGE ¿Es decir que usted me ama?

SOLEDAD Sí; yo tampoco gusto de fingimientos. Sí, Jorge: ¡le amo a usted!

JORGE ¡Dígalo usted otra vez! ¡Otra vez! ¡Es tanta mi dicha... que no la creo!

SOLEDAD ¡Yo sólo una vez ofrezco mi cariño y es para siempre!

JORGE ¡Y de una vez y para siempre lo recibo yo... entre mis brazos!

SOLEDAD ¿Pero no se convence usted de que es imposible? Su riqueza es un obstáculo insuperable... dado mi carácter... ¡Soy como soy!

JORGE Tranquilícese usted: mi riqueza no existe. La fortuna de mi padre era cuantiosa; pero toda ella pasó a mí, abrumada por enormes hipotecas. Pregunte usted al padre de su amigo Roberto; él es presidente de una Sociedad, que en breve venderá en pública subasta todas mis fincas; ¡por tres millones lo que vale tres veces más!

SOLEDAD ¿Pero eso es cierto?

JORGE ¿Usted también duda de mi palabra? Desgraciadamente es cierto. No, por dicha, quise decir; si mi riqueza te molesta, ¡malhaya mi riqueza!

SOLEDAD Entonces ya no tengo derecho para huir de usted, ¡sería una crueldad y una infamia! *(Con ternura.)* ¡Ya no vacilo! *(Con arranque de pasión.)*

JORGE ¡Al fin!

SOLEDAD Un momento. ¿Cree usted en mí? *(Deteniéndole.)*

JORGE ¡Como en lo más sagrado!

SOLEDAD ¡Viví sola, abandonada, miserable!... ¿y si me calumnian?

JORGE ¡No será delante de mí!

SOLEDAD ¿No le asaltarán dudas?... ¡como hace poco le asaltaron!... ¡como ahora quizá le muerden en el alma!

JORGE ¡Nunca!

SOLEDAD ¡Es que exijo confianza absoluta!

JORGE ¡Y yo amor eterno y único!

SOLEDAD De mi amor, respondo. Pero de su confianza, a mí ¿quién me responde?

JORGE El porvenir.

SOLEDAD Quizá le pondrán a usted a prueba... ¡y si usted duda de Soledad, tendremos que separarnos, aunque me muera yo de dolor!

JORGE ¡Oh, si yo dudase de ti... no huirías! ¡El que muere no huye!

SOLEDAD ¡Lo prefiero!

JORGE ¡Soledad! *(Con pasión.)*

SOLEDAD ¡Jorge!... *(Separándose de él.)* ¡Adiós!... Hoy es día de emociones... déjame... ¡necesito estar sola!... *(Se aleja y toma de la mano las cartas.)*

JORGE ¿Para leer esas cartas que te ha dado Roberto?

SOLEDAD ¡La sospecha tan pronto!

JORGE ¡No!... ¡Perdóname!

SOLEDAD ¡Ah! Jorge... ¡si no me comprende usted vamos a ser muy desdichados!

JORGE ¡Quiéreme como yo y seremos muy felices!

SOLEDAD ¡Si el mundo lo consiente!

JORGE ¡Ay, si te ofende!

SOLEDAD ¡Si él me ofende, poco me importa! ¡Pero si me ofendes tú... ¡ay de mí! ¡Adiós... adiós... Jorge!

JORGE Adiós, Soledad. *(Volviendo.)* Dime... ¡que quieres verme pronto como le has dicho a Roberto!...

SOLEDAD ¡Jorge!

JORGE ¡No son celos!... ¡No son dudas!... ¡Te lo juro!... ¡Es envidia!

SOLEDAD A él le dije... que volviese... a ti... te digo... ¡no te vayas!... *(Yendo a él.)*

JORGE ¡Eso vale más!... ¡Ya no tengo envidia, ni a los ángeles! *(Cogiéndola entre sus brazos.)*

SOLEDAD Sí... vete... vete... ¡te lo ruego!... *(Rechazándole.)*

JORGE ¡El esclavo obedece!...

SOLEDAD ¡Adiós, Jorge! *(Sale por la puerta lateral.)*

JORGE ¡Adiós, Soledad!... ¡Vida de mi vida!... ¡Alma de mi alma!... ¡O al cielo con esta mujer... o al infierno con ella! *(Sale por el fondo.)*

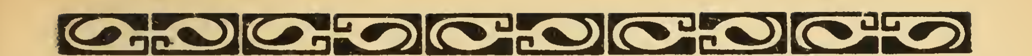
FIN DEL DIALOGO

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
JORGE	D.	*Antonio Vico.*
DON SEVERIANO	»	*Donato Jiménez.*
ROBERTO	»	*Ricardo Calvo.*
DON JUSTINO	»	*Carlos Sánchez.*
ALMEIDA	»	*Jaime Rivelles.*
JUANITO	»	*Antonio Perrín.*
NEBREDA	»	*Antonio Ruiz.*
SOLEDAD	Doña	*Luisa Calderón.*
DOÑA PURA	»	*Amparo Guillén.*
PAZ	»	*Carmen Cobeña.*
CLARA	»	*Elisa Casas.*
UNA SEÑORA	»	*Aurora Esting.*

SEÑORAS Y SEÑORES (bañistas)

La escena pasa en los baños de Fuente-cálida,
a los pocos meses del diálogo.



ACTO PRIMERO

La escena representa un salón espacioso y elegante de los baños de Fuente-cálida. Rompimiento al fondo que da al jardín. Puertas laterales. Divanes, mecedoras, sillones, pequeñas mesas, flores, espejos, un piano, etc. Es la estación de verano.

ESCENA PRIMERA

DON SEVERIANO BALBUENA y DON JUSTINO

que viene del jardín.

SEVER. ¡Mi querido don Justino!
(Saludándole afable, pero con cierta superioridad.)

JUSTINO ¡Mi señor don Severiano!
(Con afecto, pero con respeto.)

SEVER. ¿Ya se siente usted mejor?

JUSTINO Ya me siento menos malo.
La orden cumpliendo del médico,
¡cinco días en mi cuarto!

SEVER. ¡Estas aguas son muy fuertes!

JUSTINO ¡Son unas aguas del diablo!

SEVER. Yo digo que hay «conducción»
(Quiere decir cañería: es el término.)
directa, desde los antros
infernales de Luzbel,
a esta casa y a estos baños.

JUSTINO Ya supo lo que se hacía
el que supo bautizarlos:
«¡ Fuente-cálida !

SEVER. Pues yo
digo que no es adecuado
el nombre. Mejor sería,
que su manantial amargo
se llamase «escalda-pieles»,
ya que no «escalda-guijarros».

JUSTINO Somos desagradecidos:
¡ dan salud, y nos quejamos !

SEVER. Diga usted que somos hombres,
y ha hecho usted nuestro retrato.

JUSTINO ¡ Las aguas son prodigiosas !

SEVER. ¡ Las aguas hacen milagros !

JUSTINO Yo traje un reuma imposible !

SEVER. Pues yo me traje un catarro
de seis meses, y en seis días...
ya me ve usted; ¡ un muchacho !

JUSTINO Por algo es tanta la fama
de estos manantiales.

SEVER. Claro.
Es justicia. Aunque también
la moda les ha ayudado.
Aquí se dan «rendez-vous»,
desde hace dos o tres años,
las familias de más tono
de Madrid; lo más granado
de la Corte; de manera
que el agua con sus «cien grados»,
y con sus «cien tonterías»
el torrente cortesano,
por conjunción singular
de «Fuente-cálida» al amo,
le hacen de «un agosto», tres,
en los meses de verano.

JUSTINO ¿Y sigue viniendo gente?

SEVER. Diez familias han llegado
ayer mismo.

JUSTINO ¡ Prodigioso !
¿Sabe usted a quién acabo
de ver?

SEVER. Si usted no lo dice...

JUSTINO A la señora de Blanco.

SEVER. ¿Purificación? ¡ Ah, sí !

Hace tres días o cuatro
que llegó. Viene muy buena.

JUSTINO ¡Nada, que no pasan años
por ella!

SEVER. Fué muy hermosa.

JUSTINO ¡El pretérito rechazo!
¡Es una mujer divina!
¡es un portento!, ¡es un astro!

SEVER. ¡Don Justino! ¡Don Justino!
¡es excesivo entusiasmo
para un hombre con reuma!

JUSTINO Las aguas me han entonado.
(Con tono de viejo calavera.)
Y es adoración platónica:
es estético arrebato.

SEVER. Todo arrebato a su edad
es peligroso.

JUSTINO Enterado.
Usted siempre ha sido rígido,
mi señor don Severiano.
Mas prescindiendo de bromas
y en tono formal hablando
¡qué señora tan completa!

SEVER. ¿Quién, Pura? ¡Ca! ¡No se ha dado
otra mujer que la iguale
en los tiempos que alcanzamos!
¡Usted no lo sabe bien!
¡Yo hablando de ella me exalto!
¡Qué rigidez de principios!
¡Qué rectitud! ¡qué recato!
¡oro fundido en crisol!
¡cristal de roca tallado!
¡diamantina fortaleza!
¡No por apellido Blanco
debió tener, sino «armiño»!
¡Vaya, cuando yo la alabo!...

JUSTINO Muy cierto. Para alcanzar,
amigo mío, su aplauso,
ya es preciso...

SEVER. Ser lo que es
Purificación: y callo,
que aun para elogiarla, debe
ser respetuoso mi labio.

JUSTINO ¡Muy bien dicho!

SEVER. Bien sentido

será, amigo, en todo caso.

JUSTINO Y volviendo a los bañistas
que estos días han llegado,
¿conoce usted a una dama
de continente gallardo,
muy joven y muy hermosa,
que por el jardín vagando
vi hace poco, mientras daba,
mi paseo cotidiano?
Imposible es confundirla
con ninguna; es el traslado
de una Virgen de Murillo
con ojos dulces y garzos,
dibujo de Rafael,
y encarnación de Ticiano:
¡una mujer deliciosa;
una maravilla, un astro!

SEVER. Don Justino, para usted
estos baños no son baños,
sino un cielo todo azul,
de luceros tachonado.

JUSTINO Es adoración platónica;
es estético arrebato.

SEVER. Pues cuide más su reuma
y no se arrebate tanto.

JUSTINO Pero, en fin, esa señora
¿quién es? ¿Usted ha reparado
en ella? ¿Sabe quién digo?

SEVER. Sí, señor; ya me hago cargo.
(Con desdén y disgusto.)
Vino «sola»; sigue «sola»;
Soledad, dijo un criado
que se llama, y se sospecha,
que si es un astro, es «un astro
errante»; ya usted comprende:
en fin, «un ser desdichado».

JUSTINO ¡Qué lástima! Sus maneras
son finísimas.

SEVER. Acaso
lo sean; yo no me fijo
más que en las damas que trato.

JUSTINO El Marqués de Valle-Umbroso
la conoce.

SEVER. No lo extraño.

JUSTINO Se acercó y al bosquecillo

se fueron paso tras paso.
SEVER. Jorge es un hombre excelente,
pero un cerebro exaltado;
y por esa y otras cosas,
un buen sermón le preparo.
Fuí su tutor: fué su padre
allá en los tiempos de antaño
muy mi amigo, y es deber
en mí, velar...
JUSTINO Me hago cargo.
Dicen que usted le prepara
una boda...
SEVER. Yo me afano
por salvarle de la ruina;
pero él anda muy reacio.
En este siglo que corre
ya no hay respetos humanos,
sociales, ni religiosos,
y todos van desbocados,
a rastra de sus pasiones,
a los gritos del escándalo.
JUSTINO La juventud siempre ha sido
juventud, don Severiano.
SEVER. La de usted no fué muy santa;
¡pero la mía, declaro!...
JUSTINO Es que como usted no hay dos.
SEVER. ¡Por eso mi voz levanto
contra el vicio y la torpeza,
y la infamia, y el descaro!
¿Qué otro privilegio tienen
los hombres que han conservado
su conciencia limpia y pura,
sino éste, que yo reclamo,
de fustigar las miserias
que les van saliendo al paso?
JUSTINO Y todos le hacen justicia.
SEVER. Yo no me tengo por santo. *(Con modestia.)*
JUSTINO ¡Por lo menos un Catón!
SEVER. No, señor; un hombre honrado.
(Con mayor modestia.)
¡Si cometí alguna infamia,
venga a mí, que yo la aguardo!
(Con soberbia.)

ESCENA II

DON SEVERIANO, DON JUSTINO y DOÑA PURA por el fondo.

SEVER. ¡Mi señora doña Pura!
PURA ¡Mi querido Severiano!
SEVER. ¿Y Lola? ¿y Paz?
PURA Muy temprano
las hice bajar.
JUSTINO ¿Y aún dura
el paseo?
PURA No, señor.
JUSTINO ¿Fueron al baño?
PURA Tampoco.
Las hice subir ha poco:
en cuanto apretó el calor.
SEVER. ¡Esto es saber dirigir!
¡esto es saber educar!
JUSTINO ¡Ella las hace bajar!
¡ella las hace subir!...
SEVER. ¡Dos seres privilegiados!
PURA Dos niñas bien educadas:
(Con naturalidad.)
las horas reglamentadas
y los minutos contados.
Del sol al primer matíz...
arriba: el agua, el paseo,
el baño ¡su gran recreo!
¡y siempre la institutríz!
Distracciones, muy serenas;
nada que hable a los sentidos;
pocos libros y escogidos;
pocas amigas y buenas.
Por ellas yo me desvelo
sin descanso ni medida,
¡que para mí en esta vida
son dos ángeles del cielo!
(Con dulzura y unción casi religiosa.)
JUSTINO Son preceptos del deber.
PURA Son reglas claras y fijas.

SEVER. ¡Esto es querer a sus hijas!
(Con entusiasmo.)
PURA Esto es ser madre y mujer.
(Con humildad.)
¡Tan inocentes las dos
y el mundo tan extraviado!
¡la tentación y el pecado
entre las almas y Dios!
¿Quién sino yo, en la tenaz
y mundana bataola,
cuidaría de mi Lola,
cuidaría de mi Paz!
SEVER. ¡Qué tierna solicitud! *(A Justino.)*
JUSTINO ¡Y qué prudencia y qué calma!
(A Severiano.)
SEVER. ¡Esto le ensancha a uno el alma!
¡Aún existe la virtud!
JUSTINO Tiene usted mucha razón.
SEVER. ¡Que todas fueran así
y no verían en mí
al implacable Catón!
PURA ¡Oh! ¡La virtud no es tan rara!
¡Basta ya! ¡Basta, señores!
que me sacan los colores
con tanto elogio a la cara.
JUSTINO Si el proclamar lo que vemos,
a usted le causa molestia...
(Con galantería.)
SEVER. No ofendamos su modestia. *(A Jutino.)*
JUSTINO Pues callemos.
SEVER. Pues callemos.
PURA Pues he tenido un disgusto
hace poco en el jardín.
JUSTINO ¡De seguro fué el mastín!
(Precipitándose para adivinar.)
También me ha dado un buen susto.
Le habrá salido al camino
y como es fuerte y travieso...
PURA Pero señor, si no es eso;
no fué el mastín, don Justino.
JUSTINO Entonces no digo nada.
SEVER. No interrumpa a esta señora.
En suma, ¿qué fué?
PURA Que ahora...
hace poco... hallé sentada

en la mayor soledad
y en la mayor espesura,
recogida la figura
con afectada humildad;
pero en mí fija la vista
entre indiscreta y curiosa,
a una dama muy hermosa...
es decir, a «una bañista».
(Con expresión de desdén.)
Por no encontrarla, deshice
el camino.

SEVER. Buena idea.

PURA Aunque yo no sé quién sea,
sólo sé lo que se dice.
En mí su mirada fija
largo rato permanece;
cuando de pronto aparece
y se le acerca mi hija.
Mi Paz, que es una cordera,
pero sin pizca de seso;
que da un abrazo y un beso
y hace amistad con cualquiera.
¡Yo entre angustias y fatigas,
violenta y avergonzada!
y ellas entre tanto... nada:
como dos buenas amigas.
¡Y sonrisa por aquí!
¡y sonrisa por allá!
«¡y ya te hablará mamá!»
«¡y yo le hablaré de ti!»
Mi niña, ¡tan inocente!,
y la mujer, ¡tan madraza!,
en suma, ¡que me la abraza
y me la besa en la frente!
¡Y otro más! ¡Y más se empeña
en demostrarle su amor!
¡Como una hermana mayor
que acaricia a la pequeña!
Yo no sé lo que sentí;
lo que siento todavía;
¡en sus brazos la hija mía!
mire usted, ¡me estremecí! *(A Severiano.)*
¡Y el rubor tiñó mi faz
de enojo y de vergüenza, al ver
los blaios de esa mujer

en la frente de mi Paz!

SEVER. ¡Es una profanación,
que merece un escarmiento!

PURA ¡Qué mujer!

JUSTINO ¡Qué atrevimiento!

SEVER. ¡Pobre Purificación!
Ahí tiene usted lo que tiene
admitir en esta casa
a la primera que pasa,
sin decir de dónde viene.

PURA No me pude dominar.

SEVER. Sobrada prudencia tuvo.

PURA No, señor; no me contuvo
nada: me puse a gritar,
como en un drama una actriz,
cuando estalla el argumento:
«Paz, aquí; ven al momento,
te espera la institutriz.»
Y con aire muy sencillo,
retozando de alegría,
la pobre chiquita mía
vino como un corderillo.

JUSTINO ¿Y aquélla? *(Refiriéndose a Soledad.)*

PURA Pues no lo sé
porque la espalda volví;
pero imagino que vi,
al tiempo que me alejé,
de mi niña sin piedad
perturbando el alborozo,
algo así como un sollozo
perdido en la soledad.
(En este instante aparece en el fondo Soledad y se detiene.)

SEVER. Lloraría; sí, señor;
¿pues no llora el inocente?
si no llorara esa gente
¿para quién se hizo el dolor?

ESCENA III

PURA, SEVERIANO, JUSTINO y SOLEDAD

JUSTINO — Pues viene. *(Observándola y en voz muy baja.)*

PURA — ¡Qué cortedad!

SEVER. — ¡Qué frescura y qué osadía!

PURA — ¿Vámonos?

SEVER. — Eso sería
darle importancia.

PURA — Es verdad.
(Todo esto en voz baja.)

SEVER. — Hablemos de cualquier cosa;
como si ella no estuviese.

JUSTINO — Como si nadie la viese.

PURA — ¡Y es hermosa!
(Mirando con curiosidad y disimulo.)

JUSTINO — ¡Muy hermosa!
(Siguen hablando los tres en voz baja paseando y riendo.)

SOLEDAD — *(Avanzando lentamente; al fin se sienta al extremo opuesto y finge que lee un libro que trae.)*
¡Qué misteriosa atracción *(Aparte.)*
y qué dolorosa prueba!
¡Ahí están! ¡Cómo me lleva
hacia ellos el corazón!
¡Si entre ellos yo me arrojase,
gritándoles con el alma:
¡menos desdén!, ¡menos calma!,
porque pase lo que pase,
yo siempre soy la que fuí:
¡padres, vuestra sangre soy;
dadme el cariño que os doy;
volved la vista hacia mí!
Pero no; no soy capaz
de perturbar su reposo:
¡«él«... respetado y dichoso!
¡y «ella»... dichosa y en paz!
(Procurando dominar su emoción y conteniendo sus lágrimas.)

¡Sigan los dos!... ¡No me ofusca
ni el llanto!.. Yo también sigo.
Ni de mis padres mendigo
cariño que no me busca.
(A un lado Soledad fingiendo que lee, pero observando. Al otro lado los demás personajes hablando con naturalidad y a veces paseando.)

JUSTINO ¿Pero a quién quiere usted más?
¿a Paz o a Lola?

PURA No sé.
Lo mismo a las dos. ¿Por qué
preferencias, que jamás
dieron más que envidia y llanto,
y luchas en esta vida?
Si Lola me es muy querida,
¡a mi Paz la quiero tanto!

SEVER. Uster es siempre un modelo
de prudencia y de justicia;
en usted nunca se vicia,
ni por el más puro anhelo,
aquel espíritu, aquel
instinto de rectitud,
que acompaña a la virtud
marcándole su nivel.

PURA Hay que dominar los gustos
en la vida, más o menos;
que no logramos ser buenos
si no sabemos ser justos.
¿No me las ha dado Dios?
¿No son parte de mi ser?
¿No las tengo de querer
con toda el alma a las dos?
¿Cuál quiere usted que prefiera?
¿Cuál quiere usted que supere?
¡A los hijos se les quiere
a todos de igual manera!

SOLEDAD *(Levantándose con violencia y sin poder contenerse.)*
¡No siempre es eso verdad!
(Después se deja caer en el sillón. Todos vuelven la cabeza. La escena queda encomendada a los actores, que con su talento procurarán sacar partido de la situación.)

SEVER. *(En voz baja a Pura y Justino con extrañeza y enojo.)*
¿Es que ella también departe
con nosotros?

PURA Toma parte
con toda formalidad
en nuestra conversación.

JUSTINO Se sigue: no se hace caso.

SEVER. ¡Pues fuera curioso el paso!

SOLEDAD ¡Calla y sufre, corazón!
(Ap. estrujándose el pecho.)

JUSTINO No tiene usted tal apuro; *(A Severiano.)*
no teniendo más que un hijo
en él concentra de fijo
lo presente y lo futuro.

SEVER. Mucho quiero a mi Roberto,
que es caballero y honrado,
y que siempre me ha mostrado
cariño; pero es lo cierto,
como al deseo me ciña,
y exprese lo que he sentido,
que más hubiere querido
que el muchacho «fuese niña».
Un hijo es hombre y es fuerte,
no ha menester protección;
y las hijas, hijas son
hasta la hora de la muerte.
Pura tendrá a Paz y a Lola
cuando le llegue su vez;
pero en cambio, mi vejez
será una vejez muy sola.
(Con emoción y tristeza. De nuevo Soledad escucha con ansia y casi con alegría; deja de leer y casi se levanta.)

PURA *(Levantándose como para salir y muy conmovida: es el recuerdo de su hija perdida.)*
Sí... yo las tengo a las dos...
pero en fin... ¿a qué afanarse?
es preciso conformarse
con lo que dispone Dios.
(Vacila y está a punto de caer.)

SEVER. ¿Qué es eso, Pura?

PURA No sé.

JUSTINO ¿Pierde usted el sentido?

PURA *(Pasándose la mano por los ojos.)* Sí.

SOLEDAD *(Acercándose llorosa, conmovida y con expresión suprema de cariño.)*
Apóyese usted en mí;
soy fuerte y la sostendré.

PURA *(Rechazándola con disgusto.)*
No es necesario; ha pasado.
Un vahido a lo que entiendo.
(A los demás sin dirigirse a Soledad.)

SEVER. Puede usted seguir leyendo.
(A Soledad con tono seco, pero no grosero.)

SOLEDAD Deploro haber molestado.
(Con humildad y retirándose. Soledad se retira lentamente; duda adónde ir; al fin se dirige al fondo.)

JUSTINO No desperdicia ocasión
(A Pura en voz baja con ironía.)
de granjearse su amistad.

PURA ¡Es empeño y terquedad! *(Lo mismo.)*

SEVER. Es ya falta de aprensión. *(Lo mismo.)*

PURA Se ha dado por ofendida.
(Viendo que Soledad se aleja.)

SEVER. Es soberbia y puntillosa.

SOLEDAD ¡Qué triste y qué dolorosa
(Ap. con desesperación.)
y qué imposible es la vida!

JUSTINO No miremos hacia allí,
porque es capaz de volver.

SEVER. En su clase es la mujer...
mujer como nunca vi.

ESCENA IV

DOÑA PURA, SEVERIANO y JUSTINO en primer término formando un grupo. SOLEDAD y ROBERTO en el fondo.

ROBERTO ¿Qué tiene usted, Soledad? *(En voz alta.)*
¿Ha llorado?... ¿Y desfallece? *(Sosteniéndola.)*

SOLEDAD ¿Qué he llorado?

ROBERTO Así parece.

SOLEDAD ¡Ilusión!

ROBERTO No, realidad.
¡Tiene usted los ojos llenos
de lágrimas!
Di, ¿qué ha sido? *(En voz baja.)*
(Soledad y Roberto siguen hablando en voz baja. Roberto la trae al primer término del lado opuesto a los demás.)

JUSTINO ¡Como usted tuvo un vahido,
ella no quiere ser menos!

SEVER. ¡Y la mima en mi presencia
y en su padre no repara!
¡Ha de costarle muy cara
esa falta de decencia!

PURA ¡Observe usted qué primor!
(A Severiano, señalando al otro grupo.)
¡Es «amiga» de Roberto!

JUSTINO Muy amiga a lo que advierto.

SEVER. ¡Qué tiempos estos, señor!
(Hablando a los otros en voz baja, pero indignada.)
¡Con nada se satisfacen
los apetitos mundanos!
¡Hijos, esposos, hermanos
y familias se deshacen!
¡No hay vergüenza, ni aprensión,
ni respeto a los mayores;
ni ley de Dios!... ¡Los mejores,
ahí tiene usted lo que son!
(Señalando a Roberto.)
¡Ay, Pura, mi pobre Pura,
si nuestros padres nos viesen!
¡Bien quiso Dios que se fuesen
aprisa a la sepultura!

PURA ¡Y ella se «explica» también!
(Observando con curiosidad.)
¡con qué afán le da la mano!

JUSTINO Al chico, don Severiano,
usted le educó muy bien.

SEVER. ¡Qué vale la educación
de un padre cauto y prudente,
contra el mundano torrente
de vicio y de perdición!
(Todos observan con disimulo.)

ROBERTO No es posible de este modo
continuar, hermana mía;

y se va acercando el día
en que yo lo diga todo.

SOLEDAD Antes te dije «¡jamás!»
y no te dije lo cierto;
ahora te digo: «Roberto,
¡cuando ya no pueda más!»
Pero hasta entonces es mío
el secreto: lo has jurado.

SEVER. Nada, Pura, que he llegado
al límite, y no confío
en mi prudencia... y me voy.
(Hace un movimiento para retirarse.)

PURA Todos. *(También.)*

JUSTINO *(Lo mismo.)* Todos; es corriente.
(Los tres se dirigen al fondo.)

SEVER. *(Deteniéndose.)* Pero antes a ese insolente
he de enseñarle quién soy.
Roberto, quiero que ahora,
(En voz alta, desde lejos, con imperio, casi con violencia.)
ahora misma hablemos. ¿Sabes?

ROBERTO Imposible.
(Desde lejos también; con respeto y dulzura, pero con energía.)

SEVER. ¡Cosas graves!

ROBERTO Acompaño a esta señora.

SEVER. Pues yo no aguardo a después.

ROBERTO Heredé la cortesía
de usted, y usted no querría
que yo fuese descortés.
(Exagerando el respeto y la energía.)

PURA *(Conteniendo un movimiento de Severiano.)*
No haga usted que me disguste;
(Cogiéndole y llevándoselo.)
deme usted el brazo y vamos.

SEVER. ¡Bien estamos!

JUSTINO ¡Bien estamos!

SEVER. ¡Hablaremos!
(A Roberto con tono amenazador.)

ROBERTO *(Con respeto.)* Cuando guste.
(Salen Pura, Severiano y Justino.)

ESCENA V

SOLEDAD y ROBERTO

ROBERTO Comprende que es imposible
continuar de esta manera.
Por mucho que yo quisiera
contenerme, lo increíble
de esta situación cruel
se va imponiendo de modo
que es enecesario que todo
lo sepan tu madre y él.

SOLEDAD ¿Para qué causarles pena? *(Tristemente.)*

ROBERTO Será pena o alegría.

SOLEDAD Yo no sé lo que sería;
pero su vida es serena,
viven en gracia de Dios,
y fuera enorme pecado,
resucitar un pasado
que han olvidado los dos.
No hay motivo ni pretexto
para acercarme a tu padre;
y en la casa de mi madre
yo tampoco tengo puesto.
A su probada honradez
y de su fama al arraigo,
yo, Soledad, ¿qué les traigo?
¡un escándalo tal vez!
Pues entonces, la verdad
con decirles, ¿qué consigo?
Desde lejos les bendigo
y soy siempre Soledad.

ROBERTO Eso es hablar sin razón,
y eso es confundirlo todo:
se impondrá de cualquier modo
un día, tu situación.

SOLEDAD ¿Qué gano ni qué recibo
con alardear de indiscreta?
¿Una entrevista secreta?
¿algún beso fugitivo?
¿Una mirada miedosa
de soslayo, mal y tarde?

¿una sonrisa cobarde
encogida y recelosa?
¿o si la noche negrea,
alguna caricia acaso?
¡limosna arrojada al paso,
pero que nadie la vea!
¡Siempre fuego en el semblante
sin que nunca me desquite!
¡Ellos, padres de escondite
y yo, la hija vergonzante!
¡Y en público la inquietud,
el espanto o el recelo!
¡que no se desgarre el velo,
que peligra la virtud!
Y siempre muy a la mano
y con mucha compostura:
«¡mi señora doña Pura!»
(Fingiendo que les habla con respeto.)
«¡mi señor don Severiano!...»
cuando grita mi agonía,
desde el fondo de mi pecho,
con el corazón deshecho,
«¡padre mío y madre mía!» *(Con explosión.)*

ROBERTO ¡Basta, basta, Soledad!
yo haré lo que tú dispongas;
pero, hermana, no me pongas
por tu justa terquedad...
o por tu modo de ver,
en un caso muy extremo,
porque mira que yo temo,
que no me he de contener.
¡Te ofrecí mi protección
y me hiere quien te hiere;
que te quiere, como quiere,
cuando quiere el corazón!
Eres mi hermana y me apura
a defenderte el deber;
y otro tanto el ser mujer,
débil, desgraciada y pura.
¿Tú piensas que yo no advierto
lo que pasa en torno mío?
pues muy de veras te fío,
que no es tan necio Roberto.
Si esto sigue, no te asombre

mi actitud batalladora:
¡le falto a cualquier señora
o abofeteo algún hombre!

SOLEDAD ¿Pues qué pasa?

ROBERTO ¿Y el desprecio
conque te tratan aquí?
¿y el no hacer caso de ti,
mas que de paso algún necio?
En qué condición te ponen
todos, ¡voto a Belcebú!
¿Qué suponen que eres tú?

SOLEDAD Lo que mis padres suponen.
(Con sombría tristeza. Pequeña pausa; Roberto queda abrumado.)
Y es sentencia muy sabida,
que no he de merecer más
en justicia a los demás,
¡que a los padres de mi vida!

ROBERTO ¡Qué traidora mansedumbre!
¡qué desgarradora calma!
¡cuánta amargura en el alma!

SOLEDAD ¡Tengo ya tanta costumbre!

ROBERTO ¿Y tu Jorge?

SOLEDAD ¡Es mi esperanza!
(Con pasión: cambiando de tono.)
Si mi Jorge me faltase;
si Jorge de mí dudase;
si el ruin contagio le alcanza,
entonces ¡no hay porvenir
para mí de ningún modo!
¡entonces se acabó todo!
¡entonces quiero morir!
(Se deja caer en el sofá ocultando el rostro; Roberto la contempla con lástima. Pausa.)

ROBERTO Ya les conoces...
(Señalando hacia dentro y refiriéndose a sus padres.)
Y yo
he cumplido tu capricho.
¡A Madrid! *(Con energía.)*

SOLEDAD Aún no.

ROBERTO Lo dicho:
(Lo mismo.)
mañana nos vamos.

SOLEDAD — No.
Quiero que Jorge me vea
beber el brebaje amargo;
¡y me adore sin embargo,
y sin embargo me crea!
Que por muy diversos modos
me contemple escarnecida,
y que me ofrezca su vida,
y su nombre... ¡contra todos!
¿No logré lo que lograron,
tantos, que padres tuvieron,
y que en sus brazos se vieron
cuando a la vida llegaron?
Pues busco en compensación
lo que el destino me deba:
un amor a toda prueba:
un hombre de corazón.

ROBERTO — Es que mucho me equivoco,
a tu plan se me figura,
que es locura.

SOLEDAD — No es locura.
Y si lo es me importa poco.

ROBERTO — Mira que en ésta jornada
de antemano estás vencida.
¡Mira que arriesgas!...

SOLEDAD — ¿La vida?
Pues mira, no arriesgo nada.

ROBERTO — ¡Qué carácter de mujer! *(Con impaciencia.)*

SOLEDAD — ¡El carácter no se muda!

ROBERTO — ¿Y si le muerde la duda?

SOLEDAD — Eso es lo que quiero ver.

ROBERTO — Entre «indios bravos» pasaste
(Entre bromas y veras.)
tu juventud; ¿no es verdad?

SOLEDAD — Es cierto. *(Sonriendo.)*

ROBERTO — Pues, Soledad,
de esos «señores» tomaste,
cuando en las pampas creciste,
en plena naturaleza,
sus raptos, y su fiereza,
y una terquedad... ¡que embiste!
¡Y sobre todo unas mañas,
que no son de estos lugares,
ni de estos peninsulares

dominios de las Españas!
(Riendo, pero algo enojado.)

SOLEDAD ¿Vas a enfadarte?
(Con cierto mimo y dulzura.)

ROBERTO *(Cambiando de tono.)* No puedo
aunque quiera. Y no querría.
Pero tu genio, hija mía,
me hace gracia y me da miedo.

SOLEDAD ¿Hiciste aquéllo?
(Acercándose a él, en voz baja y con mucho mimo.)

ROBERTO ¡Otra idea,
como tuya, peregrina!

SOLEDAD ¿El salvarle de la ruina *(Con reproche.)*
a mi Jorge?

ROBERTO Cuando sea
tu esposo; pero entre tanto,
debieras tener más calma
y esperar.

SOLEDAD No espera el alma
más que tristezas y llanto.
Pero forje lo que forje
el destino, vida o muerte,
quiero asegurar su suerte:
quiero salvar a mi Jorge.

ROBERTO Me someto a tu albedrío,
aunque por tu bien arguyo.
Tú dispones de lo tuyo..

SOLEDAD De lo tuyo, hermano mío.

ROBERTO Pues no me des más jaqueca,
que no es cosa de importancia.
Persona de mi confianza
(En voz baja y mirando.)
levantará la hipoteca;
y tendrás a tu Marqués
rico y noble y arrogante.

SOLEDAD Y agradecido y amante.

ROBERTO De eso hablaremos después.

SOLEDAD ¿Será pronto? ¡apremia el plazo!
(Con cariñosa insistencia.)

ROBERTO Mis órdenes han corrido.
(Con solemnidad oficinesca.)

SOLEDAD ¡Qué bueno, hermano querido!

ROBERTO ¿Vaya un abrazo?

SOLEDAD ¡Un abrazo!
(Se abrazan, mirando a todas partes con recelo.)
¿Pero él no ha de sospechar?...

ROBERTO Nada tiene que saber.
Y esto se llama...

SOLEDAD «¡Querer!»

ROBERTO ¡Esto se llama, «pagar»!

SOLEDAD No me riñas. *(Con mimo.)*

ROBERTO No te riño.
Mas con todo te prevengo
¡que «adiós el caudal»!

SOLEDAD Aún tengo
lo que tuve, ¡tu cariño!
(Aparece en el fondo Jorge.)

ROBERTO El galán viene hacia aquí;
¡donde sus ansias concentre!
y no quiero que me encuentre
otra vez más junto a ti.

SOLEDAD ¿Está celoso? *(Riendo.)*

ROBERTO Sería,
si no lo estuviese...

SOLEDAD ¡Un santo!

ROBERTO O un hombre de cal y canto
Yo en su caso lo estaría.
(Sale lateralmente.)

ESCENA VI

SOLEDAD y JORGE

JORGE ¿Es Roberto el que se aleja?
(Sombrío y receloso.)

SOLEDAD Es Roberto. *(Con naturalidad.)*

JORGE ¿Por que vine?
(Es decir, si el motivo de alejarse es porque vió venir a Jorge.)

SOLEDAD ¿Quieres que yo lo adivine?

JORGE — Quiero saber por qué deja
este sitio en que le vi.
Desde el punto en que observó
mi llegada... se alejó.

SOLEDAD — La verdad, ¿son celos?

JORGE — Sí.

SOLEDAD — ¡Luego me juzgas liviana! *(Con tristeza.)*
¿Entonces por qué me quieres?

JORGE — No comprendéis las mujeres,
y acaso es empresa vana
el quererlo comprender,
¡cómo se puede adorar,
y al mismo tiempo dudar,
y al mismo tiempo creer!
Yo sé que eres noble y pura;
(Con calor creciente.)
que tiene más transparencia
el cristal de tu conciencia,
que el cristal de tu hermosura.
En el seno de mi hogar,
en que vivo solitario,
en aquel viejo santuario,
yo pongo en el mismo altar,
rodeadas de igual fulgor,
bajo igual limbo de gloria,
de mi madre la memoria
y la imagen de tu amor.
Para aquel que te difame,
no hay más castigo en mi mente,
que encerrarlo por demente,
o matarlo por infame.
¡Pues con esto que te digo,
yo tengo celos de ti!
Cuando a tu lado le vi,
iba pensando conmigo:
«¿Será después? ¿será ahora?
»porque no hay remedio humano:
»¡yo doy muerte a ese villano,
«y yo mato a esa traidora!»
Conque ahora la razón dame
o di que mi lengua miente:
enciérrame por demente
o mátame por infame.

SOLEDAD — Vamos, recobra la calma;
templa tus ciegos enojos.

JORGE ¡Ah!, ¡si a través de los ojos
pudiera leerse el alma!
SOLEDAD ¿Según eso, tú me quieres,
(Entre risueña de broma y gozosa de veras.)
Jorge, con idolatría?
JORGE ¿No has podido todavía
comprenderlo?
SOLEDAD Las mujeres.
(Con cierta coquetería.)
es arraigada opinión
entre la gente formal,
que somos, por nuestro mal,
muy tardas de comprensión.
JORGE ¡Soledad, de un pobre loco
no te burles!
SOLEDAD ¿Yo, de ti?
(Con verdadera pasión.)
Si tú me quieres así,
lo demás me importa poco.
JORGE Pues desvanece esta duda
que batalla con mi fe:
¿por qué, Soledad, por qué
tú, con todos tan ceñuda,
tan severa y recelosa,
por misterioso concierto
eres sólo con Roberto
expansiva y cariñosa?
SOLEDAD Porque es honrada su mano;
porque es muy bueno conmigo;
porque Roberto, es mi amigo,
y casi, casi, mi hermano.
JORGE ¿Le quieres mucho?
SOLEDAD ¡Le quiero
con el alma!
JORGE ¿Más que a mí?
SOLEDAD ¡Qué niño eres!
JORGE ¡Pues bien, di!
SOLEDAD Por él vivo... ¡por ti muero!
JORGE ¿Pero de dónde nació
esa extraña simpatía?
¿Tú le conociste?...
SOLEDAD El día
en que «mi Jorge» le vió *(Con mimo.)*
por vez primera en mi casa.

JORGE ¿Y a qué fué?

SOLEDAD *(Con dulce reproche.)* ¡Jorge querido!

JORGE Es que jamás lo he sabido.

SOLEDAD Tu curiosidad rebasa,
según tú comprenderás,
los límites del respeto.

JORGE La última vez: lo prometo;
ya no dudaré jamás.

SOLEDAD Me ofendes. *(Con severidad.)*

JORGE Pues no hay razón.
¡Tú, secretos para mí!
¿Los tengo yo para ti?
¡Abre y mira el corazón!
(Golpeándose el pecho.)
¡Y pregunta, cuando vean
tus ojos sombras! Y a fe
que yo no me ofenderé
por más preguntas que sean.
¿No eres mía y tú mi dueño?
¡Pues no ha de marchar unida
siempre tu vida a mi vida
en lo grande y lo pequeño?
Pues ya las barreras rotas,
tus secretos son los míos,
¡que si se juntan los ríos,
han de juntarse las gotas!

SOLEDAD ¡Así quiero que me quieras: *(Con alegría.)*
eres lo que yo soñaba!

JORGE Pues bien, si lo soy, acaba:
¿por qué tardas? ¿a qué esperas?

SOLEDAD Acaso dices verdad. *(Pensativa.)*

JORGE Ya lo creo que la digo.

SOLEDAD *(Después de una pausa en que medita.)*
Un ser muy noble, un amigo
de tu pobre Soledad...
casi en su lecho de muerte...
hizo jurar a Roberto,
que en mi porvenir incierto
cuidaría de mi suerte;
y que al tenderme su mano
y al estrecharla en la mía,
siempre para mí sería
amigo, padre, y hermano.

El es bueno; no le pesa
el compromiso adquirido;
y ya lo ves, ha cumplido
como honrado su promesa.
¿Se ha despejado la nube?
¿sigues temiendo y dudando?

JORGE Sigo como siempre... ¡amando!

SOLEDAD ¿Y los celos?

JORGE No los tuve.
(Después de vacilar.)

SOLEDAD Perdona que no lo crea; *(Con tristeza.)*
tienes un gran corazón;
pero sigue la opinión
del vulgo que te rodea.

JORGE ¡No, Soledad!

SOLEDAD No te enojes:
(Con mayor tristeza, casi con llanto.)
son inútiles tus iras.
En esa atmósfera aspiras,
ese veneno recoges;
y una y otra y otra vez,
por más que suplico y riño,
dudaste de mi cariño:
¡dudaste de mi honradez!

JORGE ¡No, Soledad!

SOLEDAD Es forzoso
que yo diga lo que siento.
¿Dudas? Desde ese momento,
para mí tan vergonzoso,
—te lo digo con dolor,
pero lo digo y lo haré,—
queda rota nuestra fe
y deshecho nuestro amor.
(Se separa llorando.)

JORGE Di que quieres darme muerte
y descubriré mi pecho;
pero pensar que deshecho
va a quedar el lazo fuerte
que bendigo y que bendices,
—¡porque tú también me adoras!—
solamente porque lloras,
y te enojas y lo dices;
perdóname, Soledad,

¡lo digo con amargura!
¡imaginarlo es locura
y repetirlo crueldad!
Que te estreche contra mí,
(Oprimiéndola con pasión.)
que mi amor su fuego irradie,
y a ver quién ¡ni tú ni nadie
podrá arrancarte de aquí!

SOLEDAD Alguien, con ser tan profundo
tu cariño... ¡no te asombre!...
lo conseguirá.

JORGE ¡Su nombre!

SOLEDAD «¡Esa gente! ¡todo el mundo!»

JORGE Pues bien; huyamos los dos.

SOLEDAD ¿Y si la duda retoña?

JORGE ¡Se queda aquí la ponzoña!
¡Serás mi esposa ante Dios!

SOLEDAD ¡Mal procuras por tu dama!
¡mucho el miedo te subyuga!
que encuentras sólo en la fuga
(Con amargura.)
la defensa de mi fama.
Todo lo eres para mí;
pero tu honor es mi honor;
si he de conservar tu amor,
«he de conservarlo aquí»

JORGE Bien está; no me opondré.
A tu voluntad me ciño.

SOLEDAD ¡Dudaste de mi cariño!

JORGE No dudarás de mi fe.

SOLEDAD ¡La calumnia es venenosa
y es, Jorge, ruda la prueba!

JORGE Ya veremos si se ceba
en la que ha de ser mi esposa.

ESCENA VII

SOLEDAD, JORGE, CLARA, ALMEIDA, JUANITO, PURA, PAZ, DON SEVERIANO, DON JUSTINO, SEÑORAS y SEÑORES BAÑISTAS y ROBERTO al final.

Todos van entrando según se indica oportunamente y se colocan a uno y otro lado, en la forma más natural y artística. Es escena que debe estudiarse con esmero, procurando que tenga toda la realidad posible, y toda la animación y vida propias de estos casos. Soledad y Jorge vienen a colocarse en primer término, a la izquierda, y permanecen muy separados de los varios grupos de Bañistas. Estos comienzan a presentarse en el jardín formando grupos que se aproximan al salón.

SOLEDAD Viene gente.
JORGE ¡Buen acopio
de crónicas y tijera!
SOLEDAD Hasta luego, Jorge. *(Queriendo salir.)*
JORGE Espera:
estás por derecho propio;
¿por qué ese apresuramiento?
¿huyendo acaso te vas?
SOLEDAD Cedo el puesto a los demás.
JORGE Es que yo no lo consiento.
¿Para qué cobardes modos
quien alzar puede la frente?
Harás lo que hace la gente,
y estarás donde están todos.
Lo que pide la estación
de baños y su tragín.
¿La arboleda del jardín
da su fresco a este salón?
pues aquí gozas frescura
y solaz, reposo y calma;
que tener más noble el alma

y tener más hermosura
que esa gente, no es motivo
para estar tan encogida,
ni para pasar tu vida
como reclusa o cautivo.

SOLEDAD Dices bien; el que enmudece
(Con energía y altivez.)
de su derecho prescinde;
el que a la infamia se rinde
acaso es que la merece.

JORGE ¡A ver si hay, por Belcebú,
algún corredor de famas!
¿Aquí se reunen las damas?
Pues con ellas estás tú.

NEBREDA *(Entrando con Clara: se dirige a la derecha.)*
Vamos a tener un día
más caluroso que ayer.

CLARA ¿Es aquella la mujer
(A Nebreda en voz baja, señalando a Soledad.)
que usted ayer me decía?

NEBREDA Es la misma y es famosa
en el círculo en que rueda.

CLARA Pues yo, la verdad, Nebreda,
no la encuentro tan hermosa.

JUANITO *(Entrando con Almeida.)*
¿De modo que la conoces?
(Indicando a Soledad.)

ALMEIDA ¿Si la conozco? ¡anda, chico!
(Con suficiencia y riendo con malicia.)

JUANITO Pues entonces te suplico
que me presentes.

ALMEIDA No goces
tan pronto con la victoria;
es caprichosa y severa. *(Riendo.)*

JUANITO Será como otra cualquiera.

ALMEIDA Tiene historia, ¡mucha historia!
Vino de América.

JUANITO Ya.

ALMEIDA Después de haber desplumado
dos o tres.

JUANITO ¿Y no ha encontrado
algún otro por acá?

ALMEIDA Le hace el «oso» Valle-Umbroso;
pero ese ya no se arruína. *(Riendo.)*

JUANITO ¡Su belleza es peregrina!

ALMEIDA Tiene un cuerpo muy airoso.
(Con afectado desdén.)

JUANITO ¡Te digo que es un encanto!
¡que es una preciosidad!

ALMEIDA Pues «de cerca»... la verdad
(Con tono fatuo.)
no me ha parecido tanto.
¡Que se presenta muy bien;
que es majestuosa y serena!.

JUANITO También Roberto Balbuena
la ronda mucho.

ALMEIDA También.
(Se acercan al grupo de Clara y Nebreda y hablan y ríen, mirando de soslayo a Soledad y Jorge. Entran Pura y Paz; Paz puede ser de diez años a diez y ocho, como más convenga; lo mejor lo último, porque su lenguaje no es de una niña.)

PURA Ven, Paz, y no te separes
un momento de mi lado.

PAZ ¡Allí está! ¿no has reparado?
(Señalando a Soledad.)

PURA No mires.
(Vienen las dos a sentarse en primer término a la derecha; siempre hablan en voz muy baja.)

PAZ Hondos pesares
(Mirando constantemente a Soledad.)
debe sufrir. Cuando menos,
memorias muy dolorosas.

PURA ¡Qué sabes tú de esas cosas!

PAZ Es que siempre tiene llenos,
aunque nunca muestra enojos,
ni su reserva quebranta,
de suspiros la garganta
y de lágrimas los ojos.

PURA Ese interés extremado
que hacia cualquiera te inclina...
(Severamente.)

PAZ ¿Pues no manda la doctrina
consolar al desgraciado? *(Con inocencia.)*

PURA «¡Desgraciada!» ¿Acaso a ti
te lo ha dicho?

PAZ No en verdad.
Me dijo: «soy Soledad»...
¡Ya está mirando hacia aquí!
(Mirando y riendo.)

PURA No le llames la atención.

PAZ ¿Quieres que vaya un momento?

PURA ¡Qué niña! ¡Qué atrevimiento!
No bajas más al salón.
(Siguen hablando en voz baja. Van entrando otros Bañistas de ambos sexos, distribuyéndose por todas partes y paseando algunos.)

SOLEDAD ¡Ay, Jorge, la prueba empieza!
¿No lo ves? ¡Todos me miran!

JORGE *(Violento, colérico, pero procurando dominarse.)*
Si te miran es que admiran,
y es natural, tu belleza.

SOLEDAD ¿Por qué quieres ocultar
el furor que en ti renace?
¿Tan de veras te complace
(Almeida y Juanito la observan con cierta insolencia.)
ese modo de mirar?

JORGE ¡Si de alguno en la mirada
hay ofensa, dilo claro;
porque yo nada reparo!
(Apretando los puños.)

SOLEDAD Entonces no he dicho nada.

JORGE ¿Fué ilusión?

SOLEDAD Ilusión fué.
Que me siento muy nerviosa;
que la duda es contagiosa,
y al cabo me contagié. *(Procurando sonreir.)*
(Toda esta escena se encomienda a los actores y al director. La escena está, más que en las palabras, en los movimientos, en las miradas, en las sonrisas y en el conjunto de los personajes.)

JORGE ¿Ofensa? ¿Quién es capaz?...
(Se vuelve con ira; Juanito y Almeida, que lo notan, también se vuelven asustados.)

SOLEDAD	¿Es doña Pura?
	(Queriendo distraerle y señalando con discreción.)
JORGE	Sí; cierto.
	Con la ahijada de Roberto.
SOLEDAD	¿Se llama Lola?
JORGE	No; Paz.
	¿Por qué se agita tu mano?
	¿qué tienes que te estremeces?
SOLEDAD	Los nervios, como otras veces.
	(Ve que entra D. Severiano con D. Justino y hace un movimiento involuntario.)
JORGE	¿Quién llega?
	(Volviéndose con curiosidad a ver la causa de aquella emoción.)
SOLEDAD	*(Procurando reir.)* Don Severiano...
JORGE	Que perora y moraliza.
	¿Tienes algo?
SOLEDAD	Nada tengo.
SEVER.	Lo repito y lo sostengo:
	la sociedad agoniza.
	(Avanzan los dos al primer término.)
JUSTINO	¿Habló con Roberto al cabo?
SEVER.	Pocas palabras y malas.
	El ave tendió las alas
	y se emancipó el esclavo.
	De amigo de esa mujer
	alardea sin rebozo;
	en resumen, que ese mozo
	se me va echando a perder.
	«Que la dama, en su opinión,»
	me afirmó con acritud,
	«es un foco de virtud
	y un tipo de perfección.»
	(Entra Roberto con un papel de música y se dirige a Soledad.)
JUSTINO	Y su opinión la comprueba
	prácticamente. Ahí le tiene.
SEVER.	¡Nada, nada le contiene!
JUSTINO	Es que el corazón le lleva.
	(D. Severiano y D. Justino se acercan a Pura y Paz y hablan con ellas.)
ROBERTO	Es aquella melodía *(A Soledad.)*
	de que hablábamos ayer.
SOLEDAD	Mil gracias; no puede ser.

ROBERTO ¿Por qué?
SOLEDAD Porque no podría
acompañarme.
ROBERTO Yo espero
encontrar acompañante.
(Almeida, Juanito y D. Justino forman ahora un grupo y observan el de Soledad. Oyen las últimas palabras.)
ALMEIDA ¿Será un alegro?
JUSTINO ¡Un andante!
JUANITO Y un «andante caballero».
JUSTINO Gran desfacedor de agravios
ALMEIDA Mantenedor de doncellas.
JUANITO Si las doncellas son bellas
y si son dulces sus labios,
me doy por mantenedor.
(Siguen su paseo, riendo.)
CLARA Los dos con ella a porfía.
NEBREDA Roberto tiene osadía.
CLARA Y Jorge tiene valor.
PAZ ¿Acaso esa señorita
va a cantar? ¿lo sabe usted?
(A D. Severiano.)
PURA Hazme, niña, la merced
de no preguntar. Me irrita,
Severiano, su insistencia.
SEVER. Déjela usted: no incomoda.
Si la pobre Paz es toda
sinceridad e inocencia. *(Siguen hablando.)*
SOLEDAD ¿Si usted se empeña?... *(A Roberto.)*
ROBERTO ¡Pues no!
JORGE Si de algo sirve mi ruego...
SOLEDAD ¿Y qué van a decir luego?...
JORGE Ayer Teodora cantó
una preciosa balada.
ROBERTO Y Julia, y la de Merino.
JORGE Y hasta el mismo don Justino *(Riendo.)*
nos prepara una charada.
ROBERTO Son tributos, Soledad,
que en estos sitios amenos,
pagan «a los más, los menos»
por ley de necesidad.
(Se levanta Soledad y los tres van al piano. Soledad preludia distraída, mientras de pie hablan Jorge y Roberto.)

CLARA ¿De manera que hay que oir?
(A una señora que se ha sentado junto a ella.)

SEÑORA Ya ve usted, nos favorece. *(Con ironía.)*

ALMEIDA La «imponen», según parece.
(A las dos damas; con ellas forma un grupo.)

CLARA Y tendremos que aplaudir.

SEÑORA Es de buena educación.

CLARA Yo no sé si es buena o mala,
pero me voy de la sala.

ALMEIDA Merecen una lección.

ROBERTO ¡Vengo «a robarle su Paz»!
(Acercándose al grupo que forman Pura, Paz y Severiano.)
¡Si habré nacido inhumano!

PURA ¿Y por qué?

ROBERTO Porque el piano
espera.

SEVER. ¿Y eres capaz?...
(En voz baja, pero con gran indignación.)

PAZ Yo, si mamá me concede *(Levantándose.)*
su licencia, pronta estoy.

PURA Sí; pero yo no la doy.
Se siente mala: no puede.
(Con mucha sequedad.)

ROBERTO ¿Es un desaire?

PURA ¡No a fe!
Es que les voy a dejar.
(Se levanta y sale, llevándose a Paz, por el fondo.)

SEVER. ¿Adónde vas a llegar? *(A Roberto al irse.)*

ROBERTO ¡Padre, padre... no lo sé!
(Don Severiano se va acompañando a Pura y Paz.)

JORGE *(Observando lo que sucede.)*
¡Miserables!

SOLEDAD *(Lo mismo.)* ¡Qué tortura!

CLARA ¡Hace un calor insufrible!

SEÑORA El jardín es preferible.

ALMEIDA Es atmósfera «más pura».
(Se levantan las tres y salen. Todas las damas y todos los caballeros se disponen a abandonar el salón.)

ROBERTO ¡Qué rígidos! ¡qué severas!

JUANITO *(Asomándose al fondo.)*
Vengan todos sin demora:
al «aria aperta», Teodora
va a cantar sus «peteneras».
(Salen todos, menos Soledad y Jorge; éstos al lado del piano y Roberto a cierta distancia.)

ESCENA VIII

SOLEDAD, JORGE y ROBERTO

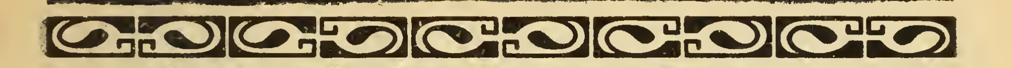
SOLEDAD *(Levantándose del piano, violenta y llorosa.)*
¡Huye de mí!... ¡vete presto! *(A Jorge.)*
JORGE ¡Calla!... ¡calla!
SOLEDAD *(A Jorge.)* ¿Puede un hombre
darme su mano y su nombre
después de presenciar esto?
JORGE ¡Sí puede, si tiene amor;
(Cogiéndola las manos.)
y si le sobra coraje!
¡Sí puede, si del ultraje
encuentra mantenedor!
(Revolviéndose iracundo.)
ROBERTO ¡Ah, si de un hombre la ofensa
hubiese sido!... ¡A estas horas!...
¡Pero han sido las señoras
y contra ellas no hay defensa!
JORGE ¡Tienen esposo y hermano,
amigo, padre y amante,
y para esos hay bastante,
con un hierro y una mano!
Ve de esa gente detrás *(A Roberto.)*
y búscame quien responda;
¡la herida ha sido muy honda,
pero un hierro se hunde más!

FIN DEL PRIMER ACTO

PERSONAJES DEL ACTO SEGUNDO

Los del anterior y además UN CRIADO que pronuncia breves frases.





ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

CLARA, JUANITO y DON JUSTINO

CLARA (*Sentada.*) ¡Válgame Dios y qué cosas
(*A Juanito.*)
me cuenta usted! Pues yo en Babia;
con mi jaqueca maldita
sin enterarme de nada.

JUANITO ¡Vivimos sobre un volcán,
(*Con acento cómicamente terrible.*)
señora! De pronto estalla
y vamos por el espacio
como cascos de granada.

CLARA Pero Juanito exagera:
¿no es verdad? (*A D. Justino.*)
Usted que guarda,
en las cosas de la vida,
la gradación necesaria;
que no se va por las nubes,
ni de pronto se dispara;
usted, juicioso y prudente,
a la relación que acaba
de hacer con tono dramático
esta criatura volcánica,
le pondrá su correctivo.

JUSTINO Lo cierto es que «Fuente-cálida»,
(Con gravedad.)
no es la morada tranquila
que encontramos, doña Clara.
Si no es un volcán, como dice
Juanito, tal vez mañana
lo sea; que algún bañista
por los ojos echa llamas,
y en el fondo de algún pecho,
ruje hirviente roja lava.

CLARA ¡Todo por esa mujer!

JUANITO Siempre en la tragedia humana,
faldas, túnicas y colas
la catástrofe preparan.
Por Helena se hundió Troya,
don Rodrigo por la Caba
y se perdió el Paraíso
por Eva y una manzana.

JUSTINO Juanito, vamos despacio
en cuanto a Historia sagrada,
que el Paraíso de Adán
no se perdió por las faldas.

JUANITO Pero perderemos éste
si esa mujer no se marcha.

CLARA Vamos a ver, don Justino,
con su método y su calma,
cuénteme usted lo que ocurre,
porque éste no es de confianza.
(Señalando a Juanito.)
Lo digo porque lo creo.
(Contestando a Juanito que hace un movimiento de protesta.)

JUANITO Pues, señora, muchas gracias.

JUSTINO Usted recuerda el desaire,
que ayer mismo, en esta sala,
hicieron a Soledad
cuantas personas estaban
gozando aquí la frescura
de esas verdes enramadas.

CLARA Sí, señor; fué una protesta
dura, pero necesaria.

JUSTINO Usted fué de las primeras
que salió a la desbandada.

CLARA Vamos despacio: con Paz,
Purita rompió la marcha.

JUANITO	Sí; pero usted la siguió.
JUSTINO	Y a usted, otras muchas damas.
CLARA	Todas, todas, don Justino: aquí no quedó ni un alma.
JUANITO	Mas que Jorge con Roberto y la «princesa encantada».
CLARA	¿Y qué? ¿No somos ya libres para andar por esta casa?
JUSTINO	Yo cuento lo que ocurrió; soy relator de la causa. Pues Valle-Umbroso se puso hecho un tigre de Bengala. Provocó a dos caballeros, insultó a Luisito Landa, concertó tres desafíos, y a tales extravagancias llegó, que si al fin Roberto no viene a echar una capa, es un campo de Agramante ese campo de esmeralda, y es de sangre, roja fuente, la fuente de «Fuente-cálida».
CLARA	¡Pero es una indignidad, y esa conducta me extraña en un hombre como Jorge, de educación esmerada, de carácter bondadoso y de arraigo y de prosapia!
JUANITO	El amor no reconoce respetos, lindes ni vallas.
CLARA	Por esa mujer «¡amor» Valle-Umbroso! Es una chanza de usted. Capricho, locura, ilusión, fuego que pasa. ¡Pero amor! No aplique usted a tal caso, tal palabra.
JUSTINO	Sin embargo, todos dicen que Valle-Umbroso «se casa».
CLARA	¿Con la aventurera? Vamos, invenciones con que tratan de tomar, del pobre Jorge y de sus iras, venganza.
JUSTINO	No, señora; es cosa seria.
JUANITO	Soledad es millonaria, *(En voz baja.)* según se afirma, y en cambio

el Marqués no tiene blanca.

CLARA — Pero es un hombre de honor;
un apellido sin mancha;
y una casa solariega
de las mejores de España.

JUANITO — En ruína; que la hipoteca,
yelmos, escudos y barras
devora sin miramiento
a los fueros de la Heráldica.
¿Y ahora, qué arguye? *(A Clara.)*

CLARA — Que estoy,
Juanito, petrificada.
¿Pero es tan rica?

JUANITO — Se trajo
de América mucha plata.
Según se dice, explotó
la pasión senil y cándida
de un anciano poderoso.

JUSTINO — Venus que a Pluto se traga.

CLARA — ¡Qué cosas se ven!

JUANITO — Por eso
le ha llegado tan al alma
la escena de ayer. ¡Amor!
¡Sólo por amor! ¡Dan ganas
de reir! Esas pasiones
se quedan para los dramas.

ESCENA II

CLARA, ALMEIDA, DON JUSTINO y JUANITO

ALMEIDA — ¡La gran noticia, señores;
(Desde la puerta.)
¡auténtica! ¡comprobada!
¿Qué tal?
(Reparando en Clara y dándole la mano.)

CLARA — Me tienen los dos,
con la historia que relatan,
como yo no sé decir.

ALMEIDA — ¿De Valle-Umbroso se trata?

CLARA — Y de esa «señora»... Ya,
no me atrevo a designarla

de otro modo.

ALMEIDA ¿Pero saben,
lo que ocurrió esta mañana?
¿La nueva complicación?

JUSTINO De eso no sabemos nada.

ALMEIDA ¡Gran suceso! ¡Los bañistas
de ambos sexos, casi en masa,
protestan!

CLARA ¡La imposición
(Queriendo decir que responden a la imposición del Marqués.)
de Valle-Umbroso!

ALMEIDA Es la causa
de todo. Cada uno vive
como vive. Y si le arrastra
al abismo su pasión,
rueda él sólo y santas pascuas.

JUANITO Muy bien dicho.

CLARA Muy bien dicho.

ALMEIDA Pero, blandiendo la espada,
empeñarse en que personas
respetables rindas parias
a esa mujer... ¡es muy fuerte!

JUANITO Tú has tenido «una agarrada»
(A Almeida.)
con Jorge, según se cuenta.

ALMEIDA Me vino con sus bravatas
(Dándose tono y mintiendo descaradamente.)
de espadachín... pero yo
me cuadré, y con mucha calma
supe cortarle los vuelos;
y con las orejas gachas
se fué, dando mil excusas
tan necias como obligadas.

JUANITO Muy bien hecho.

JUSTINO Muy bien hecho.

ALMEIDA Tú me conoces y basta.
(Dándose aún más tono.)

JUSTINO ¿Pero y la complicación?

CLARA ¿Pero la protesta magna,
en qué consiste?

ALMEIDA Consiste
en que... o Soledad se marcha
hoy mismo, o todos nosotros

nos vamos de Fuente-cálida.
¡La satisfacción debida
a esta sociedad preclara!
¡a la osadía de Jorge
la corrección necesaria!
¡El desagravio a los fueros
de la moral ultrajada!
¡Ella o nosotros!... ¡no hay más!
(Con mucha indignación.)
¡sin componendas ni farsas!

CLARA Y en la alternativa puestos
los dueños...

ALMEIDA Es cosa clara,
que a la noble aventurera,
con muchísima crianza,
y muchísimo respeto,
cual lo exige su prosapia,
harán comprender hoy mismo,
que es imposible su estancia
por más tiempo en estos baños;
es decir, que me la plantan
de la carretera al borde
y a la puerta de la casa.

JUSTINO Y Valle-Umbroso ¿qué hará?

ALMEIDA ¿Pues usted lo duda? ¡estalla!

CLARA ¡Al ángel de su ilusión,
a la respetable dama,
sin más forma de proceso
de estos baños arrojarla!

ALMEIDA ¡Profanación!

JUANITO ¡Atentado!

JUSTINO ¡Sacrilegio!

CLARA ¡Horror!

ALMEIDA ¡Venganza!
¿Y las huestes insurrectas,
ustedes saben quién manda?
¡Don Severiano! *(Después de una pausa.)*

JUSTINO Es un hombre
que no tolera una falta
de respeto à la moral.

CLARA Es un carácter.

ALMEIDA Le escama *(Con misterio.)*
además la simpatía
por esa mujer liviana
de su Roberto.

CLARA ¿Roberto?...
(*Con curiosidad.*)

ALMEIDA Está si cae... si levanta...
(*Pasan por el fondo del jardín doña Pura y Paz.*)

CLARA ¡Allá va Pura! ¿También
entra en la trama?

ALMEIDA En la trama;
como todos los bañistas
de dignidad.

JUANITO Indignada
está la buena señora.

CLARA ¡Ella que es tan timorata!

JUSTINO ¡Y tan rígida!

ALMEIDA ¡Y que trajo
a sus hijas!

CLARA No me extraña.
Pues vamos a ver qué dice
Pura, y a ver qué se charla
de nuestro Jorge y su boda
y la bella americana.

JUANITO Le plat du jour.

CLARA Juctamente.
Si en estas cosas no pasa
una el tiempo, se hace eterno.

JUSTINO Y no sientan bien las aguas.

JUANITO Si tropieza usted con Jorge,
obsérvele usted la cara.

ALMEIDA No de cerca, que serán
terribles las llamaradas.

JUSTINO Clarita es toda prudencia.

CLARA Hasta luego; se me escapa
Purificación.

JUSTINO Señora... (*Saludando.*)

CLARA Adiós.

ALMEIDA Adiós.

JUANITO La jornada
siguiendo como empezó
será ruda.

CLARA Será trágica.

ESCENA III

DON JUSTINO, JUANITO y ALMEIDA

(Por el fondo, lentamente y muy pensativo, llega don Severiano.)

JUANITO Ya viene don Severiano.
JUSTINO ¡Mal gesto!
ALMEIDA Frente nublada.
JUANITO Ceño adusto.
ALMEIDA La tormenta
que hacia Soledad avanza.
JUSTINO El juzgador implacable
que su sentencia prepara.
Déjenme ustedes con él;
yo le inspiro más confianza...
JUANITO ¿Pero nos dará noticias?
JUSTINO Interesantes y exactas.
ALMEIDA Pues hasta luego. *(Despidiéndose.)*
JUSTINO Hasta luego. *(Lo mismo.)*
JUANITO Y a cumplir como Dios manda.
ALMEIDA Yo me voy a ver a Julia. *(Con misterio.)*
JUANITO Yo me voy a ver a Laura. *(Lo mismo.)*
ALMEIDA Cuidado con el marido.
JUANITO Es un amigo del alma.
(Salen por lados distintos.)

ESCENA IV

DON JUSTINO y DON SEVERIANO

JUSTINO *(Saliendo al encuentro.)*
¿Su protesta ha formulado
el comité ejecutivo?
SEVER. *(Después de una pausa.)*
Un aviso preventivo. *(Con indiferencia.)*
y cortés... pero «acentuado».
El paso, aunque doloroso,
nos lo impuso la conciencia.

Y lo impuso la demencia
del marqués de Valle-Umbroso.

JUSTINO ¿Y se quemaron las naves?

SEVER. Se adivina.

JUSTINO Lo adivino.

(Don Severiano se separa de don Justino y se pasea pensativo. Don Justino le sigue.)

SEVER. Tengo, querido Justino,
preocupaciones muy graves.

JUSTINO ¡Qué tono! ¡qué voz! ¡qué pausa!

SEVER. Cosa de gran entidad.

JUSTINO ¿Es Soledad?...

SEVER. Soledad
es la causa... y no es la causa.
¡Se precipita Roberto
(Después de unos instantes.)
por esa mujer funesta!
¿Sabe usted lo que le cuesta
a estas horas? Sé de cierto,
que de tres millones pasa
lo que Soledad recibe:
con gran secreto me escribe
el cajero de mi casa.
La hipoteca se libera
hoy mismo. La cubre toda
como regalo de boda
ese imbécil calavera.

JUSTINO ¡Vamos, que no lo concibo!

SEVER. Cuando yo afirmo, no yerro.
Se valen de un testaferro,
pero el hecho es positivo.

JUSTINO ¿Y Valle-Umbroso lo sabe?

SEVER. No lo puedo suponer.

JUSTINO ¡Venderse y a tal mujer!
¡Eso es muy grave!

SEVER. Muy grave.

JUSTINO ¡Aceptar tan sin reparo
tres millones! ¡Dios me asista!

SEVER. Le he pedido una entrevista,
y le voy a hablar muy claro.

JUSTINO Por amor... comprendo, sí,
cualquier locura de amor...
(Con cierto aire de calavera.)

SEVER. Pero en llegando al honor
el hombre se para allí.

Y que no venga a decirme:
«¡ quién creyera ! ¡ quién pensara !»
Nada; lo dicho: «se para
donde le coja y en firme».

JUSTINO Soy de la misma opinión;
ese Jorge está demente.

SEVER. Pues otra cosa la gente
supone, aunque sin razón.
¡ Y además... un majadero !
(Con tono confidencial.)
Pues si se casa con Lola,
su padrino Juan Arriola,
¿no le nombra su heredero?
Yo esa boda concertaba...

JUSTINO Ya lo sé.

SEVER. Porque creía,
que Valle-Umbroso tenía
pundonor. Y me agradaba,
que una hija de Pura fuese
de Valle-Umbroso marquesa.

JUSTINO Y ahora en cambio...

SEVER. Ya me pesa,
y es natural que me pese;
porque hoy la fatalidad
mi proyecto desbarata;
porque hoy Valle-Umbroso trata,
de «venderse a Soledad».

JUSTINO Sin embargo, él no merece *(Dudando.)*
que tal infamia se crea.

SEVER. Yo no digo que lo sea;
yo digo que lo parece.

JUSTINO También Purificación
lo sentirá.

SEVER. Ya lo creo.
¡ Pues si era su gran deseo !
¡ Lola rica y con «blasón» !

JUSTINO Pues, amigo, el buen Marqués
el proyecto ha trastornado.

SEVER. Muy pronto ha profetizado;
ya lo veremos después.
Yo soy hombre de conciencia;
fuí su tutor y le quiero,
Y Jorge es un caballero
y pasará su demencia.
Por cariño y por deber

y respeto a la virtud,
exige mi rectitud
salvarle de esa mujer;
y a mi Roberto de paso,
que en la red cogido brega;
y adonde el hijo no llega
el padre llegará acaso.
Existen medios y modos...
maña... prudencia... energía...
En suma, que todavía
he de salvarles a todos.

JUSTINO ¡Noble empresa!

SEVER. Tal vez sí.
(Aunque con modestia.)

JUSTINO Y una conducta correcta.

SEVER. Yo siempre, la línea recta.
Yo soy, lo que siempre fuí.
Me doblego alguna vez
pero ante el vicio jamás;
y cuanto más viejo, más
fuerza y más rigidez .

JUSTINO ¡Es usted un juzgador
de bronce y de cuerpo entero!
¡Un andante caballero!

SEVER. No tanto: un hombre de honor.
Y por serlo, sin piedad
ni escrúpulo temeroso,
yo salvaré a Valle-Umbroso
y aplastaré a Soledad.
¡Saldrá arrojada de aquí,
llevará marca infamante,
la desdeñará su amante
o yo no soy lo que fuí!

JUSTINO Es el castigo oportuno.

SEVER. Era su empresa arriesgada.

JUSTINO Allá va muy agitada.
(Mirando al jardín por donde se ve cruzar a Soledad.)
como si buscase a alguno.

SEVER. Es verdad. *(Mirando también.)*

JUSTINO Ya da la vuelta.
¿Y si te aborda?
(Acercándose a él, como si le ocurriese de pronto una idea.)

SEVER. ¡Imposible!
(Con asombro y temor.)
JUSTINO No es creíble.
SEVER. No es creíble.
JUSTINO Pues avanza muy resuelta.
La arena a sus plantas cruje;
pisa firme y muy de plano.
SEVER. Es un tipo americano.
JUSTINO Tiene del yankee el empuje.

ESCENA V

DON SEVERIANO, DON JUSTINO y SOLEDAD que entra resueltamente por el fondo, que se dirige a don Severiano y después se detiene.

JUSTINO Ya la tenemos aquí.
Pero vacila y se para. *(Pausa.)*
Pues señor, es una cara *(Aparte.)*
como yo en mi vida vi.
Ya ve si soy adivino.
(A Severiano en voz baja.)
Le busca. Tengo evidencia...
SEVER. Sería una inconveniencia
(Temeroso y cortado.)
inconcebible, Justino.
Vámonos.
(Se dirige al fondo muy azorado.)
SOLEDAD Don Severiano...
(Con ansia, pero con resolución.)
perdone usted... un instante...
quiero hablarle.
(Todo esto se encomienda al talento de la actriz.)
SEVER. *(Hace un ademán indefinible y habla en voz baja a Justino.)*
Es humillante
que me encuentre mano a mano...
¡a mí!... ¡con esa mujer!
Yo no comprendo en verdad...
(A Soledad, alto.)
SOLEDAD Por cortesía o piedad...

por lástima o por deber.
Yo mi situación afronto:
con hablarle no le ofendo.

SEVER. El motivo no comprendo...

SOLEDAD Lo comprenderá muy pronto.
Ruego a usted que un breve rato...
(A Justino.)

JUSTINO Pues señor... ¡encantadora! *(Aparte.)*
Un ruego de usted, señora,
(Alto a Soledad.)
vale para mí un mandato.
(Con excesiva galantería: saluda profundamente, se sonríe... y se aleja mirándola.)

ESCENA VI

SOLEDAD y DON SEVERIANO

SEVER. Ya me ha cogido en la red... *(Ap.)*

SOLEDAD ¡Que Dios me lo tome en cuenta! *(Ap.)*

SEVER. Es situación muy violenta
(Alto a Soledad.)
para mí.

SOLEDAD Perdone usted
(Con profunda emoción.)
la forma en que le pedí
que me conceda un momento;
para usted será violento,
pero lo es más para mí.

SEVER. ¿Para mí? ¿Por qué razón?
(Recobrándose y con altivez.)

SOLEDAD Usted lo ha dicho.

SEVER. Sería
acaso por simpatía...
o acaso por compasión.
(Corrigiendo la palabra simpatía que le parece muy suave.)

SOLEDAD ¡Compasión!
(Con dignidad y como ofendida.)

SEVER. Aunque lo fuera,
¿no es muy justa y natural
en su situación?

SOLEDAD Sí tal.
(Con abatimiento y tristeza.)
Preo en fin... ¡de esa manera!...
(Como protestando de la clase de compasión que supone D. Severiano.)

SEVER. Diga el mundo lo que diga
procuro hacer lo que debo.

SOLEDAD *(Con severidad.)*
Yo también; mas no me atrevo
a jurar que lo consiga.
(Ocultando el rostro entre las manos.)

SEVER. Si a usted le parece bien,
abreviemos la entrevista.
Me disgusta y me contrista...

SOLEDAD He pensado veces cien
lo que tengo que decir;
y al llegar a este momento,
sólo siento, que me siento
como si fuera a morir.
(Apoyándose en un mueble.)
¡Y es caso muy singular,
porque es valerosa el alma!
(Sonriendo con tristeza y dulzura. Pequeña pausa en que Soledad procura dominarse.)
Dispense usted; tendré calma.
(Nueva pausa.)
Ya sé por dónde empezar.
(Acercándose a D. Severiano y expresándose con creciente pasión.)
¿Por qué se goza usted en ver
mi reputación hundida?
¿Qué mal le hizo en esta vida
esta mísera mujer?
¿Perturbó por un momento
(Avanzando hacia él. D. Severiano retrocede con asombro ante la actitud de Soledad.)
su calma ni su reposo?
¿Trajo acaso el doloroso
grito del remordimiento?
¿Supo usted que yo existía?
¿Me he cruzado en su camino?
¡Si hoy nos empuja el destino,
la culpa, señor, no es mía!

Por ahorrarle a usted un dolor
me callara eternamente;
pero puedo alzar mi frente
y al fin mi honor es mi honor.

SEVER. ¡Estoy con asombro oyendo!...
(Con verdadero estupor y vacilando en lo que dice.)
¡Habla usted con tal violencia!...
¡Y la verdad, en conciencia
declaro que no la entiendo!

SOLEDAD ¡Usted me aroja de aquí!
(Estallando con explosión de llanto, angustia y amargura.)
¡todo el mundo lo proclama!...
¡usted arrastra mi fama!
¿es el hecho cierto?

SEVER. Sí.
(Después de vacilar pero con energía.)
En el fondo el hecho es cierto,
mas no con esa crudeza.

SOLEDAD ¡Hábleme usted con franqueza!

SEVER. Pues con Jorge y con Roberto,
su situación es ya tal...
que me ha obligado a poner
fin... a lo que pueda haber...
de violento... y de anormal.
Yo deploro sus dolores;
yo respeto a las mujeres;
pero tengo mis deberes
y los tengo por mejores.

SOLEDAD ¿Usted conoce la historia
de esta pobre Soledad?

SEVER. No la conozco en verdad;
o al menos no hago memoria.

SOLEDAD ¿Conoce mi juventud?
¿le hablaron de mi abandono?

SEVER. A juzgar por ese tono
de acritud...

SOLEDAD *(Con dulzura.)* ¡No es acritud!

SEVER. Aún siéndolo, fuera justo,
pero con cierta medida.
¿Fué desdichada su vida?
¿El destino le fué adusto?
¿Le maltrataron las gentes?
Pues quéjese de eso tratos,

bien a sus padres ingratos,
bien a sus torpes parientes;
pero en el triste proceso
que ventilamos ahora,
en buena ley, yo, señora,
¿qué tengo que ver con eso?

SOLEDAD A esos padres que usted dice
(Cae llorando en un sofá.)
A pesar de su rigor,
¡si usted supiera, señor,
cómo el alma los bendice!

SEVER. *(Contemplándola con sorpresa y con voz dulce y protectora.)*
Eso prueba de una vez,
y por elocuente modo,
que en usted a pesar de todo
hay un fondo de honradez.

SOLEDAD ¿Dice usted «un fondo»?
(Levantando la cabeza.)

SEVER. Sí;
soy justo aun siendo agraviado.

SOLEDAD *(Levantándose con arranque supremo de indignación.)*
¡Es que en mí todo es honrado!
¡es que todo es puro en mí!
¡El cuerpo con ser de arcilla!
¡el alma con ser ardiente!
¡desde el cutis de mi frente
al llanto de mi mejilla!
¡El fondo!... aunque no le cuadre,
yo rechazo su merced;
y esto que le digo a usted,
se lo diría a mi padre.

SEVER. ¡Habla usted con tal pasión!...

SOLEDAD Es que al mal no me someto;
y si es falta de respeto,
es sobra de indignación.
(Acongojándose y llorando.)

SEVER. ¿Con llorar, qué se remedia
en esta vida?

SOLEDAD Es verdad.

SEVER. Me inspiraría piedad... *Ap.)*
si no fuese una comedia.
No se aflija de ese modo: *(Alto.)*
yo no quise...

SOLEDAD — No se alarme.
(Secándose el llanto.)

SEVER. — Cuando usted vino a buscarme
fué por algo.

SOLEDAD — ¡Fué por todo!
¡Si usted comprender pudiera
esta lucha que sostengo!
¡Quiero decir a qué vengo
y no sé de qué manera!
Busco frases cariñosas
y resultan agresivas;
busco frases persuasivas
y resultan rencorosas.
¡Rebosa por el nivel
del respeto la pasión!
¡Ternuras del corazón
se hacen en los labios, hiel!
¡Inútil cuanto pretendo! *(Llorando.)*
¡vencida por más que pugno!
¡quiero agradar y repugno!
¡quiero enternecer y ofendo!
Con toda su rigidez,
(Ya es casi una niña que llora y suplica.)
que ya pasa la medida,
habrá usted amado en la vida
de seguro alguna vez;
¡pues sus recuerdos invoco
de hombre, de mozo y de niño!

SEVER. — *(Con tono de reconvención entre severa y afectuosa: es más que un reproche una lección.)*
Si tuve amor, mi cariño
no exploté.

SOLEDAD — ¡Ni yo tampoco!
(De nuevo con fiereza.)

SEVER. — ¿Y quién me lo prueba?

SOLEDAD — ¿Y quién
es el ruin que lo ha negado?

SEVER. — Su amor por Jorge...

SOLEDAD — *(Con pasión.)* ¡Es honrado!

SEVER. — ¿Y por Roberto?...

SOLEDAD — *(Con inocencia.)* También.

SEVER. — Que soy justo, la conciencia
me asegura, y me contiene;
pero piense usted que tiene

sus límites la paciencia.
A usted... un ser indefenso...
(Con energía y severidad.)
lo que pienso no diré;
mas sin decirlo, sabré
ajustarme a lo que pienso.

SOLEDAD ¿Lo que etoy pensando ahora
quiere usted que yo le diga?
(Con suprema energía.)

SEVER. Mire usted que ya me hostiga
su tenacidad, señora.

SOLEDAD Pues basta ya, Soledad;
(Hablando consigo misma.)
luchaste lo que has podido.
Usted, señor, lo ha querido,
va usted a saber la verdad.
Respeté su posición;
quise respetar su calma;
pero ya rebosa el alma,
y rebosa el corazón.

SEVER. ¿Quiere amedrentarme?... ¡a mí!
(Con ironía.)
¿con algo muy grave?

SOLEDAD Cierto.

SEVER. ¿Se tratará de Roberto?

SOLEDAD ¿De Roberto?... Acaso, sí.

SEVER. *(Ap.)* Lo que yo me presumía;
lo que presume cualquiera:
una ruin aventurera
con astucia y osadía.

SOLEDAD Pero de mi vida oscura
(Con energía, pero con profunda tristeza y gran dulzura.)
iluminaré la noche,
sin palabras de reproche
y sin dejos de amargura.
Sin ofensas, sin enojos,
sin la hiel de los agravios,
con el suspiro en los labios
y con el llanto en los ojos.
Sin que un recuerdo taladre
el escudo de mi amor,
y de rondillas, señor,
dándole el nombre de padre.

(Esto último casi no se oye. Le coge una mano y la besa y llora sobre ella, de rodillas casi.)

SEVER. ¿Por qué ese llanto liviano?
¿por qué a mis plantas implora?
¿con qué derecho, señora,
osa usted besar mi mano?

SOLEDAD ¡Habla, corazón cobarde!
(Jorge aparece en el fondo y se detiene.)

SEVER. ¡Jorge!

SOLEDAD ¡Mi Jorge!... ¡Dios mío!

SEVER. ¿Hablará usted?

SOLEDAD *(Levantándose.)* Se lo fío!
¡Hablaré!... ¡pero más tarde!
(Sale por el fondo izquierda, en gran estado de pasión.)
Cuanto más el dolor labra...
más mi pecho se subleva...
para mi padre... la prueba...
para Jorge... ¡mi palabra!

ESCENA VII

DON SEVERIANO y JORGE en el fondo: luego avanza.

JORGE *(Ap.)* ¡De rodillas!... ¡y llorar!
¡Verme!... ¡asustarse de mí!...
¡Algún misterio hay aquí
que es forzoso penetrar!
(Acercándose a don Severiano.)
¿Qué significa esta escena?
¿por qué a sus plantas lloraba?

SEVER. Me rogaba...

JORGE ¡Le rogaba!
¿A usted? ¿Soledad? *(Con violencia.)*

SEVER. Serena
tu espíritu.

JORGE ¡Sin saber
los motivos!...

SEVER. Te he de hablar
seriamente.

JORGE Hay que empezar,
por lo que acabo de ver.

SEVER. Eso no tiene importancia:
son femeninos antojos;
de una mujer en los ojos
siempre hay llanto en abundancia.

JORGE Vulgaridad que no abona
de esa mujer el quebranto:
el que la hizo verter llanto
responde con su persona.

SEVER. A su llanto llegaremos;
pero antes empezaré
a mi modo.

JORGE Empiece usted.

SEVER. Sin arrebatos supremos,
con mucha calma y reposo,
voy a decir lo que digo.
Se dirige un buen amigo
al marqués de Valle-Umbroso.
(Pequeña pausa.)
Para mí casi un hermano
fué tu buen padre.

JORGE Es verdad.

SEVER. Al quedarte en la orfandad,
cuanto es posible en lo humano
hice por salvar tu hacienda.

JORGE Y estoy muy agradecido;
pero ha sido lo que ha sido:
conque la historia suspenda,
que ya no tiene valor
y es prosáica y es mezquina.
¡No pregunto por mi ruina,
que pregunto por mi amor!

SEVER. A él llegaremos en breve.

JORGE Pues hasta llegar ahí
nada me interesa a mí,
ni me altera ni conmueve.
Conque adelante: lo exijo.

SEVER. Has perdido la cabeza.

JORGE En siguiendo como empieza
voy a perderla de fijo.

SEVER. Con un ser angelical,
yo tu boda concerté.

JUANITO Sí; con Lola; ya lo sé.
Muy linda y mucho caudal.

Y atendiendo a mi decoro,
sin amor no quise boda:
mi nobleza no se enloda
ni siquiera en fango de oro.

SEVER. ¡Es locura!

JORGE ¿Es altivez (*Con ironía.*)
vender mi nombre y mi mano?
¿Qué hizo usted, don Severiano,
de su eterna rigidez?

SEVER. ¡Escrupuloso en verdad!
(*También con ironía.*)
Pues no eres ya lo que fuiste.
si a Lola no te vendiste,
te vendes a Soledad. (*Con dureza.*)

JORGE (*Hace un movimiento de ira, pero se contiene al fin.*)
A no ser usted quién es,
la frase que ha pronunciado,
le hubiera acaso costado
la vida. Pero después
(*Con desdén, con ironía, con expresión de despreciativo triunfo.*)
de todo, todo se explica,
y acaso mi enojo sobre,
porque Soledad es pobre.

SEVER. Es que Soledad es rica.

JORGE ¡Oh, qué farsa! (*Con desprecio.*)

SEVER. Yo lo sé.

JORGE ¡El que lo dijo mintió! (*Con violencia.*)

SEVER. Lo digo yo, ¿miento yo?

JORGE Si usted no lo prueba... ¡usted!
¡Conque pronto; la evidencia!
(*Amenazando.*)

SEVER. ¿Me provocas?

JORGE ¡Le provoco! (*Lo mismo.*)

SEVER. Por los dos, ya que estás loco,
(*Conteniéndose.*)
me toca tener prudencia.
Pregunta a cualquiera; y él,
si es leal y si es tu amigo,
te dirá, lo que te digo;
que estás haciendo un papel
con esa desventurada,
que se cruzó en tu sendero,
indigno de un caballero

y de una persona honrada.

JORGE ¿Qué me importa la costumbre
de ciertas infames lenguas,
de esparcir al aire menguas
deshonras y podredumbre?
El aire fresco vendrá
a la atmósfera viciada,
y la primer bocanada
de viento las barrerá.
¿Qué me importa que algún necio
murmure lo que le cuadre?
¡cuanto más furioso ladre
mayor será mi desprecio!
¿Qué me importa si la gente
a una calumnia otra empalma?
¡El honor lo lleva el alma
y su resplandor la frente!
Y si llega la ocasión,
contra cualquier majadero,
¡buena mano y buen acero
(Todo este parlamento con creciente fiereza.)
y empujando el corazón!

SEVER. *(Le contempla con sonrisa de desdén y después de mirarle dice con ironía.)*
Te elevas a la tragedia
y es inútil tu porfía,
que para todos hoy día
eres galán de comedia.
Yo, Jorge, no sé mentir;
(Previniendo un movimiento de Jorge.)
digo lo que ha de pasar:
tú quieres hacer temblar
y harás cuando más reir;
que tu noble sacrificio *(Con ironía.)*
está sujeto a opiniones,
y restaura tus blasones
muy mal el oro del vicio.

JORGE Mire usted que le prometo,
(Casi sin poder contenerse.)
mi señor don Severiano,

que en la esfera de lo humano
tiene un límite el respeto.

SEVER. Tu locura lleva traza,
de no resisitr la prueba;
mas yo diré lo que deba,
sin contar con tu amenaza.
Cuando esa mujer fatal
haga del marqués su espoo,
el marqués de Valle-Umbroso
recobrará su caudal;
pero a cambio de su honor
y su fama ¡desdichado!
¡Tu padre no hubiera dado
a su hacienda tal valor!

JORGE *(Acercándose a él y cogiéndole por un brazo.)*
¡Yo no sé cómo sufrir
las infamias que vomita!
¡Busque usted quien me repita
lo que acaba de decir!

SEVER. ¿Nada menos?

JORGE *(Separándose con dignidad.)*
¡Nada menos!
¡Ese placer no me niegue!

SEVER. Pues el primero que llegue,
el primero que encontremos,
te dirá con frases secas
y con tono desdeñoso,
que un sujeto misterioso
levantó las hipotecas.

JORGE ¡Ah! ¡mentira!

SEVER. Lo asegura,
quien lo sabe a punto fijo.
(Poniendo la manc en el pecho.)

JORGE Quiero la prueba: la exijo.
(Con gran violencia.)

SEVER. Repórtate, viene Pura.

ESCENA VIII

JORGE, DON SEVERIANO y DOÑA PURA. DON JUSTINO acompaña a Pura por el jardín hasta llegar al rompimiento.

JUSTINO ¿Se queda usted?
PURA Sí, señor;
el jardín parece un horno.
(Don Justino saluda y se retira. Pura entra abanicándose.)
¡Qué bochorno!
(Avanzando hasta primer término.)
JORGE *(Volviéndose con rapidez.)*
¿Qué bochorno?
PURA Este maldito calor.
¡Está usted «emocionado». *(A Jorge.)*
Marqués, ¿pues qué le ha ocurrido?
¡Ah!... vamos... habrá sabido
(En todo lo que dice Pura hay mucha ironía.)
la noticia. ¿Le ha contado
(A Jorge con intención.)
don Severiano, que ya
tiene su fortuna a flote?
JORGE ¡Es falso!
PURA ¡No se alborote! *(Riendo.)*
JORGE ¡Es falso!
PURA Pues lo será
Pero se afirma «allá fuera»,
que es un hecho positivo.
Y en verdad, que no concibo
que tome de esa manera
tan «fausto acontecimiento».
JORGE ¿Por qué se ocupan de mí
esas gentes?

PURA — Les oí
hablar de ello hace un momento.
Como aquí no hay distracciones,
(Con aire inocente; pero con malicia.)
y vivimos de este modo,
y como se habla de todo,
y se «cambian impresiones».
Y como siempre hay testigos
que vieron lo que ha pasado;
y como usted se ha ganado
desde ayer «tantos amigos».

SEVER. — ¡Y cuánto labio envidioso *(A Jorge.)*
que infamia y deshonra escupe!

PURA — No hay nadie que no se ocupe
del marqués de Valle-Umbros.
¡Qué palidez! ¡y qué espanto! *(A Jorge.)*
¡Recobre usted su equilibrio!

JORGE — ¿Es decir que soy ludibrio
de todos?

PURA — No diré tanto.

JORGE — ¡La verdad y sin rebozo!

SEVER. — Dice bien: la verdad toda. *(A Pura.)*

PURA — Se habla mucho de la boda
y «se habla con alborozo».
(Con intención y sonriendo. Jorge hace un movimiento de desesperación. Pura se acerca a él.)
Bien quisiera conocer
a la bella desposada.

JORGE — ¡Gracias, gracias!
(Cogiéndola las manos con efusión.)

PURA — *(Con intención.)* Presentada
por sus padres.
(Jorge comprende la ironía; le suelta las manos y se separa de ella.)
¿Puede ser?

JORGE — No los tiene. *Con tono sombrío.)*

PURA — Su tutor
o algún pariente podrá
suplir la falta. Será
de familia en que el honor
acompañe a la fortuna.
Dicen que es originaria

de América; y millonaria;
y bella como ninguna.
Mi enhorabuena cumplida;
yo siempre le quise bien.
Usted sabe que también
(Sonriendo con excesiva amabilidad.)
tuve proyectos... Vencida
me declaro, y le deseo
la mayor felicidad...
con Soledad... Soledad
es su nombre, según creo.

SEVER. Oyendo a Pura has podido
juzgar de lo que se dice.

PURA Le hablé a usted, como lo exige
(En tono serio.)
la amistad que nos ha unido.

SEVER. La verdad no se te esconde;
ya lo ves como es en sí;
con que ahora te toca a ti:
habla, decide y responde.

JORGE ¡Yo no sé qué responder!...
¡no sabe el labio qué dice!
A ustedes, ¿qué mal les hice?
¿qué les hizo esa mujer?
¿Por qué esa «saña infinita»
contra un ser desventurado?
¡Padre, que la has engendrado;
(Dirigiéndose al espacio con la invocación y ya fuera de sí.)
madre cobarde y maldita,
que echaste a gentes extrañas
y a sus vicios y rencores
el fruto de tus amores
y el peso de tus entrañas;
por todo lo que sufrí
y por lo que ella ha sufrido,
tan sólo una cosa os pido,
¡veros juntos... y ante mí!
(Un poco acobardados retroceden Pura y Severiano.)

PURA ¡Ha perdido la razón!
(A Severiano en voz baja, acercándose mucho a él como si buscara amparo.)

SEVER. ¡Un cerebro trastornado!
(A Pura, en voz baja también.)

PURA Nosotros le hemos hablado..
(En voz alta a Severiano.)
SEVER. Como era de obligación.
JORGE Por lo demás, yo sabré
la verdad de esa mentira.
PURA Pues no es muy difícil.
(Señalando al jardín por donde vienen Soledad y Roberto.)
SEVER. Mira,
allá en el jardín se ve...
PURA Un interesante grupo
que debe saber de cierto
la verdad.
JORGE ¡Ella y Roberto!
PURA Y basta ya. *(Con dignidad y displicencia.)*
No me ocupo,
ni he de ocuparme ya más
de asunto que no me atañe.
SEVER. ¿Quiere usted que la acompañe?
(Salen los dos por el fondo.)

ESCENA IX

PURA, SEVERIANO, JORGE, SOLEDAD y ROBERTO en el fondo.

SOLEDAD No, Roberto: ¿adónde vas?
(Conteniéndole.)
ROBERTO A cumplir mi obligación.
SEVER. ¿Y nosotros? *(A Pura.)*
PURA Al jardín.
JORGE Es preciso poner fin
a esta horrible situación.
ROBERTO ¡Padre!...
SEVER. Hablaremos después.
Acompaño a esta señora.
(Le separa y pasan.)
JORGE Dice bien. *(A Roberto.)*
Después. Que ahora
tenemos que hablar los tres.

ESCENA X

SOLEDAD, JORGE y ROBERTO

JORGE — ¡Sin exordios! ¡la verdad!
(En un estado de violentísima agitación.)
ya la distancia se estrecha:
lo que ayer era sospecha,
hoy es casi realidad.

SOLEDAD — ¿Qué dices?

JORGE — Lo que te digo:
lo que proclama el dolor;
que oy un hombre de honor;
que nadie juega conmigo.
No es el necio clamoreo;
no es que fantasmas me forje:
¡se burlan de mí!

ROBERTO — ¿Quién, Jorge?

JORGE — ¡Todos! ¡todos!, según veo.
¡Infamias, deshonras, lodos
sobre mi frente sentí!

ROBERTO — ¿Te vas convenciendo?
(A Soledad en voz alta.)

SOLEDAD — Sí.
¡Como todos! ¡como todos!
¡El admitir, «que es posible»,
(Con dolorosa ironía.)
que yo pueda ser infame!
¡Que tal piense, quien tal ame!
¡Eso sí que es imposible!

JORGE — Yo no soy un ser perfecto;
estimo en mucho mi fama:
y frases de melodrama
en mí no tienen efecto.

SOLEDAD — Ni en mí tu insensata queja,
que me subleva y me hiere:
por lo que soy se me quiere:
¿no se me cree? se me deja.

ROBERTO No eres justa; la razón *(A Soledad.)*
está de su parte toda. *(Señalando a Jorge.)*

SOLEDAD Pues que renuncie a la boda,
si es tanta su indignación.

ROBERTO ¡Se le acosa! ¡se le asedia!
(A Soledad señalando a Jorge.)
¡todos a su honor se atreven!

JORGE *(Que la escucha con asombro y con desconfianza.)*
No; tampoco me conmueven
artificios de comedia.
Sutilezas y matices
que inútilmente forjáis.
Si hay misterio lo mostráis.

ROBERTO Si hay el misterio que dices,
o si hay móviles ocultos,
a mostrarlos no me opongo;
y si a tu lado me pongo,
no es para sufrir insultos.

JORGE Si entiendes mi situación,
y si la razón me das,
alguna razón tendrás,
para darme la razón.

ROBERTO ¡Basta ya, por Belcebú!
con ser tu noble y leal
yo me tengo por tu igual
y tan bueno como tú.
Hay que calmar su recelo
(A Soledad en voz alta.)
hoy mismo, de cualquier modo.

JORGE ¡Hay que decírmelo todo!
¡hay que desgarrar el velo!

SOLEDAD ¡Y entonces creerás en mí!
(Con amargura.)

JORGE ¡Como en mi madre querida!
¡Te consagraré mi vida:
daré mi vida por ti!

SOLEDAD ¡Sólo entonces! ¡brava prueba
de tu amor y de tu fe!
¡El que «ve» la verdad, «ve»!
¡pero en el alma no lleva
esa pasión infinita,
que nos sublima y escuda;
que hace imposible la duda;
que alza a la mujer maldita

de las gentes, sin pensar
cómo fué ni de qué modo,
y aun salpicada de lodo
la coloca en el altar.
Si al fin la verdad proclama
lo que he sido y lo que soy;
si tales pruebas te doy,
que al fin resulta mi fama
tan blanca como el armiño,
tú creerás en mi honradez;
pero entonces, a mi vez,
yo no creeré en tu cariño!
¡Murmurar con voz «amable»,
(Con dolorosa ironía.)
rebuscando por mi frente;
«¡Vamos, resulta inocente;
pero pudo ser culpable!...»
No quiero amor a tal precio
ni entiendo quien lo desea;
sólo al rozar esa idea
me desprecio y te desprecio.

JORGE ¡Oh! tu acento cómo labra
(Le ha oído con encanto y con amor.)
y qué profundo en mi ser!

SOLEDAD ¿Mejor prueba puede haber,
(Acercándose a él dulce y cariñosa.)
que mi amor y mi palabra?

ROBERTO ¡Eso ya es mucho pedir!

SOLEDAD ¡Eso, Roberto, es amar!
(Volviéndose a él.)

JORGE ¡Me has enseñado a dudar!

SOLEDAD ¡Pues enséñame a morir!
Si encuentras alguna vez
en mí, falsedad o engaño;
sin con la neblina empaño
de las traiciones mi tez;
entonces, un hierro tomas,
implacable lo desnudas,
y sin reproches ni dudas,
con él tu mano desplomas;
¡y lo clavas en mi seno!
¡y que roto se desangre!
¡«El hierro» mancha de sangre;
pero la duda de cieno!

JORGE — Aunque no estoy convencido
ni me convence ninguno,
el consejo es oportuno
y no lo echaré en olvido.
¡Pero entre tanto la prueba
que tu lealtad patentice!

SOLEDAD — ¡Al escuchar lo que dice,
todo mi ser se subleva!
«Siéntate, me grita, allí,
en el banquillo del reo;
pruebas, testigos... y creo;
¿no vienen?..., dudo de ti.»
¡De este amor, entre los dos
(Oprimiéndose el pecho.)
contrastar merma y desgaste!
(Con repugnancia y desprecio.)
¡Eso es amor de contraste,
no es el amor que hizo Dios!

ROBERTO — ¡Más a la duda se aferra,
(A Soledad refiriéndose a Jorge.)
cuanto más subes y subes!

JORGE — Ella se va por las nubes
y yo voy a ras la tierra.
¡Ella en la etérea región *(Con sarcasmo.)*
persigue un ser inefable!
Y yo el rastro miserable
y negro de una traición!

SOLEDAD — Como insistas de ese modo
en la duda ¡no resisto!

ROBERTO — ¡Qué dos locos!

JORGE — ¡Pues insisto!

SOLEDAD — ¡Entonces acabó todo! *(Rechazándole.)*

JORGE — Nada más que una pregunta.

SOLEDAD — ¿Una tan sólo?

JORGE — No más.

SOLEDAD — Pues mi respuesta tendrás.

JORGE — ¿Quién la persona «presunta»
(Con ironía.)
que generosa se obstina
en hacerme potentado?
¿Eres tú la que has salvado
mi fortuna de la ruina?

SOLEDAD — ¿Por qué mostrarte ofendido?
(Con timidez.)

JORGE — ¿Y por qué tú, temerosa?

SOLEDAD ¡Es que tu enojo me acosa!

JORGE ¡Responde pronto!

SOLEDAD «Yo he sido».
La verdad; aunque zozobre
mi dicha en tu duda vil.

JORGE No es posible; veces mil
me has jurado que eras pobre.
(Pausa. Soledad queda aturdida. Jorge se goza ferozmente en su aturdimiento.)

ROBERTO ¿Lo ves! *(A Soledad en voz baja.)*

SOLEDAD No quise ofenderte. *(Muy humilde.)*

JORGE Pero a ver cómo se explica.
¡Antes pobre... y ahora rica!

SOLEDAD Un capricho de la suerte.
(Procurando sonreír, pero turbada.)

JORGE ¿Conque un capricho?
(Con terrible ironía.)

ROBERTO Te ha dicho,
lo que ahora puede decir.

JORGE Pero allá en el porvenir
(Lo mismo que antes.)
se explicará ese capricho:
¡que siempre será afrentoso!
¡que siempre será un estigma!

SOLEDAD El secreto de ese enigma...
(Con energía y dignidad. Jorge se acerca con ansia.)
lo sabrá... sólo mi esposo.

JORGE ¿Conque entonces, la verdad?...

SOLEDAD A decírtela me obligo.
(Acercándose a él con ansia.)

JORGE Ahora yo soy el que digo
todo acabó, Soledad.
(La rechaza y cae Soledad en un sillón cubriéndose el rostro. Pausa.)

SOLEDAD ¡Pues adiós!

JORGE ¡Adiós!
(Sin marcharse; sólo da unos pasos.)

SOLEDAD ¡Cruel!
(Llorando.)

ROBERTO ¡Soledad, qué obstinación!

SOLEDAD Si has de darle la razón,
vete, Roberto, con él.
¡Yo me quedo con mi aureola:
(Sollozando.)

con la que siempre ceñí;
viviré como viví:
pobre, honrada , triste y sola !

JORGE ¿Por qué, conflicto tan fiero
en este combate rudo?
¿Si la quiero, por qué dudo?
¿Si dudo, por qué la quiero?

SOLEDAD ¡Adiós... sé feliz... y olvida! *(Llorando.)*

JORGE *(Dando unos pasos para alejarse.)*
¡Qué desesperado «adiós» !

ESCENA XI

SOLEDAD, JORGE y ROBERTO en primer término: ella sentada y ocultando el rostro entre las manos. JUANITO y un CRIADO del Establecimiento, con una carta, en el fondo del jardín.

JUANITO Ahí la tienes... con los dos.
(Al Criado, señalando al grupo de Soledad.)

CRIADO Le damos la despedida.
(Con tono algo brusco y grosero y riendo estúpidamente. El Criado avanza: Juanito y Almeida quedan observando en el fondo.)
Es del Establecimiento...
(Dando la carta a Soledad.)
del dueño... ya usté me entiende...
que con esto no la ofende...
pero hay que hacerlo al momento.
(Se retira el Criado, mientras Soledad lee la carta.)
(El Criado se reune en el fondo con Juanito.)

JUANITO ¿Se la diste?

CRIADO *(Señalando a Soledad.)* Mire usted.
Con no haberla recibido
se ahorraba todo este ruido. *(Se retira.)*

SOLEDAD ¡Miserables!

ROBERTO ¿Qué?

SOLEDAD Leed...

(Cogen la carta Jorge y Roberto y lee cualquiera de los dos.)

«Como tenemos comprometidas para mañana las habitaciones que usted ocupa, esperamos que las deje libres hoy mismo y que abandone inmediatamente el Establecimiento. Suponemos que se hará usted cargo de la situación y que nos evitará a todos un disgusto.»

JORGE ¿Qué es esto?

ROBERTO ¡Por Belcebú!

(Dando un puñetazo con ira en cualquier mueble.)

hacer que por fin estalle!

SOLEDAD Que me arrojan a la calle; *(A Jorge.)*
que hacen lo mismo que tú.

JORGE Pero responde: ¿por qué?

SOLEDAD ¿Por qué? porque así es la vida.

JORGE ¡Afrentada, escarnecida!
¡la mujer que tanto amé!

SOLEDAD Es de tu padre la hazaña; *(A Roberto.)*
me la anunciaba hace poco.

ROBERTO Está ciego y está loco;
y su delirio y su saña
si llegaron hasta ti,
tienen que retroceder.
(Hace un movimiento para salir.)

SOLEDAD ¿Adónde vas?

ROBERTO A traer
a tu acusador aquí. *(Sale por el fondo.)*

ESCENA XII

SOLEDAD y JORGE

SOLEDAD ¿Por qué sigues a mi lado?
Déjame... todo acabó...
JORGE Antes, sí; ahora, no.
Antes, sí; pero ahora, no.
la cadena que nos ata:
inútil que la sacuda;
ya no soy hombre que duda;
aunque soy hombre que mata.
¿La fatalidad te oprime?
Pues alza y tu mano dame:
yo no sé si eres infame,
o si eres mártir sublime;
ni te lo he de preguntar
hasta que seas mi esposa.
Si llevas marca afrentosa
y me has querido burlar,
entonces, sin compasión,
entonces tendré derecho
para taladrarte el pecho
y buscar tu corazón.
La suerte jugada está
como tú digas que «sí».
¡De todos modos sin ti,
yo no puedo vivir ya!
Conque ya estás prevenida;
es de muerte mi precepto:
di si aceptas.
SOLEDAD Pues acepto.
(Levantándose con energía.)
JORGE ¡Va la vida!
SOLEDAD ¡Va la vida!

ESCENA XIII

SOLEDAD, JORGE, DON SEVERIANO y ROBERTO

SEVER. Su «constante partidario»
me vino a buscar... señora.
SOLEDAD ¿Sabe ya? *(A Roberto en voz baja.)*
ROBERTO Todo lo ignora; *(Lo mismo.)*
pero voy...
SOLEDAD No es necesario. *(Lo mismo.)*
SEVER. ¿Por qué me llaman aquí?
JORGE No era usted solo, señor,
el llamado; que en rigor
llamé a todos.

ESCENA XIV

SOLEDAD, JORGE, ROBERTO, DON SEVERIANO, PURA, CLARA y ALMEIDA

Los tres últimos en el fondo, como si vinieran paseando por el jardín.

PURA ¿Todos?
(Adelantándose algo a los demás que quedan en segundo término.
JORGE Sí:
Llamé a mis buenos amigos
de amistad por el imperio.
No se trata de un misterio:
mejor cuantos más testigos.
Con toda solemnidad,
pues consintió por merced,
(Inclinándose ante Soledad.)
anuncio a Pura y a usted
mi boda con Soledad.
SEVER. ¿Qué apellido?

JORGE — No es dudoso
para nadie. Dios mediante,
se llama desde este instante,
«Marquesa de Valle-Umbroso.»
Y como el sitio le agrada,
y hay tan buena compañía,
seguiremos todavía
hasta fin de temporada.
(Rompiendo la carta que recibió Soledad y arrojando los pedazos a los pies de Severiano.)
Invitaciones formales
mandaré a «todos» y «todas»...
¡en Madrid serán las bodas!
(En tono alegre.)
¡o bodas y funerales!
(A Soledad en voz baja.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

La escena representa una sala algo reducida del palacio de Valle-Umbroso. Aspecto antiguo y severo. El escudo de armas de la familia. Cascos, coracinas, lanzas, espadas y puñales formando grupos y trofeos. Algunas arcas y objetos arqueológicos: algún retrato de familia, etc.

ESCENA PRIMERA

CLARA sentada en un diván y ALMEIDA que entra.

ALMEIDA ¿Usté aquí, querida Clara?
CLARA ¿Usté aquí, querido Almeida?
ALMEIDA ¿Cómo ese enlace autoriza
con su nombre y su presencia?
CLARA Como usted, mi buen amigo,
y como otros que se esperan.
ALMEIDA Por lo pronto entre los dos
hay una gran diferencia.
Vengo «por curiosidad»,
(Marcando la palabra.)
porque se dice y se cuenta,
que ha de ocurrir algo grave;
y un hombre al fin sale y entra
en todas partes, y nadie
le acusa ni le moteja.

CLARA Pues yo a mi vez y en mi turno,
por curiosidad viniera,
que siempre fuimos curiosas
y muy curiosas, las hembras;
pero no es ese el motivo,
que me trajo a la vivienda
del Marqués de Valle-Umbroso
y de la bella Marquesa. *(Con ironía.)*
Vengo por acompañar
a Pura.

ALMEIDA ¿Luego era cierta
la noticia? ¡Pura viene!
¡Quién pensara, quién creyera!
¡Después de aquellos conflictos!
¡Después de aquellas escenas!

CLARA Roberto lo consiguió.

ALMEIDA ¿Y cómo?

CLARA Pues ahí empieza
el misterio. Y aún hay más;
mucho más: cosa estupenda.
Será de los nuestros...

ALMEIDA ¿Quién?

CLARA Asómbrese usted, ¡Balbuena!

ALMEIDA ¿Roberto? no me parece
que a nadie cause sorpresa;
él toma «parte en la boda», *(Con ironía.)*
y toma «parte en la fiesta,
casi por derecho propio».

CLARA ¡Qué malo es usted, Almeida!

ALMEIDA En los altos puestos, siempre
«al agraciado» presenta
el «cesante»: es la costumbre
de «rúbrica» y de «etiqueta».

CLARA ¡Qué cosas supone usted!
¡válgame el cielo, qué lengua!

ALMEIDA En dónde está la malicia
saber, señora, quisiera:
¿en una frase inocente,
o en usted que la interpreta?

CLARA ¡Si está usted haciendo castillos
en el aire! Si el Balbuena
que ha de venir, no es Roberto,
por más que Roberto venga;
¡si es don Severiano!

ALMEIDA ¡Ahora
sí que me asombro de veras!
Ahora sí que soy estatua
de cuerpo entero y de piedra.
Pero Jorge ¿cómo pudo
realizar tamaña empresa?

CLARA ¡Misterio sobre misterio!
¡que ninguno los penetra!
¡un enigma indescifrable
con remates de sorpresa!

ALMEIDA Que acuda el pobre Juanito;
que don Justino aparezca,
con su aspecto reposado
y grave, por esa puerta,
no me extraña.
(Acercándose al oído con malicia y burla.)
¡Miedo puro!

CLARA ¿Usted cree?... *(Riendo.)*

ALMEIDA Tengo certeza.
Invitó Jorge a Manolo
y al Vizconde de Nebreda;
en redondo se negaron,
y ayer mismo en la Alameda
de Osuna, se ventiló
gallardamente la ofensa,
recibiendo ambos a dos
dos estocadas soberbias.

CLARA Es un caballero andante
nuestro Jorge por las señas.

ALMEIDA No estoy conforme del todo,
que tiene leyes severas
la andante caballería,
y Valle-Umbroso no observa
más que algunas: todo andante
caballero, sus proezas
consagra a vengar agravios
y a «desencantar doncellas».

CLARA Pues él agravios «desface»
y él entuertos endereza.

ALMEIDA No siga usted; que ahí acaban
sus «hazañosas» empresas;
los preceptos eran varios
y alguno falta en la cuenta.

CLARA Pues Soledad...

ALMEIDA Soledad...
«será cuando más, Marquesa».
(Sonriendo.)

CLARA ¡Qué intención tan depravada!

ALMEIDA ¿Yo qué digo? ¿usted qué piensa?

CLARA Que esta boda más parece
un funeral que una fiesta.
Por eso «viene de negro» *(En voz baja.)*
la novia: con gran reserva
me lo han dicho.

ALMEIDA Es natural:
«por toda su parentela
viste de luto». Murieron
todos en una epidemia:
¡son mortíferas, señora,
las americanas tierras!
Por eso en la ceremonia,
ni sus padres se presentan,
ni un tío para un remedio,
ni un «primo» al menos de muestra;
aunque bien mirado, Jorge...

CLARA ¡Qué intención y qué tijera!

ALMEIDA No me dejó usted acabar:
¡qué malicia y qué impaciencia!
Iba a decir, que un esposo
como Jorge y de sus prendas,
«vale» por muchos parientes,
y que «vale» lo que «cuesta».

CLARA ¡Que no perdona usted un «ripio»!

ALMEIDA ¡Son tantos los que se encuentran!
Si esta boda es «ripio puro»
desde la cruz a la fecha.

CLARA Y la boda es en la casa;
que han obtenido licencia.

ALMEIDA A la novia no le gusta
por lo visto ir a la iglesia.

CLARA Vamos, que no escucho más;
porque cuando usted empieza...

ESCENA II

CLARA, ALMEIDA, DON JUSTINO y JUANITO

CLARA ¡Don Justino!...
JUSTINO ¡Mi señora!...
(Se dan las manos.)
ALMEIDA ¡Hola, Juan!
JUANITO Adiós, Almeida.
JUSTINO Ya estamos todos aquí.
JUANITO La verdad, me ha dado pena
la situación del Marqués.
¡Y me rogó tan de veras,
con una cara tan triste,
con unas frases tan tiernas!
«¡que no me hagas un desaire!
¡por Dios, Juanito! ¡me dejan
todos mis amigos!...» Nada,
no pude negarme.
ALMEIDA *(Con intención.)* Ruega
Valle-Umbroso de tal suerte,
que no hay modo ni manera
de desairarle.
JUANITO *(Lo mismo.)* ¿También
a ti te rogó?
ALMEIDA No llega
nuestra intimidad a tanto.
Una invitación en regla.
JUANITO Y fué bastante.
JUSTINO Pues yo,
acompañando a Balbuena
vengo tan sólo, y a ver
cómo acaba esta tragedia.
CLARA ¿Y sabremos quiénes son
los padres de la Marquesa?
(En voz baja, con misterio.)
JUANITO Un archiduque que viaja
y una criolla portuguesa. *(Lo mismo.)*
ALMEIDA Un príncipe moscovita
(Con burla y misterio.)
y una dama de Venecia.
JUSTINO Una «mis» de las colonias *(Lo mismo.)*

y un hijo del Schad de Persia.
CLARA Es decir, que no se sabe.
JUSTINO Ni se sabe ni sospecha.
ALMEIDA Mujeres de tal donaire
y damas de tal belleza,
«como llovidas del cielo»
aparecen en la tierra.
CLARA Supongo que Valle-Umbroso
nos lo dirá: que se empeña
en que vengamos, por dar
claras y solemnes pruebas
del abolengo preclaro
de la gentil extranjera;
para que Madrid conozca
y toda la corte sepa,
a quién ha dado su nombre
y a quién su corona entrega.
JUSTINO Muy bien pensado.
JUANITO Y bien dicho.
ALMEIDA El senado ilustre aumenta,
porque con solemne paso
hacia aquí viene Balbuena.

ESCENA III

CLARA, DON JUSTINO, ALMEIDA, JUANITO y DON SEVERIANO

SEVER. A los pies de usted... *(A Clara.)*
Señores...
CLARA Siempre se le ve con gusto...
(Dándole la mano.)
JUANITO ¡Qué semblante tan adusto!...
(En voz baja a Almeida.)
SEVER. Agradezco sus favores. *(A Clara.)*
ALMEIDA ¿Y la novia no ha llegado?
(A don Severiano.)
SEVER. Esa pregunta me extraña.
CLARA ¿Es que usted no la acompaña?
SEVER. No en verdad. Ni lo he pensado.
JUANITO Como la novia por hoy
no tiene a la mano un deudo,
o por lo menos un «seudo-

pariente»...
SEVER. *(Con severidad.)* Yo no lo soy.
JUANITO Ya habrán buscado con maña,
quien represente el papel.
ALMEIDA «La viuda de un coronel
(Recuerdo de una zarzuela.)
que murió ayer en campaña».
SEVER. Señores, yo no he venido
a prejuzgar la cuestión.
Oiremos la explicación
del Marqués, y lo que ha sido
esa señora sabremos;
y nuestra línea futura
de conducta, sin premura
más tarde resolveremos.
Casi no somos testigos
de una boda; en mi sentir,
el Marqués hizo venir
a sus mejores amigos,
como en un lance de honor
a los amigos se acude;
y por eso yo no pude
excusarme. Que en rigor,
como yo hubiera podido
encontrar trazas y modos
de evitarlo, saben todos,
que yo no hubiera venido.
CLARA Siempre en lo justo se pone.
JUSTINO Siempre se pone en lo justo.
SEVER. Dicen que soy muy adusto...
ALMEIDA Eso nadie lo supone.
SEVER. Pregonan que es rigidez,
lo que es sólo rectitud.
Dar patentes de virtud,
y dar cartas de honradez,
sin que se puedan fundar,
al primero que se encuentra,
eso, señores, no entra
en mi modo de pensar.
Y de este modo expresé
lealmente lo que sentí,
porque nos vemos aquí
casi en «petit comité».
JUANITO Sí, señor, es clara y es obvia
la explicación del dilema.

Pero ahora surge un problema:
¿cómo viene aquí la novia
desde su casa y con quién?
¿Sola?... Fuera vergonzoso.
¿Con Jorge?... No es decoroso.
Y parientes... no se ven.
¿En esta dificultad
quién de ustedes ha pensado?
¿Señores, quién se ha encargado
de venir con Soledad?
(D. Severiano y D. Justino hablan aparte.)

CLARA Como ella fuese española,
(A Juanito y Almeida.)
la cuestión era harto grave;
pero todo el mundo sabe
que una «yankee viaja sola».

ALMEIDA Es costumbre muy usada
aun entre gente de viso:
«viaja sola» si es preciso,
y «se casa acompañada».

JUANITO Eso es bueno en un «pasaje», *(A Clara.)*
o cuando más en un «tren»;
pero usted comprende bien
que «una boda no es un viaje».

ALMEIDA La cuestión está resuelta:
«es un viaje», está probado;
tanto, que Jorge ha tomado
(Todo esto con burlas y risas.)
billete «de ida y vuelta».

JUSTINO Señores, por caridad
(Separándose de don Severino y uniéndose al otro grupo.)
esperemos a mañana.

CLARA Pues la hermosa americana
tarda en venir.

SEVER. Es verdad.
Pero entre tanto yo espero
en todos mucha prudencia.
Cada cual tendrá en conciencia
tiempo para ser severo.
Yo, que no cedo jamás
en mi manera de ver,
si llega el caso, he de ser
rígido como el que más.
Yo he sido siempre con creces

amigo de mis amigos;
por ahora somos testigos:
más tarde seremos jueces.

ALMEIDA No se apuren; sé de cierto
que con «la dama» vendrá
quien debe venir.

SEVER. ¿Será
Jorge acaso?

ALMEIDA No, Roberto.

JUANITO El más próximo pariente.
(Riendo y con aturdimiento.)

CLARA ¡Por Dios! *(Bajo a Juanito.)*

ALMEIDA ¡Se te va la mano! *(Lo mismo.)*

JUSTINO ¡Estando don Severiano! *(Lo mismo.)*

SEVER. ¡Qué ligero y qué imprudente!
(Aparte separándose con enojo.)

ESCENA IV

CLARA, DON SEVERIANO, DON JUSTINO, ALMEIDA, JUANITO y JORGE

ALMEIDA Ya llega el protagonista.

JUANITO Cayó el pobre en el garlito.

JUSTINO ¿Qué remedio? ¡estaba escrito!

CLARA ¡Fatalista!

JUSTINO ¡Fatalista!

JORGE Señora...

CLARA Jorge...

ALMEIDA Marqués...
(Muy obsequiso; se dan las manos.)

JORGE Don Severiano... *(Lo mismo.)*

SEVER. Querido...

JORGE ¡Gracias, gracias! *(En voz baja.)*

SEVER. He venido,
por lo que diré después.

JUANITO ¿No me saludas? *(A Jorge.)*

JORGE ¿A ti?...
¿Quién puede haber que lo excuse?

ALMEIDA Pues vine...

JORGE — Ya lo supuse.
JUANITO — Ya estamos todos aquí.
JORGE — Todos no, que falta Pura
y su promesa formal
tengo desde ayer.
ALMEIDA — ¡Qué tal
(A don Justino en voz baja.)
si el futuro a la futura
saca a fiote y acomoda
enre la gente de pro!
JUSTINO — Eso es lo que llamo yo,
(A Almeida, lo mismo.)
«un buen regalo de boda».
SEVER. — ¿De modo que Pura?... *(En voz alta.)*
JORGE — Cierto.
CLARA — ¿Quién a su ruego se niega? *(A Jorge.)*
JUANITO — Pero la novia no llega.
JORGE — Vendrá luego con Roberto.
(Pequeña pausa.)
Y con Pura aquí reunidos,
con Roberto y Soledad,
seremos a la verdad
muy pocos... pero escogidos.
(Con cierta ironía.)
A todos hice venir,
quisieran o no quisieran,
para que todos oyeran
lo que tengo que decir.
El decoro de mi esposa,
a quien respeto y adoro,
y el mío con su decoro,
de una historia calumniosa
y de un miserable cuento,
que ustedes conocen ya,
fueron pocos meses ha,
regocijado argumento.
Y yo aclarar necesito
la suya y mi posición;
conque ahí tienen la razón
por la cual yo les invito
en esta solemnidad,
que es muy grande para mí:
¡grande, porque merecí
la mano de Soledad!
CLARA — ¡Esas son cavilaciones!...

JUSTINO ¿Quién puede dudar?..

ALMEIDA *(Con energía.)* ¡Ninguno!

JORGE Pudiera dudar alguno. *(Con ironía.)*

JUANITO ¡Ilusiones!

ALMEIDA ¡Ilusiones!

(Jorge se cruza de brazos y los contempla con soberano desprecio.)

SEVER. El Marqués tiene razón;
no hay que buscar acomodos;
la verdad: «dudamos todos».

(Movimiento de asombro y protesta en los demás.)

JORGE ¡Gallarda declaración!

CLARA ¡El habla por sí!

(Protestando y refiriéndose a don Severiano.)

JUANITO En conciencia, *(Lo mismo.)*
porque él piense...

ALMEIDA *(Lo mismo.)* Porque él forje...

JUSTINO ¡Nos compromete con Jorge!

(En voz baja a Almeida.)

ALMEIDA ¡Ha visto usted qué imprudencia!

(Lo mismo a don Justino.)

CLARA ¡La gente siempre murmura! *(A Jorge.)*

JUSTINO ¡Siempre inventa alguna historia!

JUANITO La verdad, no hago memoria
de nada.

ALMEIDA ¿Que se asegura
en sustancia? Que ella es rica
y que «dora tu blasón»?
Ni eso mancha tu opinión
ni eso en suma nada implica.

JUANITO ¿Que ella viene de muy lejos
y que no tiene parientes?

JUSTINO No los tienen muchas gentes
o los tienen ya muy viejos.

CLARA Usted diga: «yo me caso;
y en que la quiero me fundo»;
hoy se habla de todo el mundo
y ya ninguno hace caso.

JORGE Sigan ustedes: me agrada
el pintoresco resumen;
cuantas más infamias sumen
la suma es más acabada.

SEVER. Te acusa la sociedad:

te corresponde la prueba.
¿Soledad tu nombre lleva?
Dinos quién es Soledad.

JORGE Pues para ello es lo mejor
que usted y Pura hagan las veces
de fiscales y de jueces
y de tribunal de honor.
Nací honrado y caballero;
la mucha luz no me asombra;
para vivir en la sombra
la de la fosa prefiero.
(Se separa Jorge con don Severiano. Los demás forman grupo.)

CLARA ¡Es hombre de corazón!

JUANITO Si no ha forjado un farsa,
no vamos mal.

SEVER. ¡Qué comparsa
(A Jorge señalando a los demás.)
tan desdichada!

JORGE ¡Al salón!

ESCENA V

En primer término los dichos: es decir, CLARA, DON SEVERIANO, JORGE, DON JUSTINO, JUANITO y ALMEIDA, todos preparándose para ir al salón. En el recibimiento PURA y DOS LACAYOS

JUANITO Ya la tenemos aquí.
(Asomándose al fondo.)

ALMEIDA ¿Es la Marquesa futura
de Valle-Umbroso? *(Lo mismo.)*

JUANITO No, Pura.
¡Y qué pálida!

ALMEIDA ¡Aun así,
es hermosa como hay Dios!
(Todos se dirigen a la antesala. Pura y Jorge se dan la mano.)

CLARA Querida... *(A Pura.)*
PURA Clara...
(Dándole la mano.) Balbuena...
Tardé mucho... no estoy buena.
JUANITO Aún no vinieron «los dos *(En voz alta.)*
personajes principales».
JUSTINO Hombre, «¿los dos?»... *(Aparte.)*
JUANITO Mil perdones...
quise decir...
ALMEIDA Distracciones,
(A don Justino riendo.)
tiene este chico, fatales.
JORGE Mientras llega Soledad
pasaremos allá dentro.
PURA Cuando venga será encuentro
(A Clara en voz baja.)
muy poco grato.
CLARA Es verdad.
JORGE ¿Quiere usted apoyarse en mí? *(A Pura.)*
PURA Con mucho gusto, Marqués.
ALMEIDA ¿Y usted, Clara?
CLARA Vamos, pues.
JUANITO ¿Y en «masa» nosotros?
ALMEIDA Sí.
(Salen todos por el fondo de la derecha.)

ESCENA VI

Después de una pequeña pausa, SOLEDAD y ROBERTO por el fondo de la izquierda: tras ellos UN CRIADO

ROBERTO Avise usted al señor.
(Al criado: éste sale por la derecha.)
¡Estás pálida... anhelosa! *(A Soledad.)*
¿Qué tienes?
SOLEDAD ¡Que soy dichosa!
¡y que me falta el valor!
ROBERTO Mucho tu Jorge te quiere;
venciste; no lo creía.

SOLEDAD No he vencido todavía:
se lucha hasta que se muere.
ROBERTO ¿No te basta la evidencia?
¡Después de pruebas tan rudas!...
SOLEDAD Pues hoy empiezan mis dudas
y se agita mi conciencia.
ROBERTO Desde ayer tu terquedad
redobla el mismo redoble.
SOLEDAD ¿Es digna de un ser tan noble
esta humilde Soledad?
Mal mi origen se concilia
(Mirando a todas partes.)
con blasones, capacetes,
empenachados almetes
y retratos de familia.
ROBERTO En cuanto la tierra abarca,
por tu hermosura y tesón,
eres digna—¡sin pasión!—
no de Jorge, de un monarca.
SOLEDAD Por quererle mucho, sí,
le merezco; ya lo sé.
Pero Roberto, ¿podré
hacerle dichoso? Di.
ROBERTO Si el rostro no se marchita
y si no se tuerce el alma,
para gozar dicha y calma
no sé qué más necesita.
SOLEDAD Procuraré ser amante;
y hasta donde pueda hermosa:
y muy buena y cariñosa,
¿pero eso será bastante?
ROBERTO Mira, en todo caso él
te lo dirá, que allí llega.
Y aquí se acaba mi brega *(Riendo.)*
y termina mi papel.

ESCENA VII

SOLEDAD, JORGE y ROBERTO

JORGE ¡ Soledad !...
SOLEDAD ¡ Jorge !...
JORGE *(Contemplándola con amor.)* ¡ Por fin !
Ven conmigo.
SOLEDAD Espera un poco.
(Dejándose caer en un diván.)
Hoy que mi ventura toco,
es mi corazón tan ruin,
que no puede contener
tanta esperanza dichosa
y por mi rostro rebosa
con lágrimas de placer.
JORGE Pues no te cause dolor,
que las lágrimas que mande,
en mi corazón, que es grande,
tienen cabida. Tu amor
lo dilató tanto y tanto,
que sus anchuras recobra
y en él «hay sitio de sobra
para tu llanto y mi llanto».
ROBERTO Pero «no lo hay para mí»,
(Con burla y tristeza cómica.)
con ser tan gran corazón;
y así me voy al salón,
y espero la boda allí.
JORGE En él, muy regocijados
hallarás a los señores.
Mientras voy, haz los honores
a mis dignos invitados.

ESCENA VIII

SOLEDAD y JORGE

SOLEDAD *(Con profunda emoción y con gran dulzura.)*
Lo que en este instante siento,
(Ella sentada; él en pie.)
Jorge, explicarte quisiera;
y no encuentro la manera
de expresar mi sentimiento.
¡ Eres superior a mí !
¡ tu grandeza me domina !
¡ si tu amor no me adivina !
no podré llegar a ti !
Sin miedo a la sociedad,
(Enternecida; cogiéndole las manos; casi a sus plantas.)
alta y firme la mirada,
tú arrancaste de la nada
a la pobre Soledad.
Pues desde hoy... me considero...
(Con gran emoción y sin poder expresarse.)
¡ como tu esclava rendida !...
si necesitas mi vida...
¡ yo te la doy por entero !
¡ Qué mal expreso mi afán !...
(Desesperada de no encontrar palabras.)
¡ Si es que el alma te bendice !...
(Con arranque apasionado.)
Pero si ella no lo dice
¡ los labios nunca podrán !

JORGE Si a lo que dices no atiendo:
¡ palabras !... ¡ ruines despojos !
fijo en tus ojos, mis ojos ...
¡ y me basta !... ¡ te comprendo !
La palabra el aire labra,
y en él, se borra el sonido;
lo que en el alma has sentido
no lo expresa la palabra.

Conque no te esfuerces más
en pintar lo que es profundo,
que no existe en este mundo,
ni pudo existir jamás,
ni elocuencia más sencilla,
ni lenguaje que más pueda,
que una lágrima que rueda,
o una pupila que brilla.

SOLEDAD Entonces no he de buscar
(Con cariñosa coquetería.)
lo que tenga que decir;
me basta, Jorge, sentir;
y a ti, te basta mirar.

JORGE Por eso yo te miraba
Soledad, hace un momento;
y aunque era dulce tu acento,
yo solamente pensaba,
lo que pensé el primer día
en que te hallé en mi camino:
«En ella está mi destino;
»mi dolor o mi alegría.
»Es misteriosa y es bella;
»pues a desgarrar el velo:
»si es ángel, con ella al cielo,
»si no, al abismo con ella.»

SOLEDAD Quien vale, Jorge, tan poco
a prometer no se atreve;
quizá al cielo no te lleve,
pero al abismo, tampoco.

JORGE Sin ti la vida no es nada;
sin ti la vida es insulsa;
conque tranquila o convulsa,
risueña o atribulada,
hermosura singular,
a quien honra y nombre di,
apoya tu brazo en mí,
y ven conmigo al altar.
Y cuando llegue a saber
por completo tu pasado,
cuando esté ya desgarrado
el misterio en que envolver
has querido tu existencia,
—¡tu existencia, Soledad!—
tú verás con qué ansiedad,

con qué pasión y violencia,
¡besando tu frente pura
y tus cándidas mejillas,
te suplico de rodillas
el perdón de mi locura!...

SOLEDAD No me pesa tu arrebato. *(Sonriendo.)*

JORGE Ni a mí me pesa tampoco;
¡aseguran que estoy loco
y amo como un insensato!

SOLEDAD Antes viste la emoción
(Con altivez y energía.)
reflejarse en mi pupila...
ahora te digo tranquila,
llévame, Jorge, al salón.
(Cogiéndose de un brazo.)

JORGE Si recobraste la calma,
ven conmigo... y adelante...
¡Es hermoso tu semblante!
(Contemplándola.)

SOLEDAD ¡No lo mires: mira el alma!

ESCENA IX

SOLEDAD, JORGE, PURA y DON SEVERIANO por una puerta lateral. Pequeña pausa: se miran fijamente los cuatro: se saludan fríamente con ligeras inclinaciones de cabeza.

SOLEDAD Hice esperar... y lo siento...
(Procurando dominarse, pero con profunda emoción.)

JORGE Allá vamos...

SEVER. Se ha sentido
(Refiriéndose a Pura.)
indispuesta... y ha venido
a reposar un momento.
No es nada lo que sentí;
muy en breve habrá pasado.
Ya está todo preparado:
no se detengan por mí.
(Invitándolos para que salgan.)

SEVER. Allá está la gente toda... *(Lo mismo.)*
JORGE ¡Con nuevo desdén te hieren!
(A Soledad en voz baja.)
SOLEDAD No les obligues; no quieren
ser testigos de la boda.
JORGE Cómo ha de ser... bien me pesa...
pero vendremos después.
Don Severiano... *(Saludando.)*
SEVER. Marqués... *(Lo mismo.)*
SOLEDAD Señora... (¡madre!)
(Dice esto último tapándose la boca con el pañuelo y ahogando un grito de dolor.)
PURA Marquesa...
(Fría y ceremoniosamente.)
(Salen Jorge y Soledad por el fondo.)

ESCENA X

PURA y DON SEVERIANO

SEVER. ¿Cómo vino usted? No puedo
(Después de cerrar las puertas del fondo.)
comprenderlo.
PURA Pues ha sido,
Severiano, que he tenido...
¿vale la palabra?... ¡miedo!
¡Miedo que doblega y trunca
mi altivez! ¡un afanoso
desasosiego nervioso
como no he sentido nunca!
SEVER. No se me alcanza...
PURA Es lo cierto
que a venir me han obligado.
SEVER. ¿Pero quién? ¿quién fué el osado?...
¿Acaso Jorge?
PURA Roberto.
SEVER. ¡No vuelvo en mí del asombro!
PURA ¡Debe ser cosa muy grave! *(En voz baja.)*
SEVER. ¡Pero está loco!
PURA ¿Quién sabe?
(En toda esta escena Pura muestra gran ansiedad.)

No es él solo; si le nombro
y le acuso, es que en rigor
él es, el que más me agita;
pero hay otra que le incita:
él es el ejecutor.

SEVER. ¿Otra persona?

PURA A mi ver
el golpe viene de lejos;
son intrigas y manejos
y amenazas de mujer.

SEVER. ¿Soledad?...

PURA Que está agraviada,
Soledad, que es vengativa;
Soledad, que mientras viva
no olvidará que afrentada
por nosotros dos ha sido.

SEVER. ¿Y qué importa?

PURA Que no cede.

SEVER. ¿Contra nosotros, qué puede?
(Con desdén. Pausa. Pura le mira fijamente; luego se acerca a él.)

PURA Nada, «si existe el olvido»,
¡total, completo, absoluto!...
pero el olvido no existe;
lo pasado ,alegre o triste,
tiene retoños: da fruto.

SEVER. *(Alarmado e inquieto se aproxima a ella y baja la voz: ya «la tutea»).*
¿Qué ocurre? ¿qué temes? ¡di!
¡Mi pensamiento se abisma
al escucharte!

PURA Yo misma
no sé qué pasa por mí.
¡Hubo un ser a quien negamos
(Al oído con voz llorosa.)
las paternales caricias!

SEVER. Murió... según mis noticias...
(Procurando disculparse, pero se ve que no está muy seguro.)
y además... ya le buscamos:

PURA Veinticuatro años... y nada... *(Lo mismo.)*
¡es claro que moriría!

SEVER. Si viviese todavía,
ya hubiese escrito Moncada.

PURA ¡Pero dijiste después,
que era una mentira acaso,
sólo por salir del paso
y no entregarnos «a Inés»!

SEVER. Ilusiones del deseo.
Ha muerto..

PURA Pues yo pregunto...

SEVER. No hablemos más de este asunto.
(Con autoridad.)
Antes dudé y ahora creo.

PURA *(Pequeña pausa.)*
¿Y tú piensas que los dos
aquella falta borramos?

SEVER. Desde entonces nos portamos
conforme a la ley de Dios.

PURA ¿Es decir, que con verdad
tú estás sereno y tranquilo?

SEVER. Lo estaba... pero vacilo...
con esto de Soledad.
¿Pero esa mujer podría
conocer nuestro secreto?

PURA ¿Lo estás viendo? ¡estás inquieto!

SEVER. Inquieto, no; lo estaría
si existiese algún motivo
en la esfera racional.
Pero sólido y formal...
y grave no lo concibo.

PURA ¡De la realidad te apartas!
¡porque hay algo!... ¡no sé qué!

SEVER. Si no hablas claro...

PURA Hablaré.
Dijo que tiene «unas cartas».

SEVER. ¿Pero quién?

PURA Con gran reserva
Roberto me lo avisó.

SEVER. ¿Que Roberto aseguró?

PURA Sí, que unas cartas conserva
Soledad en su poder.
Deben ser tuyas y mías.

SEVER. Serán las que tú escribías
a Moncada.

PURA Puede ser.
Y tú también: y bastantes.

SEVER. ¿Pero cómo?

PURA ¡Qué sé yo!

En América vivió
Soledad... y tuvo amantes...
Un escrito a veces da
muchas vueltas; siempre vive;
se sabe dónde se escribe;
no se sabe adónde va.
Alguna trama se agita,
que yo adivinar no puedo.
Confiesa que tienes miedo.

SEVER. Miedo, no; pero me irrita,
¡el no cortar de una vez
de esa maraña los hilos!
¡no poder vivir tranquilos
con veinte años de honradez!

PURA Es que me punza una idea,
¡que es horrible!... ¡y no es horrible!
¡y es imposible!... ¿imposible?
eso, sí; no hay quien lo crea.

SEVER. ¿Y yo la puedo saber?

PURA Pues a ti, ¿no se te ocurre?
(La madre tiene un presentimiento vago de la verdad.)
vamos, ¡discurre, discurre!...
Soledad... esa mujer...
que acaso nos manda Dios...
¡y a quien nuestra furia enloda!...

SEVER. Escucha... ecabó la boda.
Silencio: vienen los dos.

ESCENA XI

SEVERIANO, PURA, SOLEDAD y JORGE por el fondo. Entran y Jorge cierra la puerta.

JORGE Ya en esta vida terrena
nuestras dos vidas son una,
así en la mala fortuna,
como en la fortuna buena.
Mi alegría y mi dolor
lo son ya de Soledad,
los honores por mitad:
por mitad el deshonor.

Que así el esposo y la esposa
reparten en buen derecho,
vivos, por mitad el lecho;
muertos, por mitad la fosa.
Conque dinos la verdad: *(A Soledad.)*
mi buen nombre lo reclama:
en defensa de mi fama,
habla por fin, Soledad.
Y tu Jorge se redima,
que lo tiene bien ganado,
del miserable nublado
que se le ha venido encima.
(Indica con el ademán que se sienten, y Pura y Severiano se sientan, muy próximos uno a otro. Jorge y Soledad en pie.)

SOLEDAD ¿Pero qué pretendes, Jorge?
(Muy conmovida.)

JORGE Que nos digas tu secreto.
Lo prometiste.

SOLEDAD Y prometo
decirlo.

JORGE Pues no se forje
nuevo obstáculo a mi afán.

SOLEDAD Ya cumpliré mi deber.

JORGE No es tiempo de prometer.

SOLEDAD *(Acercándose a él, al oído y con angustia.)*
Pero esos dos... ¿no se van?

JORGE Pero si es que yo los llamo;
(En voz alta.)
si es que exijo su asistencia.

SEVER. Si acaso nuestra presencia...

JORGE Es precisa: la reclamo. *(Con energía.)*

PURA Es posible que delante
de nosotros...

JORGE Vano empeño.

SOLEDAD ¡Sólo a ti que eres mi dueño!
(Al oído, con voz conmovida.)

JORGE A mí sólo no es bastante.
(En voz alta y dura: va creciendo su enojo.)
Lo que digas a mi oído
la sociedad lo reclama;
dame en público mi fama
que en público la he perdido.

SOLEDAD ¡Pero no sé qué pretendes!...
(Acongojada.)
JORGE Nada que sea insensato.
SOLEDAD ¡Es que me humillas!...
(Cada vez más acongojada.)
JORGE No trato
de humillarte. ¿No comprendes?...
Representan en rigor
a tus padres y a los míos:
¿ves? impasibles y fríos,
como un tribunal de honor.
PURA Para nosotros, Marqués,
este cargo es muy violento.
SEVER. Y además, desde el momento
en que no tiene interés
la Marquesa en explicar
hoy mismo su situación,
(que respeto) en mi opinión
nos debemos retirar.
(Se levanta; también Pura.)
SOLEDAD Sí, Jorge, sí; sólo a ti:
¡por compasión te lo pido!
JORGE ¡Para eso no hemos venido!
(Con fiereza cerrando el paso a Pura y a don Severiano.)
Y nadie sale de aquí
(¡lo he dicho ya muchas veces!)
sin que me den mi revancha,
sin que se borre tu mancha,
sin que absuelvan tus jueces.
¿No percibes el rumor
(Señalando hacia fuera.)
de convidados y amigos,
de nuestra boda testigos
y testigos de mi amor?
¡Pues es el chiste gozoso,
que salta, retoza y cruza;
y que se afina y se aguza
en los labios del chistoso!
¡Es la gracia retorcida,
punzante y envenenada,
con ingenio perfilada,
y con los dientes bruñida!
¡Es la calumnia repleta

de historias mil infamantes,
que gasta formas galantes
y hasta traje de etiqueta!
¡Es la frase juguetona,
que del buen gusto al arrimo,
nos despelleja con mimo,
aunque nunca desentona!
Y en la atmósfera cuajada
de chistes, burlas y frases,
cuando pase, y cuando pases,
yo loco, tú acongojada...
¡la sonrisa que se pierde,
la calumnia que salpica,
y la ironía que pica,
y el equívoco que muerde,
sobre los dos a granel,
como envenenado enjambre,
caerán con sed y con hambre
agarrándose a la piel!

SOLEDAD ¡Si me hostigas sin razón!
¡si quiero decirlo todo!
busca un modo; pero un modo
que salve mi situación.

JORGE Yo no soy materia inerte;
yo deshonrado no vivo;
y sin tu amor no concibo,
¡más que la nada y la muerte!

SOLEDAD ¡Ven a mí! ¡yo te diré
a ti sólo la verdad!

JORGE Es ya tarde, ¡Soledad!
¡En voz alta!

SOLEDAD No hablaré. *(Con fiereza.)*

JORGE ¡A mí solo! ¡entre tus brazos!
¡sin valor de hacer justicias!
¡cegado por tus caricias
y loco por tus abrazos!
¡Adormeciendo mi empeño,
como a un niño se adormece,
cuando se le canta y mece
para que duerma sin sueño!
Luego una historia cualquiera
bien dicha, y mal entendida;
¡tal cual congoja fingida,

tal cual sonrisa hechicera!
¡Algún relato travieso;
algún novelesco giro
que empiece por un suspiro,
y que acabe por un beso!
¡Ya ves tú que no es bastante!
¡ni es leal, ni es oportuno!
¡ni eso convence a ninguno!
¡Yo me conmuevo al instante!
¡yo voy adonde me lleven
tus halagos de sí en pos!
¡No!... ¡Delante de esos dos!,
(Señalando a Pura y Severiano.)
que esos dos no se conmueven!

SOLEDAD ¡No es usted justo!

SEVER. A mi vez
yo tu imputación no admito.

JORGE La rectitud no es delito
ni es falta la rigidez.

SOLEDAD ¡Qué error y qué ceguedad!
no sé otra cosa decirte;
¡cómo vas a arrepentirte
cuando sepas la verdad!

JORGE ¡Cede! *(Acercándose a ella.)*

SOLEDAD ¡Nunca! Y no me pesa;
ni me siento arrepentida.

JORGE Te dije «nos va la vida»;
¡y una promesa es promesa!
(Amenazando.)

PURA ¡Por Dios, Jorge!... *(Interponiéndose.)*

SEVER. ¡Valle-Umbroso! *(Lo mismo.)*

JORGE ¡Si ha de hablar!

SEVER. ¡Prudencia y calma!

SOLEDAD ¡Jorge!... ¡esposo!... ¡amor del alma!

JORGE ¡Ni Jorge! ¡ni amor! ¡ni esposo!

PURA Tal vez una causa grave
la impide hablar en presencia
de gente extraña.

SEVER. En conciencia
hasta ahora nada se sabe.

PURA ¡Tendrá escrúpulos sinceros!...

SEVER. ¡O tendrá justos motivos!...

JORGE ¡Ahora, sí, muy compasivos *(A los dos.)*
pero luego muy severos!

Mira, mi razón se ofusca, *(A Soledad.)*
mi pensamiento se vela,
mi honor cuanto más recela
más desesperado busca.
Todo mi ser puse en ti:
¡dicha, esperanza y amor!
¡o me devuelves mi honor
o no respondo de mí!
(Cogiéndola por un brazo.)
(Pura y Severiano se interponen y le separan; la actriz toma la actitud que corresponda entre dolor y altivez.)

PURA ¡Jorge, recuerde quién es!
(Sañalando a los escudos de las paredes.)

SEVER. Recuerde, que un caballero
podrá ser duro y severo,
pero nunca descortés.

JORGE La sangre roja y ardiente,
cuando la pasión domina,
con igual prisa camina
del corazón a la frente,
hoy que en los tiempos de antaño;
y lo mismo se despeña,
que bajo tosca estameña,
bajo finísimo paño. *(Sacudiendo el frac.)*
Ahora mismo no me creo
ni caballero, ni noble;
siento en mi sien el redoble
de la sangre, y sólo veo,
un amor que me enloquece,
una duda que me abrasa,
y mucha gente en mi casa
que me afrenta y me escarnece.
Y el instinto natural,
no sé si salvaje o franco,
bulle bajo el guante blanco,
rudo, grosero y brutal.
(Traía Jorge en la mano izquierda guante blanco, que se desgarra con movimiento de desesperación. La derecha desnuda.)

PURA Eso es perder la razón.

SEVER. Eso es ya tenerse en poco.

JORGE Ya les dije que estoy loco,
y los locos, locos son.

SOLEDAD Basta, Jorge; ya no más.

Pudo ceder mi altivez
a la súplica tal vez,
a la amenaza jamás.

JORGE No te amenazaba a ti.
(Algo avergonzado de su violencia.)
Es que en aquéllos pensaba.
(Señalando adentro.)

SOLEDAD Pero es que yo te escuchaba
y ellos no: y yo te oí.

JORGE Pues perdona mi rudeza.
Con toda cortesanía,
(Con respeto exagerado; se ve el esfuerzo por contenerse.)
te «ruego», querida mía,
que hables pronto. Conque empieza.
Te escucho cortés y amable,
y rendido y respetuoso:
no mando como un esposo...
¡pido como un miserable!

SOLEDAD Pues ven conmigo.
(Dirigiéndose a la derecha.)

JORGE Eso no,
¡Será aquí!
(En este momento entra Roberto por la derecha y se detiene.)

SOLEDAD Dudo que puedas.

JORGE Y si me empeño en que cedas
¿quién ha de impedirlo?

ROBERTO Yo.

ESCENA XII

SOLEDAD, PURA, JORGE, DON SEVERIANO y ROBERTO

SEVER. ¡Roberto!

JORGE Si a mi paciencia,
ya dispuesta a rebosar,
algo le pudo faltar
hasta aquí, con tu presencia,
que la apura y que la agota
y que abre a mis iras paso,

en el ya colmado vaso
se vertió la última gota.

ROBERTO Pues rebose cuando quiera
que un loco no me detiene.
Soledad conmigo viene
allá dentro, de manera
que si te importa saber
lo que ella te ha de decir,
con ella puedes venir,
y llegarás a entender
que el silencio que te exalta
y te causa tal zozobra,
es que de juicio le sobra
(Señalando a Soledad.)
lo que de juicio te falta.

JORGE ¿De suerte que tú la ayudas?
¿que tú callar le aconsejas?
¿que con mis dudas me dejas?

ROBERTO Sí; te dejo con tus dudas.
(Movimiento de Jorge. Don Severiano le contiene.)

SEVER. Yo, Roberto, soy neutral;
yo deploro este incidente;
pero acaso no es prudente
tu conducta.

JORGE ¡Es natural,
que a la infamia la traición
esta vez sirva de escudo!

SOLEDAD ¡Jorge! ¡Jorge! *(Con desesperación.)*

JORGE ¡Pero dudo
que te escude el corazón! *(A Soledad.)*
(Soledad cae llorando en los brazos de Roberto.)

ROBERTO De tu casa las paredes
cubren hierros acerados;
entre los mejor templados
uno escoge, a ver si puedes,
por necio, por arrogante
o por lo que puedas ser,
llegar hasta tu mujer
poniéndome yo delante.
(Se lleva por la derecha y entre los brazos a Soledad, que va llorando.)

ESCENA XIII

PURA, JORGE y DON SEVERIANO

JORGE — *¡Miserables!*
(Pura y don Severiano le contiene; pero queda mirando hacia dentro por la puerta que no cerraron.)
PURA — ¡Jorge!
SEVER. — ¡No!
JORGE — ¡Va en sus brazos Soledad!
PURA — ¡Prudencia!
SEVER. — ¡Juicio!
PURA — ¡Piedad!
JORGE — ¡Todo, todo se acabó!
Una lágrima indecisa
(Mirando siempre, y siempre contenido por Pura y Severiano.)
él secó con mano leve,
¡seca, que su sangre en breve
tendrás que secar aprisa!
SEVER. — Hay que aclarar los agravios.
PURA — Hay que aclararlos.
JORGE — *(Con acento terrible.)* ¿Aún más?
¿No hablaste? pues no hablarás,
(Tendiendo el brazo hacia dentro.)
¡que voy a sellar tus labios!
(Se desprende de los dos bruscamente, entra y cierra la puerta.)

ESCENA XIV

PURA y DON SEVERIANO

PURA — ¡Por Dios! *(Siguiéndole.)*
SEVER. — ¡Espera! *(Lo mismo.)*
(Golpeando la puerta.) ¡Ha cerrado!
SOLEDAD — ¡Jorge! *(Desde dentro.)*
ROBERTO — ¡Insensato! *(Id.)*
SEVER. — ¿Qué ha sido?

PURA ¡Iba loco!

SEVER. ¿No has oído?

PURA ¿Qué ha pasado?

SEVER. ¿Qué ha pasado?
¡Hay que entrar! *(Golpeando la puerta.)*

PURA No se oye nada.

SEVER. ¡Soledad llora!

PURA Y él ruega.

SEVER. Pero Roberto... *(Con ansia.)*

PURA Reniega
de los dos y en voz airada
algo dice que entender
no logro, pues a la par
hablan los tres sin cesar.

SEVER. Entonces no hay que temer.
El primer impulso apura;
pero pasado ese impulso,
ya se marcha con más pulso
si no se dió en la locura.

PURA Sí; se calmó el furor.

SEVER. Se van los tres alejando.

PURA Ya sólo de cuando en cuando
se oye un confuso rumor.
(Vienen los dos al primer término ya más tranquilos.)

SEVER. Ese Jorge es una fiera.

PURA Y nosotros dos, ¿qué somos?
(Al oído y mirando a todas partes con miedo.)

SEVER. Por Dios, Pura, no hay asomos
de semejanza; cualquiera
lo que nosotros hicimos
pudo hacer en caso igual.
Yo no encuentro criminal
nuestra conducta. ¿Pudimos
en conciencia y en razón
impedir lo que ha pasado?

PURA Sí; pudimos no haber dado
por nuestra parte ocasión.

SEVER. ¿Ocasión de qué? ¡No alcanzo
de tu reproche el motivo!

PURA Yo, aunque tengo el genio vivo,
a ciegas nunca me lanzo,
rompiendo todos los frenos,
ni hago lo que hiciste tú.

SEVER. ¡Lo que hice, por Belcebú!
lo que tú y un poco menos. *(Con enojo.)*

PURA Soy mujer.

SEVER. Pues no te asombre,
(Con dureza.)
si según mi parecer,
por serlo debiste ser
más compasiva que un hombre.

PURA ¿Sabes lo que me parece
(En voz baja y miedosa.)
esto que estamos haciendo?

SEVER. Ni lo sé, ni lo comprendo,
ni gran interés me ofrece,
ni saberlo necesito,
ni estas preguntas me placen.

PURA Lo que los cómplices hacen *(Como antes.)*
al descubrirse el delito.

SEVER. ¡Ya tu insistencia me abruma
y se ofusca mi razón!
¡Quiénes los cómplices son,
y qué es lo que hacen en suma!

PURA Lo que en estos casos cabe
al ver de cerca el abismo;
lo que inspira el egoísmo;
en fin, lo que ya se sabe.
Buscar salida y disculpa,
v revolverse en el potro
y arrojarse el uno al otro
todo el peso de la culpa.
Tu mano está temblorosa.
(Cogiéndole la mano.)

SEVER. Pues se agita a mi despecho.

PURA En lo más hondo del pecho
tu conciencia anda medrosa.

SEVER. ¿Qué piensas tú? ¿la verdad?

PURA Vas a burlarte de mí.

SEVER. No me burlo; vamos: di.

PURA Que Soledad... *(Mirando a todas partes.)*

SEVER. ¿Soledad?...
Acaba, o harás que forje
algo que me vuelva loco.

PURA ¡A mí ya me falta poco
para enloquecer!

SEVER. ¡El! *(Imponiendo silencio.)*

PURA ¡Jorge!

ESCENA XV

PURA, DON SEVERIANO y JORGE por la derecha.

PURA — Y bien... ¿Soledad? *(Con ansia.)*
JORGE — La hirió
mi brazo... ¡no mi deseo!
PURA — ¡Ah! *(Grito de dolor.)*
SEVER. — ¿Vivirá? *(Con ansia suprema.)*
JORGE — ¡Ya lo creo! *(Con desdén.)*
¿pues no estoy con vida yo?
Cuando yo entré, la tenía
entre sus brazos Roberto,
y el rostro pálido y yerto
sobre su pecho caía.
El la cabeza inclinó,
ella levantó el semblante,
se miraron un instante
y Roberto la besó.
La sangre arriba me sube
con ola que lleva muerte
y el mundo se me convierte
en una rojiza nube.
Con salto brusco y certero
sobre un trofeo me arrojo
y sin escoger, recojo
algo que hiera... ¡y la hiero!
PURA — ¡Jesús!
JORGE — Roberto previene
mi acción, y con mano ruda,
mientras su cuerpo la escuda
me rechaza y me contiene.
PURA — ¿Pero esa sangre?
(Señalando con terror la mano de Jorge que está algo ensangrentada.)
JORGE — *(Con ironía cruel.)* No crean,
estuvo en salir remisa,
y al fin salió la precisa
para que ustedes la vean.
(Mostrándoles las manos.)
PURA — ¿Podremos pasar después?
SEVER. — Yo también lo desearía.
JORGE — No se marchen todavía,
tenemos que hablar los tres.

¡Si ya el secreto sombrío
se inundó de claridad!

SEVER. ¿De modo que Soledad?...
(Jorge los contempla con ira, gozo, desprecio y cruzándose de brazos.)

PURA ¡Pobre Soledad, Dios mío! *(Llorando.)*

SEVER. Deploro errores fatales...

JORGE ¡El llanto no les redime!
La víctima... allí... ¡sublime!
y aquí los «tres criminales».
¡Conque ahora toca el castigo!...
¿Su sangre mancha mi mano?
(Les coge a cada uno por un brazo y los atrae a sí; forman un grupo: en el centro Jorge, terrible y vengador; junto a él, humillados y llenos de asombro, los otros dos.)
Pues usted... *(A Pura.)*
y don Severiano... *(A Severiano.)*
¡a repartirla conmigo! *(Los junta ferozmente.)*
¡No se aleje!...
(A Pura que quiere huir, acercándola.)
¡No se aparte!
(Lo mismo a Severiano.)
¡De los tres soy el más fuerte!
(Sacudiéndoles y juntándolos.)
¡y la sangre que se vierte
fácilmente se reparte!
¡Si con razón les arguyo!
¡si debe ser un placer!
¡si esta sangre al recoger
«recogen al fin lo suyo»!

SEVER. ¿Qué dice usted? *(Ahogándose.)*

PURA ¡Virgen Santa! *(Lo mismo.)*

SEVER. ¡Soledad!...

PURA ¡Dios soberano!

JORGE ¡Parece que de la mano
se les sube a la garganta!
(Con acento trágico. Pausa; los contempla con gozo terrible.)
¡La rígida y la severa! *(A Pura.)*
¡el hombre de la honradez!...
(A Severiano.)
¿No recuerdan que una vez
les hablé de esta manera?

«¿Por qué esa saña infinita
contra un ser desventurado?
Padre que la has engendrado,
madre cobarde y maldita
que echaste a gentes extrañas
y a sus vicios y rencores,
el fruto de tus amores
y el peso de tus entrañas,
¡por todo lo que sufrí
y por lo que ella ha sufrido,
tan sólo una cosa pido:
¡verlos junto y ante mí!»
(Caen Pura y don Severiano en el sofá y en un sillón, pero próximo uno a otro; ocultan el rostro en las manos y sollozan.)
¡Después también he dudado!
¡vertí sangre!... ¡fué preciso!
Pero al cabo, ¡Dios lo quiso!
¡al cabo se me ha logrado!
(Con alegría cruel; tiende los brazos hacia ellos como maldiciéndolos.)

SEVER. ¡Soledad!

PURA ¡Jesús mil veces!

JORGE ¡No se llama Soledad!

JORGE ¡Se llama Inés!... ¿No es verdad?
Y ahora, ¿dónde están sus jueces?
(Cruzándose de brazos ante ellos.)
Conque esas cartas repasen,
(Les arroja a Pura y Severiano las cartas.)
mientras a solas conmigo
voy discurriendo un castigo
en que recojan y amasen,
y junten sin descansar
hasta la hora de morir
cuanto la hicieron sufrir,
cuanto la hicieron llorar.

PURA ¡Entre mis brazos tenerla! *(Llorando.)*
¡Por Dios, Jorge!

SEVER. Sí; después *(Suplicando.)*
¿no es verdad?

JORGE ¡Jamás!

PURA ¡Inés!
(Llamándola hacia la derecha.)
¡quiero verla! ¡quiero verla!

SEVER. ¡Dices bien! ¡pese a quien pese!

JORGE Silencio el mundo reclama;
(*Conteniéndoles.*)
¿qué sería de su fama (*Con ironía.*)
si la gente les oyese?
SEVER. ¡No nos niegues ese goce!
PURA ¡Te lo pedimos llorando!
JORGE ¡Llorar, dicen! ¿desde cuándo?
SEVER. ¡Somos padres!
JORGE ¡Se conoce!
SEVER. Pues mira, aunque no te cuadre,
dejaste en su sangre, tinto
un puñal.
JORGE Es muy distinto:
¡un amante no es un padre!
El amor y el alma ufana
a esta casa la trajeron;
¿y ustedes qué? ¿qué la dieron?
¡la vida y de mala gana!
Y después el abandono;
y después el deshonor;
y un amor, ¡famoso amor!,
que es afrenta y que es encono;
y que la calumnia ladre
y muerda en esa mujer...
¡el que quiera padre ser
que tenga entrañas de padre!
PURA ¡Perdón, es justo tu enojo!... (*Llorando.*)
SEVER. ¡Es verdad: es merecido!
JORGE ¿La olvidásteis? ¡os olvido!
¿La arrojásteis? ¡os arrojo!
PURA ¡Compasión!
JORGE No hay compasión.
¡Si aún esa gente la infama!
¡A devolverle su fama!
¡Pronto, los dos, al salón!
(*Se dirigen abrumados y silenciosos a la puerta del fondo, Pura y don Severiano. Jorge lo sigue con la vista.*)
¡Así los infames gimen
y se van de donde estorban!
así sus cuerpos se encorvan
bajo el peso de su crimen.
(*La puerta queda abierta; se ve la antesala llena de luz; Jorge en la puerta los sigue con la vista.*)

ESCENA XVII

JORGE y SOLEDAD

Soledad entra y se acerca casi de rodillas a Jorge

SOLEDAD ¡Piedad para ellos! ¡piedad!

JORGE *(Abrazándola y trayéndola al primer término.)*
Cuando purguen lo que hicieron;
y sean lo que no fueron;
cuando ante ti, Soledad,
alcen las trémulas manos
mostrando que la desean;
y menos rígidos sean,
pero en cambio, más humanos;
cuando tu reparación,
ella y él logren del mundo,
y prueben que en lo profundo
del pecho ¡va un corazón!

SOLEDAD ¡Pero si no siento enojos!
¿por qué no vuelven, Dios santo?

JORGE ¡Cuando hayan llorado tanto
como han llorado tus ojos!
¡La balanza en el fiel!
¡Llore, quien hizo llorar!
¡como las aguas del mar
tiene el llanto su nivel!

FIN DEL DRAMA



OBRAS DE DON JOSÉ ECHEGARAY

El Libro Talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Como empieza y como acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía).
El gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.
O locura o santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz. comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos, origianl y en prosa. (Segunda parte de la trilogía).
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI, original. en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía).
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico, en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás?, casi proverbio, en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
Eu conde Lotario, drama en un acto y en verso.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.
Siempre el ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.
El hijo de D. Juan, drama original, en tres actos y ei prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen, titulada Gen-...*gangere*.
Sic vos non vobis o la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.
Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epilógo, en prosa.
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
María-Rosa, drama tragico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa (Traducción).
Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático,en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico, en un cuadro y en prosa.
Semíramis o la hija del aire (refundición). drama en tres jornadas y en verso.
Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. Traducción.)
La calumnia por castigo ,drama en prosa, en tres actos y un prólogo.
La duda, drama original, en tres actos y en prosa.
El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.
Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.
El loco Dios, drama original, en cuatro actos y en prosa.
Malas herencias, drama original, en tres actos y en prosa.
La escalinata de un trono, drama trágico original, en cuatro actos y en verso.
Le desequilibrada, drama original, en cuatro actos y en prosa.
A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.
Entre dolora y cuento, monólogo.
El moderno Endimión, ídem.
El canto de la sirena, ídem.
El preferido y los cenicientos, drama vulgar o escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguienza.





